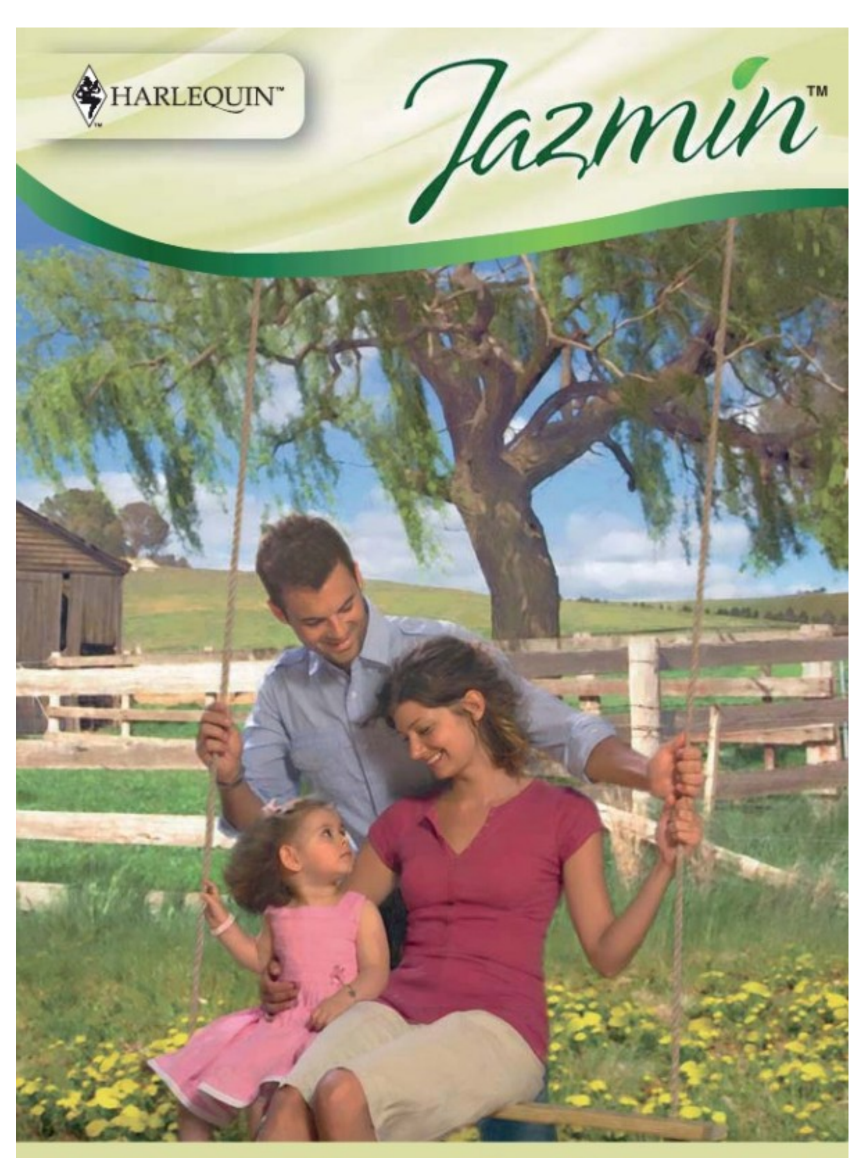


Unidos por el cariño

BARBARA HANNAY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

UNIDOS POR EL CARIÑO, N.º 2375 - enero 2011
Título original: The Cattleman's Adopted Family
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9737-2
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



Unidos por el cariño

BARBARA HANNAY



Prólogo

Al principio, cuando vio entrar a aquellos dos policías en el inmenso salón de baile del hotel, Amy los miró con curiosidad, preguntándose qué harían allí. Poco podía imaginar que su presencia allí estaba a punto de poner toda su vida patas arriba.

Estaba demasiado excitada como para contemplar pensamientos tan oscuros. Llevaba varias semanas organizando los preparativos de aquella fiesta de lanzamiento, y puesto que de ella dependía que el evento fuese un éxito o un fracaso, se había sentido tremendamente aliviada al ver que todo estaba saliendo bien.

«¡Me encanta, me encanta, me encanta!», había exclamado uno de los dueños de la empresa que la había contratado para organizar el evento. Se habían mostrado encantados con el hotel del distrito Southbank de Melbourne que había escogido para celebrarlo, y más aún con las pantallas gigantes que mostraban imágenes de su nueva gama de sistemas de iluminación respetuosos con el medioambiente.

Y ella misma estaba perfecta: durante tres semanas había hecho dieta para poder enfundarse aquel vestido negro tan chic y que tanto dinero le había costado. También se había gastado una suma indecente en un salón de belleza de moda para que le hicieran unas mechas rubias que le dieran un poco de glamour a su cabello castaño claro.

Había completado su look con unos zapatos de tacón vertiginosos y los pendientes de diamantes de su abuela, y había recibido tantos halagos como felicitaciones por la organización de la fiesta.

Sin embargo, antes de tomar el primer sorbo de su copa de champán, se fijó en la expresión sombría de los policías mientras le preguntaban algo al portero, y vio que éste se volvía para señalarla.

«Oh, Dios», pensó, imaginando lo peor mientras los dos hombres avanzaban hacia ella. ¿Le habría pasado algo a sus padres? Dios, por favor, que no fuera eso. Cuando la copa se tambaleó en su mano

temblorosa Amy se apresuró a dejarla sobre la mesa más próxima. El estómago le dio un vuelco cuando se detuvieron ante ella, pero se obligó a esbozar una sonrisa.

–¿Puedo ayudarlos en algo, caballeros?

Uno de ellos la saludó con un asentimiento de cabeza, muy serio.

–¿Es usted Amy Ross?

–Sí.

–¿Vive usted en el número 42 de la calle Grange en el distrito de Kew?

–A-así es.

–Nos han dicho que usted organizó este evento y que envió las invitaciones. ¿Es correcto?

Amy tragó saliva.

–Sí, es correcto.

–¿Podríamos hablar con usted en privado, por favor?

Amy ya no podía ocultar su preocupación por más tiempo.

–¿Ha... ha ocurrido algo?

–Sólo estamos recabando información, señorita Ross. No queremos causar un revuelo innecesario, así que si pudiera acompañarnos...

Hecha un manojo de nervios, Amy los siguió hasta el lujoso vestíbulo del hotel con su suelo y sus columnas de mármol. Demasiado angustiada como para hacer preguntas, se quedó muy quieta mientras el policía más joven sacaba un sobre doblado del bolsillo de su chaqueta.

Era una de las invitaciones que había enviado. ¿Irían a interrogarla sobre la lista de invitados?

Amy repasó mentalmente esa lista que le había remitido la empresa, y a la que ella sólo había añadido una persona: Rachel, su mejor amiga. La empresa le había dicho que podía llevar un acompañante, y aunque la elección lógica habría sido Dominic, su novio, en el último momento había cambiado de idea.

Rachel y ella habían sido amigas desde los quince años, y sabía mejor que nadie lo importante que era aquella noche para ella. Además, Rachel era madre soltera y escritora, y desde el nacimiento de su hija apenas salía. Aquella fiesta era una oportunidad inmejorable para que practicara sus habilidades sociales antes de

que se publicara su primer libro y se hiciera famosa, porque Amy estaba segura de que así sería.

Rachel llegaba tarde, pero no se había preocupado porque probablemente le había costado encontrar una niñera para Bella y estaba dándole instrucciones de último minuto antes de salir.

–¿Es usted la misma Amy Ross que figura como el pariente más cercano de Rachel Tyler?

Un gemido ahogado escapó de los labios de Amy.

Trató de no imaginarse lo peor, pero un terror repentino la atenazó.

–Rachel no… no tiene familia y yo soy su… su mejor amiga –balbuceó.

–Su nombre fue el primero que apareció cuando comprobamos la licencia de conducir –le dijo el policía en un tono suave; demasiado suave.

Amy estaba temblando.

–Encontramos esta invitación y supusimos que la encontraríamos aquí.

Amy quería gritarles que se fueran, que la dejaran tranquila. ¿Por qué estaban andándose por las ramas?

–Por… por favor, díganme qué ha pasado –sollozó aterrada.

–Ha habido un accidente –dijo el otro policía–. Un accidente mortal. A sólo una manzana de aquí.

Capítulo 1

De pie frente a la ventana de su habitación en un cochambroso hotel de la región de Far North Queensland, Amy vio surgir entre la calima una camioneta. Se estremeció nerviosa. El hombre al volante tenía que ser Seth Reardon.

Se notaba húmedo el cabello de la nuca y tenía la ropa pegada al cuerpo, pero cuando la camioneta se detuvo frente al pub no habría podido decir si estaba sudando por el calor tropical o por los nervios.

La puerta de la camioneta se abrió, y el conductor se bajó de ella sin demasiada prisa. Era alto y vestía una camisa de color añil, unos vaqueros gastados y botas de montar. Tenía el cabello negro, y las mangas dobladas dejaban a la vista unos antebrazos morenos por el sol.

Su ángulo de visión no le permitía verle el rostro, pero de pronto, como si hubiera intuido que estaban mirándolo, alzó la cabeza y la vio.

Amy tragó saliva y se apartó de la ventana con el corazón latiéndole con fuerza. Apenas había vislumbrado sus facciones unos segundos, pero en su mente había quedado grabada una vívida impresión del mentón, recio y orgulloso, de la expresión resuelta en los labios finos, y del profundo azul de sus ojos.

–Oh, Bella –susurró girando la cabeza hacia la niña de dos años que jugaba, sentada en la cama, con un cerdito de peluche–. Ese hombre es tu padre.

Aunque ya era tarde para dar marcha atrás, Amy no pudo evitar preguntarse si había hecho lo correcto yendo allí.

Rachel apenas le había contado nada del padre de Bella. Siempre había confiado en ella, siempre, pero no le había hablado de Seth Reardon hasta el día en que la pequeña había cumplido los dos años.

Le había hecho aquella confidencia después de la fiesta de cumpleaños, a la que había invitado a algunos amiguitos de la niña

y a sus madres. Amy se quedó a ayudarla a recoger y, tras acostar a Bella, Rachel hizo espaguetis y abrió una botella de vino. Comieron en el patio de atrás y charlaron hasta bien entrada la madrugada.

Cuando Amy sacó el tema del padre de Bella, Rachel gruñó y le dijo:

–¿Por qué tienes que actuar siempre como la voz de mi conciencia?

–Pero es que Bella ya tiene dos años –protestó Amy–, y es una niña increíble. No puedo evitar pensar que su padre está por ahí, perdiéndose tanto...

Para su sorpresa, Rachel asintió.

–Tienes razón –le dijo, y después de casi tres años de silencio, se confesó a ella.

El padre de Bella era un hombre increíble al que había conocido durante el tiempo que había estado trabajando en un rancho de ganado de Cabo York, en Far North Queensland.

–Supongo que podría decirse que caí rendida a sus pies –admitió Rachel–. Nunca había conocido a un hombre tan maravilloso como él.

–¿Quieres decir... que era el hombre de tus sueños? –inquirió Amy.

Rachel palideció y cuando habló su voz sonó tensa.

–Sí, me temo que sí, y eso era lo que me asustaba, Amy. Por eso no me he puesto en contacto con él, porque si le hubiera hablado de Bella habría querido que nos fuéramos a vivir con él.

–Pero si os queríais habríais vivido felices para siempre –replicó Amy, a quien aquello le parecía muy simple, y tremendamente romántico.

Rachel la miró aterrada.

–Yo no podría vivir allí, Amy. Es el dueño de un rancho de ganado que le absorbe todo el tiempo, y allí hace tanto calor, y es un lugar tan remoto y tan salvaje... La soledad haría que acabase volviéndome loca, y seguro que acabaría volviéndolo loco a él también.

Sin embargo, un rato después, tras haberse tomado una copa de vino y ya más calmada, Rachel dio su brazo a torcer.

–Tienes razón, Amy: debería ponerme en contacto con Seth. Claro que quiero que conozca a su hija; es sólo que tengo que

encontrar el momento adecuado.

Pero ese momento nunca había llegado. Ése era el motivo por el que Amy estaba allí, en aquel hotel de Tamundra, a casi tres mil kilómetros al norte de Melbourne.

Al oír que alguien bajaba las escaleras de madera, Seth Reardon, de pie en medio del comedor vacío del hotel, se volvió hacia la puerta, tenso y con las manos apretadas. No ardía en deseos de conocer a aquella amiga de Rachel, pero era una reunión de negocios.

Frunció el ceño al oír unos pasos cortos y ansiosos acercándose a la puerta abierta, y al poco apareció en el umbral de ésta una niña pequeña de ojos azules y rizos castaños que salió disparada hacia él.

–¡Hola, *señó*! –lo saludó con una enorme sonrisa.

Seth la miró nervioso cuando se abrazó a sus rodillas. No sabía nada de niños, y si le dieran a elegir prefería enfrentarse a un toro furioso que a una cría como aquélla.

No respiró aliviado hasta que la joven a la que había visto en la ventana, presumiblemente Amy Ross, la amiga de Rachel, se acercó a toda prisa a por la niña.

–¡Bella! –exclamó en tono de reproche, apartándola de él–. Lo siento –se disculpó azorada–; es que es muy cariñosa.

–Eso parece –respondió él.

Ahora que la niña estaba en brazos de su madre, le pareció que formaban un cuadro entrañable. El cabello oscuro y rizado, los ojos azules y la piel clara de la pequeña formaban un contraste chocante con los ojos marrones, el pelo castaño claro y la tez, de un moreno dorado, de su madre.

Sin embargo, a pesar de esas diferencias, era evidente que estaban muy unidas, y Seth se vio atrapado de pronto por una emoción inesperada. Creía haberse resignado a su vida de lobo estepario, pero en ese momento sintió envidia de ese vínculo entre madre e hija. Creía que había renunciado a sus sueños de formar una familia.

–Quizá deberíamos volver a empezar –dijo la joven tendiéndole la mano con una sonrisa–. Soy Amy Ross, y supongo que usted debe ser Seth Reardon.

Él asintió de mala gana, y cuando le estrechó la mano no pudo

evitar fijarse en lo suave que era su piel.

–No mencionó que fuera a traer a su hija.

Amy parpadeó.

–Espero que no le importe. Por lo general se porta muy bien.

Seth no hizo comentario alguno, pero al ver el interés con que estaba mirándolo la niña, se aclaró la garganta, incómodo.

La llamada de Amy, comunicándole la muerte de Rachel y la necesidad de aquella reunión, lo había conmocionado. No había vuelto a saber nada de Rachel después de que abandonara el rancho, y desde entonces había intentado mantenerla alejada de sus pensamientos. Su muerte era una tragedia, pero no había sido la única.

Amy dejó en el suelo a la niña, que de inmediato se soltó de su mano y se puso a tirar de las perneras de los vaqueros de Seth con sus pequeñas manitas.

–¡*Señó*, arriba! –le pidió subiendo los brazos para que la levantara.

–Bella, no –masculló Amy azorada, apartándola de nuevo de él. Sacó unos libros ilustrados de su bolso antes de llevar a la niña aparte–. Ven, siéntate a mirar estos cuentos mientras hablo con el señor Reardon. Anda, sé buena.

Seth hizo un esfuerzo por no perder la paciencia hasta que Amy logró persuadir a Bella para que se sentara en el suelo con los libros y unos cuantos juguetes. Luego Amy y él se sentaron en una de las mesas del comedor.

–¡Un *pepatillo*! –exclamó la niña, enseñándoles la página de uno de los libros, con un dibujo de un cervatillo–. ¡Un *pepatillo* en el bosque!

Seth resopló irritado.

–¿Acostumbra a llevar a su hija con usted a las reuniones de negocios, señora Ross?

Amy se sonrojó y se levantó el cabello de la nuca, visiblemente incómoda por la humedad tropical del lugar.

–No estoy casada –le dijo.

Sólo entonces se fijó Seth en que no llevaba ningún anillo. De modo que era madre soltera...

–No suelo llevar a Bella conmigo cuando estoy trabajando, pero no habría estado tranquila dejándola en Melbourne.

Seth no quiso entrometerse, pero no pudo evitar preguntarse dónde estaría el padre de la niña y por qué no estaba ayudándola a criarla.

–Desde luego ha hecho un largo recorrido para venir hasta aquí.

–Dígamelo a mí. Dios, qué calor hace aquí… –masculló Amy, abanicándose con la mano–. En la agencia turística me dijeron que la distancia entre Melbourne y Tamundra era la misma que entre Londres y Moscú.

Seth asintió.

–Y ha escogido la peor época del año para venir.

Amy hizo un mohín.

–No tenía elección; disponemos de tan poco tiempo para organizar la campaña de publicidad. El libro de Rachel sale en abril.

–Ah, sí, el libro de Rachel… –repitió él con sarcasmo, entornando los ojos.

–¿No le agrada que se vaya a publicar?

–¿Por qué iba a agradarme? Cuando estuvo trabajando en el rancho hace tres años no le dijo a nadie que estaba pensando escribir un libro. Naturalmente lo sentí cuando supe que había perdido la vida en un accidente, pero no puedo decir que me alegre de que vaya a publicarse ese libro.

–Rachel es… era una escritora increíble. Tenía un don especial; sobre todo para las descripciones.

Eso estaba muy bien, ¿pero qué había descrito exactamente en su libro? Él era un hombre celoso de su intimidad, y no le hacía ninguna gracia que una antigua empleada hubiese escrito un libro sobre las seis semanas que había pasado en el rancho.

La semana anterior, cuando lo había telefoneado, Amy le había asegurado que era una obra de ficción y que los nombres se habían cambiado, pero él no estaba seguro de que Rachel hubiera sido discreta y estaba decidido a averiguar lo que pudiera sobre aquel libro. Ésa era la razón por la que había accedido a aquella reunión.

–Rachel era su mejor amiga, ¿no? Supongo que podrá arrojar algo de luz sobre ese libro –le dijo a Amy.

Amy esbozó una sonrisa nerviosa.

–Me temo que sé tan poco como usted. Si he venido hasta aquí ha sido porque la editorial cuenta con un presupuesto limitado para la promoción del libro, y quería hacer todo lo que pudiera por…

por… –sus ojos se posaron en la niña–. Quería hacer esto por Rachel.

De pronto la pequeña alzó la vista hacia ella.

–¿Mamá?

Seth observó sorprendido cómo Amy palidecía y cerraba los ojos, como si la niña la hubiese hecho sentirse mal. Había algo en todo aquello que no acababa de cuadrar. La presencia de la niña, el nerviosismo de Amy… Le había dicho que quería ir al rancho para hacer unas fotos, para la promoción del libro, pero cada vez estaba más convencido de que había cometido un tremendo error al acceder a aquella reunión.

El parecido de Bella con Seth le había causado a Amy una fuerte impresión. Jamás habría imaginado que pudiera ser tan evidente la similitud en los rasgos de una niña pequeña y los de un hombre adulto. Le costaba creer que él no se hubiese percatado. ¿Cuánto tiempo tendría antes de que se diese cuenta y empezase a hacer preguntas?

Estaba segura de que sospechaba, que no se creía que hubiese ido allí sólo para obtener información y fotografías para la promoción del libro de Rachel. La aterraba que pudiera cambiar de opinión respecto a dejarla pasar un par de días en su rancho, porque si ocurriera eso, no tendría más remedio que soltarle de sopetón el verdadero motivo por el que había ido allí. No podía decírselo todavía; era demasiado pronto.

No podía darle la noticia de que tenía una hija así como así. Era un asunto difícil y delicado. Antes tenía que tratarlo un poco y ver qué clase de hombre era. Quería ganarse su confianza… si es que aquello era posible, porque empezaba a dudarlo. En cualquier caso tenía la esperanza de que entre los dos podrían decidir qué sería lo mejor para Bella.

La ponía algo nerviosa, pero es que era tan guapo… Rachel siempre había tenido buen gusto para los hombres, y el físico escultural de Seth y sus increíbles ojos azules bastarían para hacer perder la cabeza a cualquier mujer.

La noche anterior, al poco de llegar allí, le había mencionado su nombre a la esposa del patrón, Marie, y su reacción la había dejado perpleja.

–¿Seth Reardon? –había repetido abriendo mucho los ojos, como sorprendida–. Oooh... No es muy hablador, y no se le ve mucho por el pub. Es un hombre... frío, pero tiene algo. No sé, como sus ojos, esos ojos que te hacen preguntarte...

–¿Preguntarte qué? –la había instado ella para que continuara.

La mujer se había sonrojado y había lanzado una mirada a Bella, que estaba sentada con ellas en el comedor, absorta en el vaso de leche fría que estaba bebiéndose con una pajita.

–¿El qué? –le había vuelto a preguntar Amy.

–Bueno, no sé, es que siempre he sentido debilidad por los hombres de ojos azules –había respondido Marie a toda prisa, de un modo evasivo.

Luego se había levantado y se había puesto a recoger los platos, farfullando algo de que tenía que volver a la cocina, y había dejado a Amy con la impresión de que Seth Reardon era tan peligroso como una tela de araña para una mariposa.

La propia Rachel le había reconocido que, aunque al principio Seth le había parecido frío y distante, cuando había empezado a conocerlo mejor le había resultado imposible resistirse a él. Amy trató de poner coto a su imaginación cuando pensó en su amiga y en Seth conociéndose mejor... intimando... haciendo el amor... El solo pensar en aquello la hacía sentir un cosquilleo eléctrico.

Seth lanzó una mirada ceñuda a la ventana, y Amy vio que estaba empezando a llover, y con bastante fuerza.

–La semana pasada, cuando me telefoneó, me dijo que quería tomar unas fotografías en el rancho, pero con este mal tiempo no va a ser posible. Ya le dije que no era la estación más adecuada para venir.

–Bueno, podría hacer fotos del paisaje lluvioso. Quizá la novela de Rachel transcurra durante la estación de las lluvias.

–Lo dudo. Cuando estuvo aquí era invierno, la estación seca.

–Es verdad, no me había acordado.

Seth frunció el entrecejo.

–¿Quiere decir que no ha leído el libro?

–Pues... en realidad no.

Rachel había guardado con mucho celo los detalles de aquella novela, hasta el punto de que ni siquiera le había dejado leer unas páginas, y después del accidente a Amy le había parecido que no

estaría bien curiosear en los archivos del ordenador de su amiga. Un día se había sentado a leer uno de los libros de poemas de Rachel, pero el dolor la había abrumado y había tenido que volver a cerrarlo. Leer sus versos era como oír la voz de Rachel y sus pensamientos, expresados de un modo muy personal.

Seth la miró con los ojos muy abiertos.

–¿Y entonces cómo piensa promocionar el libro?

–Bueno, pienso leerlo, naturalmente, cuando la editorial me mande una copia. Pero hay tiempo. Me han enviado una prueba de impresión de la portada. ¿Quiere verla? Es muy bonita.

Sacó una carpetilla de plástico del bolso y se la tendió. La portada del libro tenía una pintura de una cálida playa tropical al atardecer, con palmeras y blanca arena. En la lejanía se veían pequeñas islas, y el sol se fundía con el mar.

–No tiene mucho que ver con la realidad –admitió ella, lanzando una mirada a la ventana.

Se le había caído el alma a los pies al llegar a Tamundra y ver la calle principal desierta, los tristes eucaliptos, y la tierra rojiza que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Probablemente todo el Cabo York era igual de inhóspito, así que la cubierta era cuando menos engañosa.

Seth se encogió de hombros.

–En el linde este del rancho hay parajes exactos a ése.

–¿En serio? –inquirió Amy sorprendida, volviendo a mirar la idílica portada del libro.

–No ha hecho los deberes, señorita Ross.

–Yo... Bueno, apenas han pasado dos meses desde la muerte de Rachel y he estado... he estado muy ocupada –balbuceó ella–... con Bella.

Los dos bajaron la vista a la niña, que estaba entreteniéndose con un libro de colorear y unas ceras.

–Querría saber más sobre la estancia de Rachel en el rancho –le dijo Amy a Seth–: qué clase de trabajo desempeñaba, si encajaba allí...

Seth frunció el ceño.

–Pero la gente de la editorial ya me pidió esa información para incluirla en las solapas del libro –replicó golpeteando con el índice la carpetilla de plástico.

–Sí, pero el texto que van a poner es muy… general –replicó ella, desesperada por encontrar una razón para justificarse–. Lo que yo busco son detalles.

Él la miró receloso.

–¿Qué clase de detalles?

Amy tragó saliva.

–No tiene por qué ser nada personal.

Seth frunció el ceño y Amy se puso roja.

–Me gustaría conocer algún detalle curioso o interesante sobre su paso por el rancho –añadió Amy–. Rachel era una chica de ciudad. Estoy segura de que no se había acercado a una vaca hasta que vino aquí, y que nunca antes había dormido al raso, y cosas así.

Seth se puso en pie de un modo abrupto, haciendo que las patas de su silla chirriaran contra el suelo de madera. Fue hasta la ventana, apoyó un hombro en la pared, y se quedó observando la lluvia con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–Me temo que ha perdido su tiempo viniendo hasta aquí.

–¿Qué quiere decir? –inquirió ella preocupada. ¿Iba a negarse a llevarla al rancho?

Seth entornó los ojos.

–Si ha venido hasta aquí en busca de algún escándalo para generar expectación en torno al lanzamiento del libro, debería volverse por donde ha venido –le dijo.

–¿Un escándalo? –repitió ella anonadada–. ¿Por qué iba a querer manchar el nombre de mi mejor amiga?

–Déjeme pensar… –murmuró él con sarcasmo–. ¿Por dinero? ¿Para vender más libros? Se dedica usted al marketing, ¿no?

–¿Cómo se atreve?

Seth volvió a encogerse de hombros.

–Usted sabrá. Pero no ha sido honrada conmigo.

Oh, Dios. Lo sabía, sospechaba algo; estaba intentando hacer que confesara. Pero si le decía de sopetón que Bella era hija suya sería un golpe tremendo para él, y luego se pondría furioso y volvería a su rancho sin que pudieran hablar de lo que era mejor para la niña.

–Rachel era mi mejor amiga –le dijo en un tono quedo–. Y… y la he perdido.

Intentó continuar, pero de pronto se agolpó en su interior todo el dolor que había seguido en aquellos dos meses a la muerte de

Rachel. Habían sido dos meses muy difíciles para ella pues se había visto obligada a reponerse a la pérdida para hacerse cargo de la hija de su amiga. Había estado esforzándose tanto por hacer las cosas bien... Y si había ido allí era precisamente por eso, porque quería hacer lo correcto. Pero parecía que había fracasado, y no se atrevía a mirar a Seth Reardon; no quería que viera las lágrimas en sus ojos.

–Escuche –dijo él de pronto, visiblemente incómodo–, me fío de su palabra.

Ella alzó la vista.

–Pero si va a venir al rancho conmigo –añadió Seth a regañadientes–, será mejor que nos pongamos en marcha ya, antes de que el tiempo empeore.

Amy se apresuró a asentir.

–¿Cómo ha venido desde Cairns? –inquirió él.

–Alquilé un coche.

–¿Tiene tracción en las cuatro ruedas?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces será mejor que vengan en mi camioneta. Es peligroso conducir por las carreteras de la zona con esta lluvia, y no quiero tener su seguridad y la de su hija sobre mi conciencia –le dijo él–. Pero no perdamos más tiempo; hay un buen trayecto hasta el rancho.

Capítulo 2

Seth no había bromeado al decirle que quería que se marchasen de allí cuanto antes. En un tiempo récord colocó en el asiento trasero de su camioneta la sillita de viaje de Bella, y fue una suerte que a la niña no le entrara un berrinche cuando la sentaron en ella. Parecía un poco perpleja, pero se había tomado su vaso de leche, un plátano y un sándwich, y se quedó dormida poco después de que abandonaran Tamundra.

La lluvia caía en regueros por las ventanas de la camioneta, emborronando el paisaje, y Amy no podía ver más que la carretera de tierra rojiza frente a ellos a través del parabrisas.

Seth iba callado, pero no parecía incómodo, sino todo lo contrario. Cada vez que Amy lo miraba de reojo lo veía relajado y concentrado, con las manos en el volante, mientras conducía con pericia por el accidentado terreno. Seguro que mostraba la misma confianza a lomos de un caballo o subido en tractor.

–¿Has vivido siempre aquí, en Cabo York? –le preguntó, por hablar de algo. Antes de salir del hotel él le había pedido que lo tuteara.

Seth negó con la cabeza.

–No, no vine aquí hasta los doce años.

Amy esperaba que ampliara su respuesta, pero como no lo hizo, se aventuró a hacer más preguntas. Habría sido una lástima desperdiciar aquella oportunidad para conocerlo un poco mejor.

–¿Y dónde vivías antes?

–En Sidney.

–¿En serio? –dijo ella sorprendida. La bulliciosa y metropolitana Sidney era tan diferente de aquel lugar como la ciudad de Melbourne, donde ella vivía–. El venirte aquí debió suponer un cambio tremendo para ti.

Seth asintió.

–Me vine a vivir con mi tío después de que muriera mi padre.

Amy imaginó lo difícil que debió ser para un chico a las puertas

de la adolescencia que acababa de perder a su padre, el dejar su ciudad natal y a sus amigos para irse a vivir tan lejos. Aquel pensamiento la conmovió, y habría querido preguntarle por su madre, saber por qué no se había hecho cargo de él al morir su padre. ¿Por qué lo había enviado con su tío? Sin embargo, la rigidez de sus facciones le dijo que sería mejor no hacer más preguntas.

La lluvia incesante y el silencio torvo de Seth bastaron para que Amy sintiese lástima de sí misma. No era su costumbre autocompadecerse, pero los dos últimos meses habían sido muy duros para ella, después de la muerte de Rachel, y no sabía muy bien cómo había sacado fuerzas para sobrellevar lo ocurrido.

La decisión de hacerse cargo de Bella había sido una decisión que había tomado sin vacilar. En la noche del accidente había ido a casa de Rachel, aturdida, y había pagado a la niñera. Luego, cuando ésta se había marchado, había entrado de puntillas en el cuarto donde dormía la pequeña, ajena a la desgracia que acababa de ocurrir.

Había mirado la dulce carita de Bella, sus mofletes regordetes, sus ojos cerrados, enmarcados por oscuras pestañas, y casi se le había roto el corazón. En aquel mismo momento había decidido que no podía dejarla sola, que se ocuparía de ella.

Sin embargo, no le había sido fácil adaptarse a esa nueva situación, y su novio, Dominic, al cabo de unas semanas le había salido de repente con que tenían que darse un tiempo, que necesitaba su espacio.

Desde ese momento Amy había sabido que aquello era sólo el principio, la grieta que haría que su relación se resquebrajara sin remedio. Dominic había llegado a mostrarse celoso del estrecho vínculo que se había formado entre la niña y ella, y habían acabado teniendo una fuerte y amarga discusión porque él no comprendía por qué tenía que hacerse cargo de Bella.

Aunque fuera la tutora legal de la niña no tenía por qué implicarse tanto, le había dicho, y aquello le había abierto los ojos, le había hecho ver que después de casi un año de relación, no la conocía en absoluto.

Le había recordado que estaba viviendo en su casa, que siempre tenía que andar detrás de él para que pagara su parte de los recibos del teléfono, de la electricidad..., y también le había hecho saber lo

irritante que era cuando se pasaba horas y horas sin salir del cuarto de estar, jugando en red con el ordenador, haciendo que se disparara la factura de Internet.

Poco importaba ya si había sido Dominic quien se había marchado, o ella quien le había enseñado la puerta. Todo aquello había sido agotador, y se habría derrumbado si no hubiera sido por Bella.

No dejaba de maravillarla lo rápido que la pequeña había empezado a confiar en ella. Poco a poco había ido disminuyendo la frecuencia de las noches en las que se despertaba llorando y llamando a su mamá. Sin embargo Amy se sentía, en cierto modo, como si estuviese robándole a su amiga el cariño de su hija, sentía que ese cariño no le pertenecía, que no se lo merecía.

Seth seguía callado mientras conducía, y Amy comenzó a notarse un incipiente dolor de cabeza, producto probablemente de la tensión. Echó la cabeza hacia atrás e intentó relajarse observando la lluvia caer, como una cortina de agua, por el cristal de su ventanilla. De cuando en cuando vislumbraba la silueta borrosa de varias reses agrupadas mientras alguna, aislada, seguía paciendo, aparentemente ajena a la incesante lluvia.

Bella se despertó en ese momento, y se puso como loca al ver a los animales.

–¡Una vaquita! –exclamó encantada–. ¡Muu... muu...!

Amy lanzó una mirada furtiva a Seth, y le agradó verlo sonreír en respuesta al entusiasmo de Bella. Dios, era aún más guapo cuando sonreía...

Amy se preguntó si habría estado perdidamente enamorado de Rachel. No habría sido el único; le pasaba a casi todos los hombres. ¿Habría habido alguna otra mujer en su vida después de Rachel? Probablemente en aquellos parajes tan inhóspitos no había muchas mujeres donde elegir, pero quizá hubiera una hermosa joven en Cairns, por ejemplo, que esperase impaciente sus visitas.

–¿Cuánto tiempo llevabais Rachel y tú siendo amigas? –le preguntó Seth de repente.

–Las dos teníamos quince años cuando nos conocimos –le dijo ella–. Fue en el hospital; a las dos acababan de operarnos de apendicitis.

Seth hizo una mueca.

–Bueno, supongo que os disteis apoyo moral la una a la otra –dijo mirándola con una sonrisa.

Cielos. Una sonrisa, y una conversación. La cosa iba mejorando.

Amy le devolvió la sonrisa.

–Lo pasamos en grande. Estábamos en un pequeño hospital que llevaba una congregación de monjas, y compartíamos habitación. Pronto descubrimos que estábamos en el mismo curso y que teníamos muchas cosas en común.

–¿Y después de aquello seguisteis en contacto?

Amy asintió.

–Rachel iba a un colegio privado muy exclusivo sólo para chicas, y yo iba a un instituto público, así que no nos veíamos mucho, pero hablábamos por e-mail, y cuando podíamos quedábamos los fines de semana. Y en verano Rachel pasaba las vacaciones con mi familia y conmigo en la playa.

–Vaya, pues sí que debíais llevaros bien.

–Éramos uña y carne. Cuando acabamos el bachillerato fuimos juntas a la Universidad de Melbourne.

Sacó una bolsa de caramelos de *toffee* del bolso.

–¿Quieres uno?

–Bueno. Gracias.

–Espera, le quitaré el envoltorio.

Cuando le tendió el caramelo y sus dedos se tocaron, volvió a sentir ese cosquilleo eléctrico que la dejaba sin respiración por un momento. Por Dios... No debería sentirse atraída por aquel hombre. Para disimular su reacción al leve contacto, se apresuró a decir algo.

–¿Y tú? Viviendo en este lugar imagino que irías a un internado, ¿no?

Seth asintió y se metió el caramelo en la boca.

–El internado al que iba estaba en Townsville, y tenía que desplazarme en avioneta hasta allí.

–Siempre he pensado que debe ser muy divertido estudiar en un internado.

–Sí, lo pasábamos muy bien –respondió él, y parecía verdaderamente feliz al recordarlo.

–¿Y qué hiciste al acabar los estudios? –inquirió Amy vacilante–. ¿Empezaste a trabajar en el rancho de tu tío?

Un suspiro casi imperceptible escapó de los labios de Seth.

–No, pasé un año en Inglaterra, jugando al rugby.

Amy parpadeó sorprendida, intentando imaginárselo con casco, hombreras y demás, rodeado por sus compañeros. Con ese cuerpo atlético seguro que se le daban bien los deportes, pero el juego en equipo... Desde el primer momento lo había tenido por un solitario por naturaleza.

–¿Y te resultó duro volver aquí, a Cabo York?

–No, en absoluto –dijo lanzándole una mirada rápida antes de volver a fijar la vista en la carretera.

Había respondido muy deprisa, casi demasiado deprisa, y el brillo acerado en sus ojos le había dado a entender que no quería seguir con esa conversación.

Volvió a hacerse el silencio entre ellos una vez más, pero la mente de Amy bullía de preguntas sin contestar. Había tantas lagunas en la historia de Seth, tantas cosas que era evidente que no tenía intención de contarle. ¿Qué había sido de su madre? ¿Habría muerto también? ¿Echaba de menos Sidney?, ¿o el rugby?, ¿o Inglaterra?

Pero sobre todo se preguntaba si de verdad le gustaba vivir en Cabo York. Porque si no era así, ¿por qué se había quedado allí, en el norte? Si no le hubiera importado irse a vivir al sur, Rachel, Bella y él podrían haber sido una familia.

Lo único que tenía más claro cada vez era que había subestimado a Seth Reardon. Había ido allí pensando que se encontraría con un tipo afable, de tez morena y con un sombrero de vaquero, un hombre atractivo pero sencillo, de campo, con el que su mejor amiga había tenido un romance y que se merecía saber que era padre de una niña. Había sido una tonta al creer que sería fácil darle la noticia.

Se volvió en el asiento para mirar a Bella, que se había vuelto a quedar dormida. Justo en ese momento la pequeña se despertó, y paseó la mirada, confusa y adormilada, por el interior del vehículo. Amy sonrió enternecida. Era difícil de creer lo mucho que se había encariñado con ella en tan sólo dos meses, y el vínculo emocional que había entre ellas era tan fuerte que a veces la maravillaba.

Habían recorrido un largo camino juntas, y poco a poco habían aprendido a superar la irreparable pérdida, a vivir la una con la

otra, y a quererse.

Ahora, era raro el día en que Bella no iba a despertarla, dando botes en su cama, ansiosa por darle los buenos días con besos, abrazos y risas.

Con Bella había descubierto el placer de estar viva, había vuelto a apreciar las cosas sencillas, como ir al parque a dar de comer a los patos, tirarse por un tobogán o chapotear en los charcos. Había olvidado lo divertido que era hacer burbujas en la bañera, o leer cuentos antes de irse a dormir. Casi le costaba recordar la época en la que para ella su carrera había sido lo más importante.

Aunque el ser autónoma le había hecho posible hacerse cargo de Bella, bajando su ritmo de trabajo, sabía que no podría seguir mucho tiempo con ese estilo de vida sin apenas ingresos. Ya se había gastado una buena parte de sus ahorros.

Claro que eso no quería decir que hubiese ido allí en busca del padre de Bella porque necesitara que la ayudara económicamente. Tal vez tuviera que hacer algunos sacrificios, pero estaba segura de poder mantener a la pequeña sin problemas.

Seth detuvo la camioneta al llegar a una verja, y se bajó para abrirla.

–¿Falta poco? –le preguntó Amy esperanzada cuando volvió a subirse al vehículo. Bella estaba empezando a gimotear de impaciencia–. ¿Estas tierras pertenecen al rancho?

–Ésta es una de las verjas que delimitan la propiedad –respondió él mientras cruzaban entre los postes de madera–, pero aún falta una media hora para que lleguemos a la casa.

Media hora... Ya estaba atardeciendo, y la oscuridad avanzaría deprisa con los nubarrones negros sobre ellos. A Amy le costaba imaginar una propiedad tan extensa que llevase tanto tiempo atravesarla.

Seth volvió a bajarse para cerrar la verja, y cuando regresó al vehículo, le dijo:

–¿Quieres bajar con Bella para que estire un poco las piernas?

–Bueno, estoy segura de que le gustaría, pero está lloviendo.

–¿Y qué? Imagino que habréis traído chubasqueros, ¿no?

–Pues... sí, pero...

Seth se encogió de hombros.

–Estamos en el trópico; la lluvia no es fría.

–Supongo que tienes razón –admitió ella.

Sacó los chubasqueros, que había guardado en un bolsillo exterior de la maleta, y momentos después se bajaban del vehículo ataviadas con ellos.

–¿No vas a acompañarnos? –le preguntó a Seth, que se había quedado sentado en la camioneta.

Por primera vez flaqueó ese aire suyo de hombre frío y seguro de sí mismo. Sus ojos se posaron en la carita de Bella, que lo miraba expectante bajo la capucha amarilla de su chubasquero. Sus facciones se suavizaron, y esbozó una sonrisa que hizo que el corazón de Amy palpitase con fuerza.

–Bueno, ¿por qué no? –respondió.

Tomó su abrigo del asiento trasero, y al poco estaban paseando bajo la lluvia, que ahora no era tan fuerte, por el camino de tierra rojiza, entre eucaliptos y palmeras.

Bella, caminaba entre Seth y Amy, y aunque había insistido en que quería ir de la mano de los dos, de cuando en cuando se soltaba y corría a chapotear en un charco para luego volverse hacia ellos con una enorme sonrisa.

Cuando eso ocurría Amy se preocupaba un poco, temiendo que Seth se diera cuenta de que la niña sonreía como él, pero lo cierto era que estaba disfrutando de aquel pequeño paseo más de lo que debiera. El estar caminando bajo la lluvia allí, en medio de ninguna parte, la hacía sentirse tan libre... y Seth estaba sonriendo más, y de vez en cuando sus miradas se encontraban, y cada vez que esos ojos azules se posaban en los suyos se estremecía por dentro.

Sabía que era algo absolutamente inapropiado y ridículo, pero no podía evitarlo. Se sentía extrañamente feliz, y no le habría importado seguir caminando por allí durante horas, pero al cabo se recordó que tenía que poner los pies en el suelo, y le dijo a Seth que quizá deberían regresar a la camioneta.

Volvieron a ponerse en marcha, y Seth tuvo que bajarse al menos otras seis veces para abrir otras verjas, y cada vez que subía al vehículo de nuevo, traía consigo un aroma a tierra mojada y a lluvia.

–Ya casi hemos llegado –le anunció él momentos después.

Amy vio luces que parpadeaban frente a ellos, entre la lluvia, y luego una casa. Seth detuvo el vehículo y se bajaron. Estaba

demasiado oscuro para ver nada, pero parecía que lo que tenían ante sí era la parte trasera de la vivienda, en cuyo tejado repiqueteaba la lluvia.

Entraron, y colgaron los impermeables en los ganchos del perchero que había detrás de la puerta.

–Os llevaré a vuestra habitación –le dijo Seth a Amy.

–Gracias.

Seth tomó sus maletas y Amy lo siguió con Bella en brazos. Se preguntaba dónde estaría el tío de Seth. Si no estaba en casa... ¿No debería aprovechar que estaban solos para darle a Seth la noticia de que Bella era su hija?

De pronto sintió miedo. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Seth, si se enfadaría, o si sería un shock para él, o si reaccionaría con incredulidad, o si sospecharía de los motivos que la habían llevado allí.

Quizá lo más prudente sería esperar a la mañana siguiente. Había sido un día largo y complicado, y el cansancio tendía a hacerla frágil y pronta a las lágrimas, y quería ser fuerte como una leona en defensa de sus crías cuando tratase el futuro de Bella con aquel hombre.

–Creo que en esta habitación estaréis cómodas –le dijo Seth empujando una puerta.

–¡Oh! –exclamó Amy cuando entraron y él dejó las maletas en el suelo–. Es preciosa.

Era una habitación muy bonita, con suelo de moqueta verde claro, y paredes empapeladas a juego en tonos verdes y crema. Había dos camas con mosquiteras, y una puerta cristalera de doble hoja que daba al porche.

–Ahí tenéis el baño –dijo Seth señalándole una puerta.

–Estupendo. Gracias, Seth.

Amy dejó a la pequeña en el suelo y asomó la cabeza dentro del cuarto de baño que estaba tan limpio y era tan bonito como la habitación. De los toalleros colgaban gruesas y suaves toallas de rizo, y había incluso una orquídea morada en un jarroncito de cristal tallado sobre el lavabo. No había esperado encontrar semejantes comodidades en un lugar inhóspito como aquél. Era como un espejismo en el desierto.

Quizá Seth y su tío estuvieran acostumbrados a tener invitados.

¿Podría ser que Seth no fuera tan antisocial como había creído?

Su confusión aumentó cuando se volvió y vio que Bella y él estaban jugando a ver quién podía tocarse la punta de la nariz con la lengua. Se le hizo un nudo en la garganta cuando el ranchero y la pequeña se echaron a reír. Se parecían tanto, y era una escena tan enternecedora, que por un instante estuvo a punto de sucumbir a su mala conciencia y contarle la verdad.

«No puedo hacerlo. Ahora no. Sería demasiado cruel soltarle la noticia nada más llegar a su casa».

Se puso a deshacer la maleta de Bella para fingirse ocupada mientras trataba de calmarse, pero Seth no pareció advertir su agitación, y le dijo:

–Le he pedido a Ming que nos conformaríamos con algo ligero para cenar. ¿Qué tal unos huevos revueltos, unas tostadas y té?

–Oh, estupendo. ¿Quién es Ming?

–Mi cocinero.

Amy parpadeó. ¿Tenía un cocinero? Aquello sí que era una sorpresa. Por el modo en que Rachel le había hablado del rancho Serenity, siempre había imaginado que la vida allí debía ser bastante dura.

–Entonces, ¿te parece bien? Lo de la comida –inquirió Seth.

–Sí, perfecto. A Bella le encantan los huevos revueltos.

–Bien, iré a decírselo a Ming. Venid a la cocina cuando estéis listas. Está al final del pasillo.

–¡Uno, dos, cinco, seis! –anunció Bella, contando los palitos de queso en su plato, y dedicó una amplia sonrisa a Amy y Seth.

Estaban los tres solos en la cocina porque el misterioso Ming se había retirado antes de que pudiera conocerlo, pero por fortuna las ocurrencias de Bella evitaban que los silencios incómodos entre Seth y ella se alargaran demasiado.

Seth le preguntó por su trabajo como publicista, y le habló del mercado de exportación de carne de vacuno. Amy habría querido retomar la conversación que habían tenido de camino allí, y hacerle preguntas personales: si lamentaba haber renunciado al rugby, si pensaba vivir en Cabo York el resto de su vida, si le gustaría formar una familia algún día…, y cuáles habían sido sus sentimientos hacia Rachel.

Pero en vez de eso le habló de su apartamento en Melbourne, y de la guardería a la que pensaba mandar a Bella cuando volviese a dedicarse de lleno a su trabajo.

Aunque antes o después tendría que decirle la verdad, era algo que la asustaba. Decírselo era una cosa, pero... ¿y si Seth quería quedarse con Bella? No, era su tutora legal, y la llevaría de regreso a Melbourne con ella. Seth podría mantener el contacto con ella, por supuesto, pero no podía quitarle la custodia de la pequeña. ¿O sí?

Cuando sus ojos se encontraron con los de Seth, le dio la impresión de que él quería preguntarle algo, pero rehuyó su mirada. Seth se puso a recortar con su cuchillo una tostada para Bella, dándole la forma de un barquito con su vela, y Amy no pudo evitar bajar la vista a sus manos. Eran las manos de un hombre de campo: fuertes, morenas, nervudas, y para su espanto, Amy se encontró imaginando esas manos acariciando su piel y el solo pensamiento hizo que de pronto se sintiera acalorada.

Hacia el final de la cena Bella estaba empezando a cabecear soñolienta, y Amy se disculpó con Seth, levantándose de la mesa con la excusa de llevarla a la cama.

–Será lo mejor, se la ve cansada –asintió él, pero cuando Amy iba a salir de la cocina con la niña en brazos, le dijo–: ¿Tendrías un momento luego, cuando la hayas acostado, para que hablemos?

¿Hablar? El corazón le dio un vuelco a Amy. ¿Por qué le había sonado ominosa aquella simple pregunta? Los ojos azules de Seth parecían tranquilos, en radical contraste con su pulso, que se había disparado.

–Claro –respondió.

Por primera vez Amy, que estaba demasiado agitada para leer, se alegró de que Bella se supiera de memoria cada uno de los cuentos que le leía cada noche. Sólo tenía que pasar las páginas, y la niña señalaba las ilustraciones y recitaba con su media lengua los diálogos que recordaba. Entretanto Amy no paraba de preguntarse de qué querría hablar Seth. ¿Querría que hablaran de Rachel y Bella? ¿Se habría dado cuenta de que allí había gato encerrado? Dios, no estaba preparada para decirle la verdad.

Observó en silencio la inocente carita de Bella mientras la niña se acurrucaba bajo las sábanas blancas con su juguete preferido: un

cerdito de peluche.

–Buenas noches, cariño –murmuró, acariciando un sedoso bucle, negro como el azabache.

–*Enas* noches –respondió Bella–. ¡Un *abazo*!

Amy sonrió y se inclinó para darle un fuerte abrazo y la besó en la mejilla regordeta, intentando no pensar en que Seth pudiera querer quitarle a la niña, ni en lo mucho que echaría de menos aquel ritual de cada noche si la perdiera.

El pánico se apoderó de ella, y de pronto fue consciente de lo importante que se había vuelto Bella para ella. No podría soportar separarse de la pequeña.

Sentada al borde de la cama se esforzó por contener las lágrimas mientras acariciaba el cabello de la niña, a la que se le estaban cerrando los ojos, y trató de idear, frenética, una estrategia para que sus temores no se convirtieran en realidad.

Capítulo 3

De pie en el porche trasero, Seth miraba la lluvia caer, pero su mente estaba en otra parte. No podía dejar de pensar en cierta joven encantadora y en su adorable hija pequeña, que tan felices parecían juntas. La imagen de ambas en su mente no hacía sino desgarrarlo por dentro y hurgar en una vieja herida que llevaba mucho tiempo tratando de ignorar.

Gruñó enfadado, fue hasta el fondo del porche, y se quedó apoyado en la barandilla con la vista fija en la oscuridad de la noche azotada por la lluvia.

Durante el corto paseo que habían dado para estirar las piernas había cometido el error de bajar la guardia. No podía permitir que los cálidos ojos de una madre soltera y las monerías de su hijita volvieran a burlar sus defensas.

No podía negar que al principio se había sentido «tentado» por el hecho de que no había ningún hombre en la vida de Amy, pero hacía años que había dado por muerto su sueño de formar una familia. Y había renunciado a ese sueño con la firmeza de un fumador o un alcohólico decididos a vencer su adicción.

La vida le había enseñado, después de muchos errores, que las mujeres eran un riesgo para la salud. Las familias parecían algo maravilloso vistas desde fuera, pero sabía por propia y amarga experiencia que vistas desde dentro las cosas podían ser muy distintas.

Cerró los ojos y vio a su madre, hermosa, elegante y esbelta, el oscuro cabello que enmarcaba su rostro como una cascada de satén. Aún recordaba su risa cantarina y el delicado aroma floral de su perfume. Y sus abrazos, poco frecuentes.

También recordaba las muchas noches que, con la nariz pegada al cristal de la ventana de su dormitorio, la había visto subiendo a una limusina; siempre tan distante, como una diosa, con un traje de noche con lentejuelas o de lamé, con un bolso de fiesta en una mano y un cigarrillo en la otra.

Pero sobre todo recordaba el día en que lo había abandonado, el día en que se había marchado... para no volver. Las mujeres siempre acababan dejándolo. Era una constante en su vida.

Estaba harto de ellas. Por eso tenía que ser muy cuidadoso cuando hablase con Amy. Había cosas importantes relacionadas con Rachel que debía averiguar, un misterio algo incómodo que tenía que desentrañar, y no podía dejar que su atracción hacia Amy volviese a distraerlo de su objetivo. Y por mucha curiosidad que sintiera, los motivos por los cuales estaba criando a su hija sola, aunque pensara que el tipo que la hubiera abandonado era un miserable, no era asunto suyo.

No quería sentir lástima por su hija y por ella. No quería involucrarse en algo que no le concernía. Ni sentir anhelos absurdos. Lo único que quería era saber la verdad.

Cuando Amy oyó los suaves golpes en la puerta, sintió cómo se disparaba la adrenalina en sus venas. Se miró una última vez en el espejo, nerviosa, con la esperanza de que estuviera presentable con los vaqueros y la camiseta limpios que se había puesto.

Fue a abrir, y al poner la mano sobre el pomo observó con satisfacción que no le temblaba, pero tan pronto como se encontró con Seth frente a ella, tan alto, tan misterioso..., su calma se desvaneció.

Salió al pasillo, y Seth lanzó una mirada, a través de la rendija de la puerta entreabierta, a la cama en la que dormía Bella.

–Ha caído rendida –le dijo Amy en voz baja, e inspiró, intentando calmarse.

–¿Te apetece un café? –le preguntó Seth–. ¿O preferirías algo más fuerte?

–No, con un café me va bien –respondió ella.

Aunque estaba segura de que no le iría mal un trago, quería tener la mente despejada.

–Podríamos salir al porche –propuso Seth, señalando con la cabeza en esa dirección–. Así no despertaremos a Bella, pero podrás oírla si sale llorando.

–De acuerdo.

Amy cerró la puerta con suavidad y lo siguió, tan nerviosa como si fuese a enfrentarse a una entrevista de trabajo pata la que no se

había preparado.

Una lámpara de pared iluminaba con una luz suave el porche, con sus dos sillones de mimbre con mullidos cojines, y una mesita baja.

Amy tomó asiento y observó la cortina de agua que ahora caía con menos intensidad.

–¿Cuánto durará esta lluvia? –le preguntó a Seth.

–Es difícil de decir –respondió él encogiéndose de hombros antes de sentarse en el otro sillón–. En esta estación puede llover durante semanas sin parar.

–Vaya, eso suena deprimente.

–Puede serlo. Por eso la mayoría de los que vivimos aquí intentamos tomarnos unas vacaciones en la época de lluvias, aunque sólo sea durante unos días.

–He leído que algunas carreteras quedan cortadas por las inundaciones.

–Sí, pero para mí no es un problema: tengo una avioneta –contestó él–. Dime, ¿no habías visitado antes esta región?

–No, nunca.

–Ya veo. Bueno, como ya te he dicho ésta no es la mejor época del año. Deberías haber venido en invierno.

–Sí, pero entonces habría sido demasiado tarde para ayudar a la editorial con la promoción del lanzamiento del libro de Rachel.

–Es verdad –Seth giró la cabeza hacia la oscuridad de la noche–. Y ya que mencionas eso... Esperaba que pudiéramos hablar del libro de Rachel.

Amy respiró aliviada. Al menos no había adivinado lo de Bella. Claro que... ¿qué más podía decirle ella del libro cuando apenas sabía nada de él? Y cuando se enterara de que lo del libro no había ido más que un pretexto para ir allí...

–Antes me dijiste que eras la mejor amiga de Rachel –murmuró Seth sin mirarla.

–Sí, es verdad.

–Y que os conocíais desde los quince años.

–Sí.

–Y supongo que os haríais confidencias.

–Sí, claro, hablábamos mucho –respondió ella cautelosa.

–¿Y no te dijo una sola palabra sobre su libro?

–No entró en detalles –contestó Amy, siguiendo el vuelo de una polilla con la mirada–. Rachel era… en fin, bastante supersticiosa. Ese libro era muy importante para ella, y creo que temía que no sería un éxito si hablaba demasiado de él.

–¿Y te contó algo del tiempo que estuvo aquí, en Serenity?

–Muy poco –admitió Amy con un suspiro.

Rachel había estado completamente abstraída a su regreso, con el embarazo, y luego con el nacimiento de Bella.

–Pero te habló de mí –apuntó Seth–. Sabías cómo encontrarme.

–Sí.

Sintiéndose acorralada, Amy cerró los ojos. Habría preferido esperar a la mañana siguiente para contarle a Seth toda la historia, esperar a estar despejada después de ocho horas de sueño. Habría preferido estar calmada, haber podido tomarse su tiempo para escoger las palabras adecuadas. Y, lo más importante, habría querido ser ella quien llevara las riendas, pero Seth estaba presionándola, no le dejaba otra opción. Tenía que contárselo ahora. No podía esperar a que él le sacara la verdad, porque entonces perdería toda credibilidad ante sus ojos.

Al oír a Seth levantarse abrió los ojos, y lo encontró de pie frente a ella.

–Sé que hay algo que no estás diciéndome, Amy.

Su voz había sonado dura y cortante como el filo de un sable. Estaba tratando de intimidarla, y eso no iba a tolerárselo. Nunca se había dejado amilanar, ni siquiera por sus hermanos mayores.

–No me gusta tu tono –le dijo, mirándolo desafiante.

Él frunció el ceño, desconcertado.

–Estoy siendo muy educado –respondió, pasándose una mano por el cabello, como tenso.

Se quedaron los dos callados, sosteniéndose la mirada durante largo rato. Al cabo, Seth pareció relajarse un poco, y cuando volvió a hablar ya no fue en ese tono amenazador.

–Dame un respiro, Amy. No estoy acostumbrado a estos juegos. Sólo quiero saber la verdad. ¿Por qué has venido aquí?

–Porque necesitaba hablar contigo –respondió ella–. Tengo que decirte algo importante.

Aunque Seth no se movió, Amy podía sentir que la tensión había vuelto a apoderarse de él. Estaba segura de que los engranajes de su

mente estaban girando a toda velocidad, y que en cualquier momento ataría cabos.

–Si vamos a tener esta conversación, ¿al menos podrías hacerme el favor de sentarte?

Él parpadeó sorprendido, como si hasta ese momento no hubiese sido consciente de su descortesía, y volvió a su asiento.

–Perdona, no pretendía molestarte.

–Yo también tengo que pedirte disculpas –admitió Amy–. Vine aquí con la intención de hacer lo correcto, y me temo que no estoy haciendo sino confundirte.

Seth se quedó mirándola fijamente, esperando que se explicara. El momento que tanto había temido había llegado.

–No soy la madre de Bella –dijo.

Seth permaneció callado una eternidad. El único ruido que se oía en el silencio de la noche era el de la fina lluvia al caer.

–¿Es hija de Rachel? –preguntó al fin.

–Sí.

«Sí»... Aquella palabra se quedó flotando en el aire, vibrando como un diapasón.

Amy había pensado que se sentiría aliviada cuando lo hubiese dicho, pero no se esperaba la reacción de Seth. A pesar de la débil luz de la lámpara vio cómo palidecía. Luego se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y se cubrió el rostro con las manos.

No hacía falta que añadiera que Bella era su hija; eso ya lo habría deducido él. Haciendo cálculos era evidente que la pequeña había sido concebida durante el tiempo que Rachel había pasado en Serenity.

Amy se frotó los brazos, y le dijo con suavidad:

–Seth, lo siento mucho, esto debe ser un shock para ti.

Él no respondió. Apartó las manos de su rostro lentamente, y las dejó caer, lacias, entre sus rodillas. No miró a Amy, ni habló, pero tragó saliva, como si estuviese intentando asimilar lo que acababa de oír.

–He venido aquí porque... bueno, creí que debías saberlo –dijo Amy–. Me pareció que era importante.

La lluvia seguía cayendo, incesante, mientras esperaba una respuesta. Al ver que él seguía sin decir nada, prosiguió. No quería

que se llevara una impresión equivocada.

–No quiero dinero de ti. Es sólo que... Bella es una niña adorable, y me parecía injusto que no supieras que tenías una hija.

Cuando por fin Seth se volvió hacia ella, la desconcertó la angustia que vio en sus ojos, y también el ver que tenía los labios apretados. Y entonces, de repente, casi sonrió.

–No te sientas mal. Has hecho lo correcto.

La tranquilizaba oírle decir eso, pero le habría gustado que la noticia lo hiciese feliz.

–No tengo intención de hacerte cargar con Bella –se vio obligada a decirle–. No tienes que preocuparte por eso, Seth. Estoy decidida a ocuparme de ella.

–Estoy seguro de que es lo mejor para Bella –dijo él en un tono quedo.

Amy exhaló un suspiro. Aquello era horrible, tan distinto de como había imaginado que sería antes de salir de Melbourne. Había esperado que se enfadara con ella, o que se negase a creerla. Incluso le había preocupado que quisiese quitarle a la niña. Lo último que se habría imaginado era que él lo aceptase con tanta calma, casi con resignación.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, había una mirada amable en los de Seth.

–Bueno, y... ¿qué relación tienes con Bella? ¿Eres su tutora legal?

Amy asintió.

–Rachel no tenía familia alguna.

–¿En serio? ¿Nadie?, ¿ni un pariente?

A Amy la sorprendió que supiera tan poco de Rachel.

–Era hija única –respondió–. Su padre ya falleció, y su madre está en una residencia para ancianos y se le ha ido la cabeza. Los dos pasaban de los cuarenta cuando la tuvieron. A esas alturas ya no esperaban tener un hijo, y cuando su madre se quedó embarazada fue una sorpresa para ellos.

Él se quedó callado un momento.

–Eso explicaría porque Rachel era... tan distinta.

–Era especial, ¿verdad? –dijo Amy con una sonrisa triste, recordando a su amiga–. Era genial, y tan divertida..., pero sí, era... distinta.

Seth asintió y apartó la vista tan deprisa, que hizo pensar a Amy que quizá hubiese estado perdidamente enamorado de Rachel. Por alguna extraña razón sintió una punzada en el pecho al pensar aquello.

–Estás haciendo un trabajo estupendo con Bella –le dijo Seth.

–No me supone ningún esfuerzo; la adoro.

Amy contuvo el aliento cuando Seth volvió a posar sus penetrantes ojos azules en ella y la estudió en silencio. Luego se puso en pie de repente, le dio las gracias, y ella supo que la conversación había acabado.

Volvieron dentro, y cuando se detuvieron frente a su dormitorio Amy se sentía fatal, pero no sabía qué decir.

–Buenas noches –le dijo Seth–, que descanses.

–Gracias. Tú también –respondió ella. Y entonces recordó algo–. Espera un momento, no te vayas. Tengo algo que quizá te gustaría ver.

Entró en el dormitorio y sacó de su maleta un álbum de fotos que había llevado consigo para enseñárselo. Volvió a salir sin hacer ruido, y cuando se lo dio a Seth sus manos se rozaron, dejándola sin aliento.

–Gracias –murmuró él, asiendo el álbum con fuerza.

Toda la casa estaba en silencio, como si estuviera escuchándolos.

–¿Seguro que no quieres tomar algo antes de irte a dormir? –le preguntó él, recordando sus deberes de anfitrión.

–¿Podría hacerme un té?

–Yo mismo te lo preparé.

–No es necesario, de verdad. Ahora que ya sé dónde está la cocina seguro que me las apañaré sin problemas.

–Como quieras –respondió él. Se despidió con un asentimiento de cabeza, y se marchó.

Amy se sentía inexplicablemente decepcionada por lo ocurrido, y ni el darse una ducha la ayudó a sentirse mejor. De pie en camisón entre las dos camas, se quedó mirando a Bella, que dormía ajena a todo aquello abrazada a su peluche con la boca entreabierta. «¿He hecho lo correcto, pequeña?».

Fue descalza por el pasillo a oscuras, hasta la cocina, y encendió la luz. No le costó encontrar una caja con bolsitas de té y un cazo

para hervir el agua, y momentos después regresaba a su dormitorio con la taza en la mano. Vio luz por debajo de una puerta justo enfrente, y se preguntó si sería la habitación de Seth. El solo considerar aquella posibilidad la hizo sonrojarse. «Qué tonta eres, Amy».

Entró en su dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Encendió la luz de la mesilla de noche, apartó las sábanas de su cama, colocó los almohadones contra el cabecero, y se sentó con la espalda apoyada en ellos y la taza de té entre ambas manos.

Pensó en Rachel, y una ola de pena la invadió. Si no la hubiese invitado a aquella fiesta… Por enésima vez deseó poder volver atrás en el tiempo, a esa noche, y cambiar las cosas. Rachel había sido una persona tan llena de vida, tan segura de sí misma, tan carismática… No debería haber muerto.

La amistad entre ambas había sido muy fuerte, una clara muestra de atracción entre los polos opuestos. Rachel era la chispeante, la atrevida, y siempre decía que ella la ayudaba a mantener los pies en la tierra y le daba paz. «Amy es mi pilar», solía decirle a la gente.

Todos los hombres caían rendidos a sus pies, y a Rachel siempre le había gustado ser objeto de sus atenciones. Nunca había estado mucho tiempo sin novio, pero de algún modo había conseguido hacerse inmune al virus del amor, y no se había enamorado de ningún hombre… hasta aquel viaje al norte.

«Ojalá hubieras estado allí conmigo, Amy», le había dicho la noche en que finalmente le había confesado su romance con Seth Reardon. «Si hubieras estado a mi lado no habría perdido la cabeza».

Amy enjugó las lágrimas de sus mejillas y pensó en Seth. Se preguntó si estaría mirando las fotos del álbum. ¿Dormiría algo esa noche, o se habría calmado? ¿Estaría pensando en Rachel? ¿O en Bella?

Lo había visto tan mal cuando le había dado la noticia… El solo pensar en la expresión angustiada de su rostro la hacía sentirse fatal. Sabía que era ridículo que se preocupase tanto por un hombre al que acababa de conocer, pero no podía evitarlo. Había algo tan atrayente en Seth Reardon…

Desde el momento en que se habían conocido, aquella mañana

(Dios, ¿de verdad sólo hacía unas horas?), había sabido que era un hombre que sería incapaz de tomarse nada a la ligera. Era muy posible que hubiese sentido verdadero amor por Rachel, no algo pasajero.

El álbum de fotos que Amy le había dado yacía olvidado en la mesilla de noche de Seth. Le había echado un vistazo rápido, y había visto fotos de Bella recién nacida, con sus primeros dientes, gateando, aprendiendo a andar...

También había visto fotos de una Rachel sorprendentemente maternal, y feliz. Y fotos en las que se veía a Amy, como una en la que llevaba una tarta de cumpleaños con dos velitas de colores. Sin embargo, al cabo de un rato había cerrado el álbum y lo había dejado a un lado. Era demasiado doloroso ver todas esas caras felices.

Amy se lo había dado con la mejor intención, pero poco podía imaginar el impacto que había tenido en él la noticia que le había dado. Y lo irónico era que creía que él era el padre de Bella.

Jamás había imaginado que cuando Rachel se fue del rancho pudiera estar embarazada, pero desde luego las cosas habrían sido mucho más sencillas si de verdad él fuera el padre de la pequeña. Aceptaría su responsabilidad, y quizá incluso podría haber llegado a un acuerdo con Amy de custodia compartida.

Y a decir verdad la idea de pasar más tiempo con Amy le resultaba atractiva... pero no era más que una fantasía. No era el padre de Bella. No se había acostado con Rachel; ni una sola vez. Jamás.

La realidad era otra muy distinta, una realidad que hacía que lo asaltaran sentimientos de dolor y de culpa. Rachel había coqueteado abiertamente con él al poco de llegar a Serenity, pero él había intuido que podía crearle problemas, y cuando le había dado a entender que no estaba interesado, le había echado el ojo... a otra persona. Y las consecuencias habían sido trágicas.

Esas consecuencias eran la cruz con la que Seth tenía que cargar, pero le causaban demasiado dolor, y por eso no se había visto capaz de hablarle de ello a la dulce Amy.

Se levantó de la cama con un gruñido de irritación y se puso a pasearse por su habitación. Todo aquello era mucho más

complicado de lo que ella imaginaba, y necesitaba tiempo, días, semanas, meses, para encontrar la manera de explicárselo.

Dios, ¿cómo iba a decírselo? Amy había sido una amiga fiel con Rachel, había aparcado parcialmente su carrera para dedicarse a Bella, y había ido hasta allí para hacer algo que la propia Rachel debería haber hecho tres años atrás.

Tomó el álbum de la mesilla, lo abrió, y se quedó mirando una de las fotos en las que salía Amy. Sus ojos eran tan bonitos y tan cálidos..., y el solo mirarla hacía que sintiese deseos de sonreír.

Había sido tan generosa yendo allí como lo había sido su tío al acogerlo tras la muerte de su padre, dándole una educación, un hogar... Le debía tanto al hermano menor de su padre, al que tanto había admirado y cuyo nombre llevaba...

Estaba confuso. No sabía qué debía hacer. ¿Cómo podría darle la espalda a aquella pequeña? Lo más fácil sería lavarse las manos, decirle a Amy que estaba equivocada, que no era el padre, y mandarla de regreso a Melbourne, pero el peso de la responsabilidad lo asfixiaba. Y aun así, por amable y compasiva que fuese Amy, no se sentía preparado para hablarle de aquello. Necesitaba tiempo.

–¡Amy, *despieta*! ¡*Despieta*!

Los dedos pequeños y regordetes de Bella intentaban abrir los párpados de Amy.

–Es demasiado temprano –protestó, negándose a abrir los ojos.

Había pasado una noche horrible, moviéndose de un lado a otro, y hacía cinco minutos por fin le había parecido que estaba a punto de caer en un profundo sueño cuando de pronto habían llamado a la puerta.

–¡La *pueta*! –exclamó bajándose de la cama–. ¡*Tan* llamando!

Amy apartó las sábanas con un gemido y se puso de pie. No sabía qué hora podría ser, pero la luz entraba a raudales por entre las lamas de las contraventanas.

Bella se puso a aporrear la puerta cerrada.

–¡*Beno* días, *señó*! ¡Amy ya *vene*!

–Se llama Seth –masculló Amy. Como no recordaba dónde había dejado la bata, agarró un chal de seda y se lo echó sobre los hombros–. Bella, no puedes seguir llamándolo «señor». Di «Seth».

–*Sef*.

–Eso está mejor.

Amy se miró al espejo e hizo una mueca al ver su reflejo. Parecía una aparición, con el cabello alborotado y esas ojeras.

Volvieron a llamar a la puerta.

–¡Amy ya *vene, señó Sef*! –le gritó Bella a la puerta cerrada.

Sujetándose el chal con una mano para que no se le abriese, Amy se peinó a toda prisa con los dedos aunque sabía que eso no mejoraría en nada su aspecto, y por fin abrió la puerta.

Seth, recién duchado y afeitado, era demasiado para esas horas tan tempranas, pero no hubo siquiera tiempo de que le flaquearan las rodillas, porque Bella lanzó un gritito de alegría nada más ver al ranchero, apartando de inmediato aquellos inapropiados pensamientos de su mente.

–¡Hola, *Sef*! –lo saludó con una sonrisa radiante, alzando los brazos para que la levantase.

Por un momento Amy pensó que no iba a hacerlo, pero Seth sólo vaciló un instante antes de agacharse y tomar a la pequeña en brazos.

–¿Cómo te has levantado, bichejo?

Bella prorrumpió en risitas, plantó un beso húmedo en su mejilla y le dio un fuerte abrazo. Amy parpadeó. ¿Cuándo se habían hecho tan amigos estos dos?

Seth se puso rojo hasta las orejas, pero con la veleidad típica de una niña de su edad, la pequeña Bella enseguida empezó a revolverse para que la dejara en el suelo. Seth la bajó y cuando vio el aspecto desaliñado de Amy esbozó una sonrisa tímida.

–Perdona, veo que es muy temprano para ti.

–Tranquilo. Había olvidado que vosotros los rancheros os levantáis al rayar el alba.

El pudor de Amy, que parecía incómoda por estar delante de él en camisón, hizo que un brillo divertido relumbrara en los ojos de Seth. Miró su reloj.

–¿Qué hora es? –inquirió ella.

–Las ocho menos veinte.

–Oh, vaya. Pues entonces no es tan temprano.

–El desayuno estará a las ocho. ¿Te va bien?

–Sí, bien, perfecto. Gracias.

Amy bajó la vista, sin saber qué más decir, y preguntándose si Seth habría asimilado la noticia de su paternidad. Aunque parecía calmado, no le extrañaría que estuviese enfadado con ella por el hecho de que había empleado un falso pretexto para convencerlo de que las llevase al rancho. Se había pasado toda la noche despierta, preocupada, imaginándose que esa mañana, justo después de desayunar, la mandaría de vuelta a Melbourne.

–Ha dejado de llover –dijo Seth–. Puede que tengas la oportunidad de hacer esas fotos, después de todo.

–¿De veras? Fantástico –respondió ella, y el corazón le dio un brinco de alivio. Quizá no estuviese tan enfadado.

Bella corrió a subirse a la cama y se puso a botar sobre ella como si fuera un trampolín.

–¡Bella, para, no te vayas a caer! –la llamó Amy volviéndose, y fue a agarrarla de la mano.

–He pensado que si quieres podéis quedaros unos días más de lo que habíamos hablado en un principio –le dijo Seth, ignorando la distracción.

Amy parpadeó anonadada.

–Si has venido hasta aquí porque querías que conociera a Bella no tiene sentido que os vayáis tan pronto, ¿no?

–No sé, es que tendría... tendría... –Amy atrapó a Bella en pleno salto y la sujetó para que se estuviera quieta–. Tendría que cambiar la fecha de nuestro vuelo.

–Estoy seguro de que eso podremos arreglarlo.

Amy se frotó la frente mientras se esforzaba por despejar su mente, aún nublada por el sueño.

–Pero después de anoche yo creí que... ¿Estás seguro de que quieres que nos quedemos?

–He tenido tiempo para pensar en ello, para hacerme a la idea, y me gustaría poder aprovechar esta oportunidad para conocer a Bella. Me gustaría que disfrutara... que las dos disfrutarais del rancho.

–¿Y no le importará a tu tío?

El rostro de Seth se ensombreció y Amy lo vio tragar saliva.

–Mi tío murió hace un par de años.

–Oh, cuánto lo siento –murmuró ella.

No estaba segura de que aquello fuera una buena idea. En sólo

veinticuatro horas había empezado a sentirse atraída por él, y era probable que esa atracción fuese a más si pasaba más tiempo con él. Y había otros problemas también: ¿Y si Seth se encariñaba con Bella como le había ocurrido a ella? ¿Y si le decía que quería hacerse cargo de ella?

Una parte de ella habría querido salir corriendo de allí, regresar a Melbourne con Bella y retomar su vida. No podía renunciar a la pequeña.

Tendría que dejarle bien claro que Bella no podía quedarse en Serenity de forma permanente. Eso no entraba en sus planes. Además, había podido comprobar que, como le había dicho Rachel, el rancho estaba en medio de ninguna parte. No era un lugar apropiado para criar a una niña.

–Bueno, piénsalo –le dijo Seth, retrocediendo hacia el pasillo–. Ya hablaremos de ello durante el desayuno.

–No, está bien –se apresuró a responder Amy con una sonrisa de disculpa–. Es una gran idea, y nos encantará pasar unos cuantos días más aquí; gracias.

–Estupendo –dijo Seth sonriendo también–. Desayunaremos en el porche delantero. Sólo tienes que seguir el pasillo y girar a la izquierda.

–De acuerdo, gracias.

No fue hasta que se hubo marchado, que Amy se dio cuenta de que se le había caído el chal mientras hablaban, probablemente cuando había ido a agarrar a la traviesa Bella. Había estado ahí de pie, hablando con Seth cubierta únicamente por su fino camisón de algodón.

Las mejillas se le tiñeron de rubor. «Bueno, al menos ha sido lo suficientemente caballeroso como para no quedarse mirándome los pechos», pensó. Pero eso no la consolaba demasiado.

Capítulo 4

Con Bella de la mano, Amy siguió las indicaciones que Seth le había dado, y cuando llegaron al porche delantero, fue como encontrarse en medio de un idílico paraíso tropical.

–Cielos, Bella, ¿dónde estamos? –murmuró maravillada.

La noche anterior habían entrado por la parte de atrás y la casa le había parecido bonita y cómoda, pero lo que tenía ante sí acababa de dejarla sin palabras.

Aquel porche era tan amplio que formaba una sala en toda regla: en un extremo había una mesa y sillas de comedor, con unos macetones enormes de palmeras que daban un aire oriental, en el otro un par de sillones de bambú con una mesita baja y un aparador, y en el techo giraban con pereza un par de ventiladores de palas.

La vista fue otra sorpresa. En vez de hectáreas y hectáreas de campo, había una enorme extensión de cuidado césped, y unos exuberantes jardines tropicales con orquídeas, buganvillas y palmeras. ¡Si incluso había una piscina!

Además, la casa se hallaba situada en un entorno de colinas de frondosos bosques, y se divisaba también una playa de arena blanca, un mar reluciente, y la silueta de islas esmeralda en la distancia.

Era casi irreal. Amy se sentía como si se hubiese despertado en un enclave turístico, y le parecía que en cualquier momento aparecería un camarero para ofrecerle un vaso alto con una colorida bebida con hielos y una sombrillita de papel.

Seth, que estaba sentado en la mesa, se levantó y fue hacia ellas con una sonrisa al ver la expresión admirada de Amy.

–Es increíble –le dijo ésta.

–Me alegro de que te guste.

–Pero... ¿dónde está tu ganado? –inquirió ella, señalando con un ademán los jardines, rodeados por selva tropical.

Seth se rió.

–Ayer pasamos por los pastos, ¿recuerdas?, al oeste. No está tan lejos. La selva ocupa sólo una franja estrecha a lo largo de los montes de la costa.

–Es precioso.

Bella la tiró de la mano.

–¡Mira, mira! ¡Una *picina*! –exclamó intentando llevarla en esa dirección–. ¡*Tero* nadar!

–Ahora no, Bella –le dijo Amy–. Ahora vamos a desayunar.

Se agachó y alzó a la pequeña en brazos para llevarla a la mesa, sintiéndose culpable por sus miedos. Lo cierto era que había sido ella quien había querido que la niña conociera a su padre. Había sido una decisión tomada por impulso. La familia era algo muy importante para ella. La suya era una familia numerosa, ruidosa y alegre, que siempre la había hecho sentirse querida, y detestaba pensar que Bella pudiera llegar a crecer sin conocer a nadie de su misma sangre.

Sin embargo, en ese momento, viendo aquella inmensa propiedad, se vio obligada a reconocer la realidad, una realidad que superaba a los sentimientos: Seth Reardon era un hombre muy rico. Y no sólo poseía una vasta extensión de tierra y una importante ganadería; su casa era preciosa y disponía de todo tipo de comodidades, y tenía un cocinero, y hasta una avioneta, por amor de Dios. Bella era su hija y su potencial heredera, y si Seth quisiera podría contratar a una niñera y la pequeña podría vivir allí muy feliz.

La noche anterior, aturdido sin duda por la noticia de su paternidad, Seth se había mostrado de acuerdo con que ella se ocupara de Bella, y hasta ese momento ella, ingenuamente, había pensado que era la persona más idónea para criar a la niña. Incluso había roto con Dominic porque estaba convencida de ello.

Pero ahora, cuando apenas había pasado un día de su llegada a Serenity, estaba empezando a tener serias dudas sobre su derecho a elegir lo que más convenía a Bella. ¿Habría tenido Rachel las mismas dudas? ¿Sería ése el motivo por el que había mantenido en secreto su embarazo?, ¿porque no quería renunciar a su hija?

–Bueno, pues todo el mundo a comer –dijo Seth con una sonrisa.

Todo lo que Ming les había preparado parecía delicioso: una fuente con maracuyá, papaya, mango, y una fruta con forma de

estrella que Amy no había visto antes, tostas con champiñones con especias y tomate troceado…

A Bella le había preparado algo especial: un bol de yogur con rodajas de plátano y miel.

–Es una de las cosas que más le gusta tomar para desayunar –le dijo Amy a Seth, mientras la niña tomaba su cuchara y empezaba a comer con entusiasmo.

–Me alegra haber acertado. Le sugerí a Ming algo con fruta y yogur, pero no sabía si le gustaría. No está acostumbrado a cocinar para niños.

–¿Y tú?, ¿tienes alguna experiencia con niños? –inquirió Amy sin poder contenerse.

–No, me guío por lo que he visto en las parejas con niños que conozco.

Además de atento era observador, pensó Amy con fastidio, cosa que no podía decir de los solteros a los que conocía.

–Supongo que Bella querrá darse un chapuzón en la piscina antes de que haga demasiado calor –le dijo Seth cuando hubieron acabado de desayunar.

–Ya lo creo; le encanta el agua.

Amy se alegró de haber metido los bañadores de las dos en la maleta, aunque había imaginado que se bañarían en un río o un arroyo, no en una piscina.

–¡Sí, vamos a la *picina*! –exclamó Bella impaciente, tirándola de la mano.

Amy esbozó una sonrisa.

–Cuando hayas hecho la digestión –le dijo.

Pero no pasó mucho antes de que cediera a la insistencia de la niña, y después de cambiarse fueron a reunirse con Seth en la piscina.

En cuanto salieron al jardín Bella la adelantó y bajó corriendo los escalones hacia donde estaba Seth.

–¡Mira, *Sef*! –le gritó muy excitada–. ¡Soy una *balerina*! –dijo girando para que pudiera admirar su bañador de lunares rojos y blancos con faldita de volantes.

–Eres una bailarina preciosa –le aseguró él–: Bella, la pequeña bailarina acuática.

Sus ojos se posaron entonces en Amy, que aunque no tenía

intención de impresionarlo, se alegró de haberse traído el último bañador que se había comprado. Sabía que no era ninguna belleza, pero siempre le habían dicho que tenía unas piernas bonitas, y aquel bañador verde oscuro realzaba su figura.

Seth, por descontado, estaba guapísimo, con un bañador negro tipo bermuda, y una toalla colgada alrededor de los anchos hombros. Le iba a ser muy difícil dejar de mirar a hurtadillas su torso desnudo y ese cuerpo bronceado tan increíble.

–Bueno, ¿nos damos un chapuzón, Bella?

A la niña le encantaba el agua, pero no sabía nadar aún, por lo que necesitaba supervisión constante, lo que dio una excusa a Amy para mantenerse ocupada e ignorar a Seth, que se puso a hacer largos por la piscina con fuertes y fluidas brazadas.

Al cabo de un rato, se unió a ellas.

–Tu turno –le dijo a Amy con una sonrisa. El blanco de sus dientes contrastaba con el moreno de su piel–. Yo cuidaré de Bella mientras tú nadas un poco.

Amy lo miró vacilante. La inquietaba la idea de dejarlo con la pequeña; le parecía que sería como un preludio de lo que podría ocurrir en el futuro.

–No le quites ojo –le advirtió a Seth–; se cree que sabe nadar.

–Tendré cuidado, no te preocupes.

Amy no tenía más remedio que confiar en él.

–No le da miedo el agua, y a veces le da por meter la cabeza.

Bella estaba tan excitada que no paraba de moverse, y su cuerpecillo se había vuelto tan resbaladizo con el agua que no le resultó fácil pasársela a Seth. Casi la dejó caer cuando la pierna desnuda de Seth rozó la suya, y demostró idéntica misma torpeza cuando se tocaron sus manos y sus codos se chocaron.

Fue un alivio agridulce para ella alejarse al fin y nadar hacia la parte honda de la piscina. Mientras nadaba, le llegaban los grititos y las risas de Bella, que estaba encantada con Seth.

Cuando llegó al otro extremo de la piscina se volvió y los miró: padre e hija, tan parecidos, y de nuevo el pánico volvió a invadirla.

Había estado tan segura de estar haciendo lo correcto al llevar allí a Bella para que conociera a Seth, tan segura de que eso era lo que Rachel habría querido... Pero ahora que había conocido a Seth, y que había visto su hermosa casa, no podía evitar preguntarse por

qué su amiga se había mostrado reacia ante la idea de vivir allí. ¿Y habría alguna razón más profunda por la que había pospuesto una y otra vez el ir a visitarlo con la niña? Y aún había otra pregunta que rondaba por su mente: ¿Por qué la había nombrado a ella tutora legal, y no a Seth?

Y naturalmente no era que ella pensase que no era digna de serlo. Quería a Bella con locura, y había sido parte de su vida desde su nacimiento, al cual incluso había asistido. Jamás podría olvidar ese día, y la sola idea de tener que separarse de Bella hacía que le entrasen ganas de llorar.

Contuvo las lágrimas. Tenía que ser fuerte. No debía olvidar que aquello era para lo que había llevado allí a Bella: para que su padre y ella pudieran conocerse, y le agradaba ver que habían conectado tan bien. Además, Seth la había aceptado como la tutora legal de Bella. Tenía que hacer caso a su instinto, que le decía que podía confiar en Seth.

–Todo es tan distinto y tan exótico en este lugar –le comentó Amy más tarde a Seth, señalando con un ademán las colinas, la selva y el mar azul–. Me cuesta creer que aún estemos en Australia. Es como si hubiéramos cruzado de un hemisferio a otro.

–En cierto modo es así –respondió él con una sonrisa, consciente de que se estaba convirtiendo en un hábito, el sonreír a Amy.

Bella y ella lo habían hecho sonreír más en las últimas veinticuatro horas de lo que había sonreído en todo el año anterior.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, como decías ayer, esto está tan lejos de Melbourne como Londres de Moscú.

Amy se volvió hacia él, regalándole una mirada de sus cálidos ojos castaños, y Seth se alegró de haberle propuesto que se sentaran en el porche a tomar café después del almuerzo, mientras Bella se echaba su siesta.

–Para ti debió ser un cambio tremendo venirte a vivir aquí después de haber pasado tu infancia en Sidney. Me dijiste que sólo tenías doce años, ¿no? A esa edad estás a un paso de la adolescencia, cuando todo se magnifica.

–Bueno, en realidad creo que el hecho de que todo fuera tan distinto me ayudó –le explicó él–. Al llegar este lugar me abrumó,

pero también me pareció una aventura emocionante, y mi tío me mantenía ocupado desde el alba hasta caer el sol. Estoy seguro de que me habría costado mucho más superar la muerte de mi padre si me hubiese quedado en Sidney.

Sorprendido de haberse abierto a Amy de esa manera, Seth tomó su taza y bebió un buen trago de café.

Amy, por su parte, estaba mirándolo con expresión compasiva, como si estuviese imaginando todo lo que aquello debía haber supuesto para él.

–No me has hablado de tu madre. ¿La perdiste también, como a tu padre?

Seth no quería hablar de su madre. Era un tema del que nunca hablaba; no había razón alguna para hablar de ella.

Pero Amy se había girado en su asiento y, con el antebrazo apoyado en el respaldo del sillón de bambú, se había inclinado hacia él y estaba observándolo con total atención. Tenía ligeramente fruncido el entrecejo, había preocupación en sus ojos, y sus labios sonrosados se habían entreabierto.

Seth se sintió tentado de inclinarse también hacia ella y de besar esos labios tan apetecibles. Sería tan sencillo... Lo deseaba tanto... Pero sería absolutamente inapropiado. Amy no había ido allí en busca de un romance.

Lo cierto era que llevaba todo el día luchando por apartar de su mente la imagen de Amy vestida con aquel fino camisón, por no pensar en la silueta de sus senos, en sus hombros, en la curva de sus caderas...

Amy no era como Rachel. Estaba seguro de que no estaba intentando seducirlo, y de que ni siquiera se había dado cuenta de que el chal había resbalado de sus hombros.

Tampoco había coqueteado con él en la piscina por la mañana, pero... Dios, no podía borrar de su memoria la imagen de ella subiendo la escalerilla para salir del agua. Tenía unas piernas de infarto, un trasero precioso, y sus movimientos eran tan gráciles y femeninos que no había podido evitar quedarse mirando.

De hecho, el que fuera tan sexy sin pretenderlo, y el que no estuviera intentando seducirlo no hacían sino incrementar el deseo que sentía hacia ella.

Pero no debería haberse quedado mirándola en la piscina, igual

que en ese momento no debería estar pensando en besarla. No podía permitirse iniciar un romance con ella cuando sabía que aquello no iría a ninguna parte. La pequeña necesitaba estabilidad, y la experiencia le había enseñado que a las mujeres por lo general eran incapaces de compartir su estilo de vida. Por eso en los últimos años se había esforzado por guardar las distancias con las mujeres como Amy: mujeres inteligentes, sensibles y deseosas de formar una familia. La clase de mujeres que querían casarse.

Sabía que con sólo probar sus dulces labios querría más, mucho más. «Deja ya de pensar en ello», se reprendió irritado. ¿Por qué le costaba tanto recordar los errores que había cometido en el pasado? «Por amor de Dios, contéstale y ya está».

–Mi madre se fue poco después de que mi padre muriera.

–¿Se fue? –repitió Amy con voz temblorosa–. ¿Quieres decir que te abandonó?

Seth se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada.

–Estaba obsesionada con ser actriz, y cuando mi padre murió se vio libre, sin nada que la retuviera, y se marchó a California.

–Pero estabas tú... ¿Acaso no...? –balbuceó Amy con un nudo en la garganta. Sus ojos se habían nublado, como si no alcanzara a comprender el comportamiento de su madre–. Y acababas de perder a tu padre y no tenías más que doce años. ¿Por qué no te llevó con ella?

Aquello era algo que había corroído a Seth durante años, y todavía recordaba la horrible sensación de angustia que se había apoderado de él al comprender el significado de la elección de su madre.

Su ansia de fama y glamour había pesado más que su sentido de la responsabilidad. ¿Para qué engañarse?, no lo había querido lo suficiente.

Volvió a encogerse de hombros y con otra sonrisa forzada añadió:

–Estaba mejor aquí con mi tío.

–No me creo que pienses eso.

–Bueno, para serte sincero al principio no lo pensaba, pero ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que fue lo mejor para mí.

Amy, sin embargo, lo miró como si no pudiera estar de acuerdo

con él.

–Piénsalo –insistió Seth–: ¿Qué chico de doce años preferiría vivir en un apartamento en Los Ángeles, a vivir en un sitio como éste, donde puede montar a caballo, cuidar del ganado, pescar, bucear, explorar islas desiertas, y hacer piragüismo?

–Bueno, supongo que tienes razón –le concedió ella con incertidumbre.

–Le debo muchísimo a mi tío.

Amy se quedó callada, como si necesitara pensar en todo aquello.

–¿Más café? –le preguntó al cabo de un rato, levantando la jarra–. Creo que yo me tomaré otra taza.

–Sí, gracias.

Cuando Seth le acercó su taza, no pudo evitar admirar la elegancia de sus manos y sus muñecas mientras vertía el café.

Se había puesto un vestido de algodón azul claro, más apropiado para el calor tropical, y se había recogido el cabello en un moño informal del que ya se habían escapado varios mechones.

Estaba empezando a perder ese aire de mujer de ciudad que había tenido al llegar allí, y Seth encontraba el proceso absolutamente fascinante. No estaba seguro de qué versión de Amy prefería, pero sí de que cada vez le resultaba más difícil mantenerse distante con ella.

Pero tenía que hacerlo. Dentro de sólo unos días Amy regresaría a Melbourne. Su vida estaba en la ciudad, no allí; fin de la historia.

Amy se sirvió también más café, un poco de leche, y retomó la conversación:

–¿Y tu madre logró su objetivo, es famosa?

–Ha hecho algunos papeles pequeños en telenovelas, pero eso es todo.

–¿Y gana lo suficiente para vivir?

–No tengo ni idea, pero no le hace falta –respondió Seth en un tono frío–. Volvió a casarse, con un californiano forrado de dinero.

–¿Y ha estado alguna vez aquí?

–Sólo una: cuando vino a dejarme con mi tío.

Seth se sentía incómodo; ya iba siendo hora de que pusiese fin a aquellas preguntas personales. Años atrás había aprendido a vivir sin su madre, y no iba a confesarle a Amy lo mucho que le dolía lo

que le había hecho, o que el único contacto que había tenido con ella había sido un par de cartas que le había enviado al cumplir los dieciocho y los veintiún años.

Apuró el café y se levantó.

–Bueno, hay algunos asuntos de los que debo ocuparme, y supongo que agradecerás tener algo de tiempo para ti ahora que Bella está dormida.

–Me gustaría hacer algunas fotos, si te parece bien.

–Claro. Pero quédate en terreno abierto; no vayas a meterte en la selva ni trates de bajar sola a la playa.

Amy frunció el entrecejo.

–¿Por qué? ¿Temes que me vaya a perder?

–No, pero no creo que quieras tener un cara a cara con una pitón o un cocodrilo.

Amy palideció y contrajo el rostro.

–No pongas esa cara –le dijo él en un tono amable–, sé que dicho así asusta un poco, pero la gente lleva décadas viviendo aquí. Es sólo que creo que sería mejor que no exploraras el terreno sin mí.

–Sí, será lo mejor –asintió ella.

–Estupendo. Prométeme que no irás más allá de los jardines.

Amy le dio su palabra.

Capítulo 5

Mientras veía a Seth alejarse, Amy casi cambió de idea respecto a poner un pie fuera de la casa porque la idea de toparse con una serpiente o un cocodrilo la aterraba, pero dijo que esos miedos eran ridículos, así que salió a explorar los jardines cámara en mano.

Paseando por ellos, se encontró preguntándose de nuevo por qué Rachel no le había dicho nunca lo hermoso que era aquel lugar. Le había hablado tan poco de su estancia en Serenity, y no le había enseñado ninguna foto. ¿Sería porque quería reservarlo todo para su libro?

Amy no conocía los nombres de muchas de las plantas tropicales que iba encontrando a su paso, pero le encantaba su vistosidad y la variedad de formas y colores. Las mariposas y los pájaros también eran exóticos y muy hermosos. La naturaleza en todo su esplendor.

Mientras caminaba y hacía fotos, sus pensamientos volvieron a Seth una vez más. No podía evitarlo. Era un verdadero enigma, y uno fascinante.

Había querido hacerle ver que no estaba dolido por la deserción de su madre, pero ella había percibido el dolor en sus ojos. Se sentía mal por él, y su valeroso estoicismo la preocupaba un poco. ¿Cómo podría llegar a un acuerdo con él sobre el futuro de Bella cuando no era capaz de admitir que había sufrido por el abandono de su madre y aseguraba que le había ido mejor sin ella?

Temía que Seth, que asegura habérselas apañado perfectamente sin su madre en un lugar tan apartado de la civilización, considerase que Bella estaría bien allí también.

Al rodear un seto, se encontró con algo que, por fortuna, la distrajo de esos pensamientos: un anciano que llevaba un sombrero de paja, y que estaba quitando unas ramas secas a una palmera con una especie de machete.

–Hola –lo saludó, agitando la mano para llamar su atención.

Se presentó, y el hombre hizo otro tanto. Era Hans, originario de Indonesia, y llevaba más de veinte años trabajando en Serenity

como jardinero.

–¿Me permite que le haga de guía por los jardines? –le preguntó el hombre cuando ella se deshizo en cumplidos sobre lo bonitos y cuidados que estaban.

Ella respondió que le encantaría, y al envejecido y moreno rostro de Hans asomó una sonrisa tan amplia que sus ojos quedaron reducidos prácticamente a un par de rendijas.

El paseo, de una media hora larga, fue muy entretenido e instructivo, pero más de una vez Amy tuvo que esforzarse por apartar a Seth Reardon de su mente.

Seth no regresó a la casa hasta el atardecer, y Amy estaba a punto de llevar a Bella dentro para darle su baño, cuando lo vio acercándose a través de los jardines.

Parecía cansado, pero una sonrisa iluminó su rostro cuando Bella corrió a su encuentro para saludarlo con su habitual entusiasmo.

La levantó del suelo y la subió tan alto que la pequeña prorrumpió en grititos excitados y le pidió más.

Seth se rió.

–Por ahora basta –dijo. Le lanzó una mirada a Amy con ojos brillantes–. Pero si venís conmigo os enseñaré unas luciérnagas.

–¿Luciérnagas? –repitieron a coro Amy y Bella.

Seth asintió y señaló con la cabeza los árboles en la distancia.

–Por allí. Venid, os las enseñaré.

Cruzaron los jardines, bajaron unos escalones de piedra, y entre los árboles Amy vio una estrecha senda. Seth, que llevaba a Bella en un brazo, alargó la mano libre para tomar la de Amy, y ésta notó cómo una ola de calor se extendía por todo su cuerpo.

–No te alejes –le dijo Seth–. Por aquí es mejor ir con cuidado.

–¿Es por las s-e-r-p-i-e-n-t-e-s? –inquirió ella en un susurro, deletreando la palabra, para que Bella no se asustase.

–Conmigo no tenéis por qué preocuparos –respondió Seth con una sonrisa–. Además la mayoría no son peligrosas, a menos que seas un pájaro o una zarigüeya.

Se adentraron en la selva, esquivando lianas y pasando por encima de las enormes raíces de los árboles, y Amy estaba empezando a inquietarse porque estaba empezando a oscurecer y la

vegetación cada vez era más densa, pero de pronto se detuvieron. Seth le soltó la mano, y Amy se quedó boquiabierta al ver las pequeñas lucecitas que bailaban y revoloteaban frente a ellos, y sobre sus cabezas. Eran como pequeñas hadas de cuento. Eran mágicas.

–Son preciosas –murmuró–. Mira, Bella, mira las luciérnagas. ¿A que son como hadas?

–Hadas... –repitió Bella en un susurro, maravillada.

–¿Verdad que son bonitas?

La niña asintió, tan embobada que ni podía hablar. Le rodeó el cuello a Seth con más fuerza, y éste sonrió y la besó en la mejilla.

–¿Qué le pasa a ésa? Parece que no puede volar –observó Amy, señalando una luz intermitente en el suelo, cerca de las raíces de un árbol.

Seth se rió.

–Ésa es una hembra. Se queda en el suelo, esperando a que los destellos de un macho atraigan su interés lo suficiente como para responder.

–Oh –musitó Amy sonrojándose. ¿Para qué habría preguntado?

Cuando se dieron la vuelta para regresar, Seth volvió a tomarla de la mano.

–No he traído una linterna, así que será mejor que no nos separemos –le dijo.

Amy asintió en silencio, y se hizo la solemne promesa de no empezar a pensar otra vez en tonterías románticas. Lo mejor sería charlar un poco, pensó, y le contó a Seth su encuentro con Hans, y le dijo que había hecho una visita a la cocina para conocer también a Ming. A Bella también se le soltó la lengua y empezó a hablar de hadas, y le rogó a Seth que fuesen otra vez a la piscina.

–Mañana –respondió él con suavidad, pero a la vez con firmeza, como si ya se hubiese hecho a su nuevo rol de padre.

Amy esperaba que Bella insistiera, poniendo morritos, pero para su sorpresa la niña aceptó las reglas de Seth sin rechistar.

Cuando llegaron de nuevo a los jardines Amy imaginaba que Seth soltaría su mano, pero en vez de eso sintió una caricia de su pulgar en el dorso; una caricia lenta, deliberada.

Un cosquilleo la recorrió desde el esternón hasta la punta del pie. Estaba segura de que no había sido algo accidental. Justo

entonces Bella empezó a revolverse, ansiosa, para que Seth la bajara, y éste soltó la mano de Amy antes de dejarla en el suelo.

Ella, que aún se notaba temblorosa por aquella caricia, lo miró a hurtadillas, pero Seth estaba mirando con una sonrisa a Bella, que había salido corriendo hacia la casa delante de ellos, agitando los brazos como si fueran alas.

–Creo que está intentando volar como las luciérnagas –dijo.

–Lo está pasando muy bien aquí –admitió Amy con voz queda.

–Sí, eso parece –asintió él sonriendo.

Amy volvió a sentir miedo una vez más de que Seth quisiera quedarse con Bella y estuvo a punto de recordarle que pronto tendrían que volver a Melbourne, pero al alzar la vista el brillo en sus ojos la silenció. Aquélla era la primera vez que lo veía feliz.

Después de ducharse y cambiarse de ropa, Seth se asomó a la puerta abierta de la cocina, donde encontró a Bella sentada a la mesa. A juzgar por el color sonrosado de su piel y el olor a polvos de talco, parecía que Amy acababa de darle su baño, y estaba comiendo con fruición un cuenco de arroz con pollo.

–Hola, *Sef* –lo saludó agitando su cuchara–. *Toy* cenando.

–Vaya, qué suerte –dijo él con una sonrisa–. Creía que Amy estaría aquí –le dijo a Ming, que estaba preparando algo en el fuego.

–Dijo que iba a darse una ducha –respondió el cocinero volviéndose. Y con una sonrisa maliciosa, añadió–. Debe estar haciendo lo mismo que ha hecho usted, jefe.

–¿El qué?

–Acicalarse para su cita.

–No es una cita; sólo vamos a cenar en el porche.

Ming enarcó una ceja, posando sus ojos primero en los Dockers que se había puesto, y luego en su camisa, perfectamente planchada, haciendo que Seth se sonrojase.

–Creía que ya te lo había explicado –dijo incómodo–. Amy es amiga de Rachel. ¿Te acuerdas de Rachel?, ¿Rachel Tyler?

–Sí, cómo no –respondió el cocinero volviendo a centrarse en su tarea–. Pero la señorita Amy no se parece en nada a ella.

–No, es verdad –asintió Seth, mientras ayudaba a Bella a rebañar lo que quedaba en el cuenco–. Ni remotamente. Se parecen como un

huevo a una castaña.

Seth oyó un ruido tras de sí, y al volverse se encontró a Amy en el umbral de la puerta. Se había dejado el cabello suelto y llevaba un vestido blanco de verano sin mangas, con una falda vaporosa, y un chal color melocotón. Estaba... preciosa; lo había dejado sin aliento. Pero también parecía que fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

Seth maldijo para sus adentros al caer en la cuenta de que debía haber oído su conversación. Diablos. Él lo había dicho como un cumplido, pero probablemente a ella le habría sonado como que no le llegaba a Rachel ni a la suela de los zapatos. El problema era que difícilmente podría explicárselo delante de Ming sin hacerla pasar vergüenza, y sin retratar a Rachel de una manera poco halagadora.

A pesar del repentino e incómodo silencio Amy entró en la cocina y esbozó una sonrisa, como fingiendo que no había oído nada.

–¿Ha terminado de cenar Bella?

–Se lo ha comido todo –le informó Seth.

–No sé cómo lo haces, Ming. De verdad que eres un genio. Bella suele ser bastante difícil para comer. Sobre todo en la cena –le dijo Amy al cocinero.

Ming sonrió.

–A todo el mundo le gusta mi comida.

–Deberías darle las gracias a Ming, Bella.

–Gracias, Ming –dijo obedientemente la niña, con una sonrisa tan sincera que derritió el corazón del cocinero.

–Y ahora bébete la leche –le dijo Amy–. Ya es hora de irse a la cama.

Tan pronto como la pequeña se hubo acabado el vaso de leche, Amy la tomó en brazos y salió de la cocina con ella sin mirar a Seth.

Amy inspiró profundamente antes de salir al porche. Habían dispuesto la mesa para dos, con velas, y un bol de cerámica donde flotaban flores. Encontró a Seth sentado en los escalones del porche, mirando la luna.

–¿Seth?

Él giró la cabeza, y cuando sus ojos se encontraron Amy sintió que una inusual timidez se apoderaba de ella. Tragó saliva.

–¿Podrías ir a darle las buenas noches a Bella? –le pidió con una sonrisa vergonzosa–. Me temo que no se dormirá hasta que no vayas a darle un beso de buenas noches.

–Claro, cómo no –respondió él, poniéndose de pie enseguida. Parecía tan incómodo como ella.

–Te esperaré aquí.

Amy tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas cuando lo siguió con la mirada mientras entraba en la casa. Era una tonta por reaccionar así, pero le había dolido que Bella insistiera en que fuera él quien la arropara. Detestaba pensar que estaba celosa, pero es que Bella estaba encariñándose tan deprisa con él... Era como si la fascinara.

Se dijo que debía ser porque la pequeña no había tenido hasta entonces ningún referente masculino en su vida. Rachel no había salido con nadie desde el momento en que se había enterado de que estaba embarazada, y Dominic nunca había mostrado ningún interés por la pequeña.

Y aun así, de algún modo, era como si Bella intuyese que Seth era especial, que tenía un vínculo con ella. Era absurdo pensar que la niña pudiese saber que era su padre. Pero muy pronto Seth querría que supiese la verdad, y aunque era demasiado pequeña para comprender, sería un paso importante para fortalecer los lazos emocionales entre ambos.

Amy colgó su chal del respaldo de una de las sillas, se acercó a la barandilla, y miró el oscuro cielo en el que brillaba la luna mientras pensaba en la conversación que había oído entre Ming y Seth.

Sabía que era una tontería que se molestase por algo así. Sabía que era muy distinta de Rachel; era cierto que eran como la noche y el día. De hecho, esas diferencias eran lo que había mantenido el equilibrio en su amistad, y mientras que Seth se había enamorado perdidamente de Rachel, era imposible que sintiera la más mínima atracción hacia ella.

Claro que esa tarde, cuando le había acariciado la mano no había podido evitar hacerse ilusiones por un momento. Estaba segura de que no olvidaría aquella caricia en toda su vida... Y aquello era lo más estúpido que había pensado nunca. ¡Ni que fuera una virgen tímida que llevara cien años encerrada en una torre! Y la

verdad era que había salido con varios hombres, pero tenía la mala costumbre de elegir a los tipos equivocados, con lo cual todas sus relaciones habían acabado en desengaños.

De hecho, si tuviera dos dedos de frente huiría de los hombres como de la peste. ¿Cómo podía haber permitido que aquel ranchero la redujera en sólo un par de días a ese patético estado? ¡Era una tonta!

Al oír los pasos de Seth se dio la vuelta.

–Bella ya se ha dormido –dijo él acercándose y deteniéndose frente a ella–, y a juzgar por los olores que vienen de la cocina yo diría que nuestra cena está casi lista.

–Desde luego huele que alimenta. ¿Es curry?

–Curry de marisco. Una de las especialidades de Ming.

–Vaya. Qué lujo.

Justo en ese momento apareció el cocinero con una bandeja de bambú en la que llevaba un bol humeante de arroz de jazmín, y una cazuela azul y blanca tapada, que colocó en el centro de la mesa.

–Gracias, Ming –le dijo Seth.

–Buen provecho –respondió éste dirigiendo a ambos una elocuente sonrisa antes de volver dentro.

Seth retiró una silla para que Amy se sentara, y aquel gesto caballeroso hizo que el corazón de ella palpitara con fuerza.

Mantuvo la vista gacha mientras él tomaba asiento frente a ella y se recordó que Seth era su anfitrión y ella su huésped; no debía hacerse ilusiones tontas.

Inspiró, y sus fosas nasales fueron asaltadas por el delicioso olor de la comida y el delicado aroma de los pétalos de plumeria, una flor tropical típica de esa zona de Australia, que flotaban en el cuenco.

Amy se sirvió un par de cucharadas del esponjoso arroz con curry, e hizo un esfuerzo por entablar conversación.

–A todas horas tengo que recordarme que esto es un rancho de ganado –dijo–. Parece como si estuviéramos de vacaciones en un lugar paradisíaco.

–Bueno, deberían estar siendo unas vacaciones para ti. Estoy seguro de que te las mereces –respondió él con una sonrisa–. Mañana os enseñaré el resto del rancho, y entonces sí que veréis un montón de ganado.

–¿Cuántas cabezas tienes?

–Alrededor de siete mil.

Amy enarcó las cejas.

–¿Siete mil? Vaya –murmuró impresionada. Y luego, entre bocado y bocado, añadió–: Esto está riquísimo.

–Sí, Ming se ha superado esta noche. Con todo: la comida, la mesa... –respondió él en un tono divertido, que la dejó contrariada.

–¿No comes aquí fuera cuando no tienes invitados?

Él negó con la cabeza.

–Normalmente como en la cocina, con Hans y Ming, y otras veces con los hombres en el campo, o en el barracón. Depende.

–Podríamos haberle dicho a Ming y a Hans que se unieran a nosotros.

–¿Y aguarles la fiesta?

Amy frunció el entrecejo.

–Ming estaba deseando poder lucirse, y Hans ha puesto su granito de arena con ese cuenco de pétalos de flores.

–Pero con esto de que estemos cenando a solas pensarán que...

–Relájate, les he puesto al corriente de la situación.

–¿Qué les has dicho?

–Sólo que eres una amiga de Rachel y que has venido aquí con Bella por negocios, que únicamente estáis de paso.

Amy respiró aliviada, y se preguntó si, una vez se hubieran marchado, les diría que era el padre de Bella.

Giró la cabeza y admiró en silencio los jardines, iluminados por la luna, la selva a lo lejos, y las estrellas que parpadeaban en el cielo nocturno.

–Me encantan estos porches abiertos –dijo–. Es casi como vivir en el jardín.

–Cuando hace calor, como en esta época del año, es la parte de la casa donde mejor se está.

–¿Pero y cuando hace mal tiempo? ¿No entra el agua? Creo que en esta zona hay ciclones, ¿no?

–La estructura del porche lleva incorporada unas persianas especiales.

–Vaya, qué ingenioso. ¿Fue idea de tu tío?

Seth asintió.

–¿Y la casa la decoró él? Debía tener muy buen gusto.

–Sí, todo esto es obra de él. Tenía buenas ideas para la decoración, y le gustaba rodearse de cosas bonitas.

Una sombra cruzó por su rostro, como un nubarrón negro por delante de la luna.

–Cuando Rachel estuvo trabajando aquí… ¿Se alojó en la casa? –le preguntó Amy.

Seth parpadeó y la nube se disipó, pero un brillo extraño relumbró en sus ojos, como de suspicacia.

–No. Se alojaba en los barracones, como el resto del personal.

–Ya veo.

–Aunque también le gustaba ir de excursión a una de las islas que hay cerca de aquí, Turtle Island –añadió Seth.

–¿Contigo?

Dios, ¿cómo podía haberle hecho esa pregunta? Amy quería que se la tragara la tierra. Sin embargo, Seth la esquivó con la habilidad de un político.

–Tomaba la lancha inflable y se iba allí en sus días libres –dijo–. Le gustaba la vista que hay al oeste, mirando a tierra; sobre todo al atardecer.

–Supongo que por eso titularía su novela *Atardeceres en el Norte.*

Seth bajó la vista.

–Sí, supongo que sí.

A Amy no le costó nada imaginarse a Rachel con Seth, solos en una isla tropical, viendo el atardecer, pero por alguna absurda razón aquella imagen la hacía sentirse horriblemente deprimida, y la apartó al instante de su mente.

–Dejemos de hablar de Rachel –le dijo Seth, que al volver a alzar la vista, se había quedado mirándola–. Imagino que el recordarla es doloroso para ti.

Amy asintió.

–Me gustaría que me hablaras de ti.

–¿De mí? –repitió ella, mirándolo sorprendida–. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros, como si la respuesta fuese obvia.

–Eres la tutora legal de Bella.

–Oh. Claro. Por supuesto.

¿Qué otra clase de interés iba a tener Seth en ella? Lógicamente tenía todo el derecho a saber más sobre la persona que estaba al cargo de su hija.

Amy hizo un esfuerzo por sobreponerse a la sensación de decepción, y se preguntó por dónde debería empezar.

–Sé que eres publicista –dijo Seth–. ¿Te deja tiempo tu trabajo para cuidar de Bella?

–Bueno, he bajado mi ritmo de trabajo unos meses para que el cambio para Bella fuera más fácil, pero pronto tendré que retomar mi ritmo habitual para poder pagar las facturas. Soy *freelance* y puedo hacer parte del trabajo en casa, pero tendré que mandarla unas horas al día a una guardería –le explicó ella–. ¿Te parece mal lo de la guardería? –le preguntó, poniéndose a la defensiva, al ver que él no decía nada.

Seth parpadeó.

–No, claro que no. Supongo que al estar soltera no tienes muchas opciones.

–Exacto. Pero te aseguro que Bella estará perfectamente. Hay una guardería muy cerca de mi casa, y mi familia me ayuda mucho. Son geniales.

–¿Toda tu familia vive en Melbourne?

Amy asintió.

–Tengo dos hermanos mayores, ambos casados y con niños. Y luego están mis padres, por supuesto. Y también mis tías y mis tíos. Siempre que hay algún tipo de celebración nos reunimos todos: en Navidad, en los cumpleaños, en Semana Santa, el Día de la Madre... Cualquier excusa es buena para una reunión familiar de los Ross –dijo riéndose.

–Suena divertido –murmuró Seth en un tono algo tirante.

Amy recordó entonces que él no tenía familia, y rebajó un poco su entusiasmo.

–Bueno, sí, la mayoría de las veces es divertido, pero a veces puede ser un poco agobiante.

–¿Y cómo ha llevado tu familia lo de Bella?

¿Era una pregunta trampa?

–Pues... la adoran, por supuesto.

–Por supuesto –repitió Seth muy serio, mientras pinchaba una gamba con su tenedor–. ¿Y tu novio?

–¿Qué novio? –inquirió Amy, intentando mantener el mismo tono despreocupado.

Seth la miró a los ojos.

–Creía que tendrías novio. Una chica como tú debe tener una legión de admiradores.

Amy estuvo a punto de echarse a reír.

–Ahora mismo no estoy saliendo con nadie. Había alguien, pero… no funcionó.

Era curioso lo rápido que había desterrado a Dominic de sus pensamientos. No sabía si eso hacía de ella una persona insensible, pero no le importaba. Estaba mejor sin él. Además, estando como estaba en compañía de Seth, en lo último en lo que quería pensar era en su ex novio.

–Y si no tienes novio –inquirió él–, ¿por qué te has puesto colorada?

«Por el modo en que estás mirándome».

–¿Amy?

Ella se mordió el labio nerviosa.

–¿Te rompió el corazón ese hombre?

–No. Yo… no lo creo.

–¿No lo crees? –repitió Seth, escrutándola con la mirada–. Eso es imposible: si te rompió el corazón deberías saberlo.

–Lo dices como si lo supieras por propia experiencia.

Él se encogió de hombros pero no contestó, y Amy supo que había dado en el clavo. Le habían hecho daño y sus heridas aún no habían sanado.

Bajó la vista al cuenco con los pétalos, y se obligó a preguntarle:

–¿Fue Rachel? ¿Fue ella quien te rompió el corazón?

–No, no fue Rachel. Fue años antes de que viniera a Serenity.

Perpleja, Amy alzó la vista, y para su sorpresa se encontró con Seth sonriéndole con tal dulzura que el pulso se le disparó, pero justo en ese momento vio por el rabillo del ojo algo que se movía. Giró la cabeza y vio a Bella que iba hacia ellos en pijama.

–Cariño –dijo Amy poniéndose en pie como un resorte–. ¿Cómo es que te has levantado?

–Me he *depetado*.

Amy fue hasta ella, la tomó en brazos y la abrazó contra su pecho. La niña, soñolienta, se frotaba los ojitos con una mano, mientras sostenía a su cerdito de peluche con la otra.

–Y no me has dado el beso de *benas* noches –añadió en un tono de desaire.

Consciente de que Seth estaba observando la escena, Amy trató de ser severa.

–Pero si me dijiste que fuera a buscar a Seth porque querías que te arropara él.

–No, tú *tambén* –insistió la niña obstinadamente, poniendo morritos.

–De acuerdo, pero tienes que prometerme que si te llevo a la cama y te doy un beso de buenas noches te dormirás.

–Y *Sef tambén*.

–Pero si él ya te lo ha dado antes.

Bella no estaba dispuesta a ceder.

–*Sef tambén*.

Amy le lanzó una mirada de desesperación a Seth, pero éste ya se había puesto de pie.

–Tranquila –le dijo acercándose a ellas con una sonrisa–. No me importa darle a Bella dos besos de buenas noches.

–Claro... Sí –balbuceó ella, rogando por que no pareciera muy nerviosa.

Seth la siguió hasta el dormitorio. Amy encendió la lámpara de la mesilla de noche, metió a la pequeña en la cama y la tapó. Luego se sentó en el borde de la cama y la besó en la mejilla.

–Buenas noches, cariño –dijo dándole un abrazo–. Que duermas bien.

Se puso de pie y, azorada, se hizo a un lado para dejar espacio a Seth.

Los ojos de Bella se iluminaron cuando el ranchero se sentó en la cama junto a ella, y sonrió cuando la besó.

–Buenas noches, bichejo –dijo apartando con ternura un mechón de su rostro–. Y ahora cierra los ojos.

Bella obedeció al instante.

–Dulces sueños.

Ya fuera del dormitorio, después de cerrar la puerta, Amy le sonrió nerviosa.

–Espero que ahora se duerma de verdad.

–Es que aún no se ha hecho a esta casa –respondió él.

Amy sabía que era verdad, pero aun así la sorprendía su actitud indulgente. Seth estaba tan cerca de ella, que de pronto notó, irritada, que estaba sonrojándose de nuevo.

–Sí, pero muchas veces nos hemos quedado a dormir en casa de mis padres y... –se quedó callada al ver el brillo travieso en los ojos de Seth, y la sonrisilla que estaba conteniendo a duras penas–. ¿Qué tiene tanta gracia? –quiso saber.

–Es que estaba pensando... –contestó él, sin apartar sus ojos de los de ella– que no es justo que Bella se lleve todos los besos.

Amy se quedó sin aliento, y Seth se acercó más a ella.

Capítulo 6

Seth no veía nada de malo en lo que iba a hacer. Sólo estaba de broma, y lo que pretendía era darle un beso inocente en la mejilla a Amy, como el que le había dado a Bella.

Sin embargo, cuando apartó un mechón de su frente y sus dedos rozaron la suave piel de la joven, un cosquilleo eléctrico recorrió todo su cuerpo.

Amy se quedó muy quieta, como si estuviera en trance. El olor a gel de ducha intoxicó los sentidos de Seth, y aunque se inclinó para besarla en la mejilla, de pronto sus ojos se vieron atraídos hacia su boca, como por una fuerza magnética.

Su cabeza siguió bajando hasta que sus labios se rozaron, y hubo un instante de temblorosa vacilación por ambas partes al que siguió un beso breve, tímido.

Amy no se apartó, sino que sus labios se apretaron contra los de él y se abrieron, cálidos y sumisos. El corazón de Seth latía con fuerza en su pecho y se sentía como si le quemara la piel. Todo lo que los rodeaba pareció desvanecerse de pronto. Para él en ese momento sólo existía Amy, la dulce y seductora Amy.

Sus labios eran tan suaves y tiernos, justo como había imaginado que serían. Oh, Dios. Desde el día en que se habían conocido en aquel pub de Tamundra había estado luchando contra la atracción que sentía hacia ella, y se sentía como si Amy le estuviese ofreciendo el cielo.

No quería nada más, sólo aquello, sólo a Amy... De pronto, sin embargo, ella se puso tensa y se apartó. Seth se dio cuenta de que Ming estaba al final del pasillo.

–He... he dejado el postre en la cocina –dijo con los ojos muy abiertos, y retrocedió de espaldas con una sonrisilla mal disimulada.

Seth aún estaba tratando de recuperar el aliento cuando oyó a Amy decir a su lado:

–Gracias por la cena, Ming. Me ha encantado tu curry de marisco.

El tono de su voz había sonado sorprendentemente calmado, un tono que distaba mucho del que habría esperado de una mujer que sólo hacía unos instantes parecía haber estado ahogándose en un remolino de pasión.

Luego, cuando Ming se hubo marchado, echó a andar hacia el porche con la espalda muy recta y la cabeza alta, dejándolo allí plantado como un tonto.

Seth inspiró. Si algo le había enseñado la vida era que no debía mostrar abiertamente sus sentimientos. No iba a dejar que Amy supiera hasta qué punto lo había afectado aquel beso.

La siguió al porche, y por decir algo le preguntó:

–¿Crees que Bella se dormirá pronto?

Amy se quedó mirándolo aturdida, como si no supiera de qué estaba hablando, y luego se apresuró a apartar la vista a otro lado.

–Perdona, ¿qué decías? Es-estaba distraída –balbuceó.

Eso estaba mejor, pensó Seth. Quizá estuvieran en la misma onda después de todo.

–Espero que Ming no se haya llevado una idea equivocada –murmuró Amy.

–No te preocupes, es muy discreto, como todo el personal del rancho.

–Oh, no lo dudo –respondió ella, pero eso no pareció tranquilizarla demasiado.

Seth abrió la boca para disculparse, pero rápidamente cambió de idea. No iba a disculparse por haber besado a una chica preciosa.

Además, difícilmente podría admitir que aquel beso había sido un error, aunque ciertamente no había sido algo muy juicioso. Había dejado que la atracción que sentía hacia Amy complicara una situación ya de por sí espinosa. Tendría que decirle la verdad más tarde o más temprano, pero no se sentía con fuerzas para hacerlo en ese momento. Lo haría pronto, se prometió, cuando hubiera tenido un poco más de tiempo para prepararse. Por el momento lo mejor sería cambiar de tema.

–Bueno, ¿tomamos el postre? –dijo. Y antes de que Amy pudiera objetar nada, se apresuró a añadir–: Tienes que probar las bolas de sandía con licor de jengibre.

Ella esbozó una leve sonrisa.

–Suena tentador.

–Siéntate. No tardaré ni un segundo.

Cuando Seth se alejó, Amy dejó escapar un suspiro tembloroso. Se sentía como si hubiera estado conteniendo el aliento desde el momento en que la había besado, y era un alivio poder tener un instante para estar sola, para cerrar los ojos y revivir aquella increíble experiencia.

Era un problema que Ming los hubiera visto, pero no estaba tan preocupada como le había hecho creer a Seth.

Lo que estaba preguntándose en ese momento era cómo había podido vivir tanto tiempo sin saber que había besos que podían hacer que la tierra temblara bajo tus pies. Se palpó los labios con las yemas de los dedos, maravillada, mientras rememoraba las deliciosas sensaciones que había experimentado.

Daría lo que fuera por volver a sentirse así. Los besos de Dominic nunca la habían hecho sentir nada parecido. No le extrañaba que su relación no hubiese durado; no había química alguna entre ellos.

Química... ¿Sería ése el ingrediente secreto del increíble beso de aquella noche. Sí, una química mágica, misteriosa, increíble.

Sin embargo, las reacciones químicas podían ser peligrosas, se recordó al oír los pasos de Seth acercándose. ¿En qué estaba pensando? Seth había seducido a su mejor amiga, la había dejado embarazada, y allí estaba ella, perdiendo la cabeza como una tonta por un beso que probablemente para él no había significado nada.

–Ya verás como te gusta –le dijo Seth tendiéndole una copa con las bolas de sandía.

–Gracias.

El olor dulce de la sandía se mezclaba con el aroma peculiar del licor de jengibre.

–Me recuerda a la Navidad –murmuró.

–Pues es un postre de verano –contestó él riéndose–. Pruébalo.

Amy no pudo evitar quedarse mirando cuando Seth tomó una bola con su cuchara y se la llevó a la boca.

«¡Oh, por amor de Dios!». Ya estaba otra vez pensando en aquel beso tan perfecto, en lo que había sentido...

–¿Cómo celebráis las Navidades aquí? –le preguntó, intentando apartar aquellos pensamientos de su mente–. ¿Hacéis una gran

fiesta y os reunís todos los ganaderos de la zona?

–Ya no. Mi tío solía organizar fiestas aquí en Serenity cuando vivía, pero a mí no me van mucho esas cosas.

–Qué lástima –Amy miró a su alrededor, y se imaginó los jardines iluminados con farolillos de colores–, porque este lugar es perfecto para una fiesta, y con la ayuda de Ming no tendrías que contratar siquiera un servicio de catering.

–¿Te gustan las fiestas?

–Bueno, la mayoría sí, aunque a veces me toca a mí organizarlas por mi trabajo y puede ser agotador. Ya sabes, para ayudar a mis clientes a establecer contactos con otros profesionales del sector, o para el lanzamiento de un nuevo producto.

Al decir aquello acudió a su mente el recuerdo de la última fiesta, la noche en la que había muerto Rachel, el estómago le dio un vuelco y sintió una punzada de culpabilidad en el pecho.

–Amy, ¿estás bien?

Ella alargó la mano para tomar su vaso de agua y bebió un sorbo.

–Sí. Es que... de vez en cuando me vienen los recuerdos de Rachel y...

–Sé a qué te refieres. Cuando eso ocurre el dolor tarda un rato en pasar. Yo sigo echando de menos a mi padre, después de todos estos años, y con la muerte de mi tío es aún peor.

A Amy le sorprendió que no mencionara también a Rachel. Imaginaba que debía lamentar en algún grado la muerte de la madre de su hija.

Contrariada, volvió a tomar su cucharilla y la hundió en una de las bolitas de sandía. –Cuéntame algo más de tu tío –le pidió a Seth–. ¿Vivió aquí toda su vida?

Seth negó con la cabeza.

–Era de Sidney, como el resto de la familia. Se vino a vivir aquí a Cabo York poco antes de cumplir los treinta.

–¿Para convertirse en ganadero?

–Así es –contestó Seth con una sonrisa–. Dejó el próspero negocio familiar para empezar de cero aquí.

–Qué interesante. ¿Y qué negocio tenía tu familia?

–¿No has oído hablar de la empresa Reardon & Grace?

Amy negó con la cabeza.

–Era un negocio muy importante de importación y exportación. Lo fundó mi tatara-tatarabuelo. Era el dueño de uno de los primeros almacenes portuarios de Sidney.

–Vaya.

–Todos los hombres de la familia trabajaron en el negocio, incluido mi padre. Mi tío Seth fue el primero en marcharse.

–¿Seth? ¿Tu tío también se llamaba Seth?

–Sí, era el hermano menor de mi padre.

Amy frunció el ceño. Aquella información le parecía relevante de algún modo, pero estaba demasiado intrigada por la historia como para ponerse a dilucidarlo en ese momento.

–¿Y por qué se marchó de Sidney?

Seth esbozó una sonrisa melancólica, y Amy tuvo la sensación de que no debería estar haciendo tantas preguntas.

–¿Estoy metiéndome donde no me llaman?

–No, tranquila. Es sólo que es una historia bastante triste –respondió él–. Verás, mi tío estaba perdidamente enamorado, y todo iba bien hasta que llevó a su novia a casa y se la presentó a su hermano mayor.

–A tu padre.

Él asintió.

–Sí, sólo que entonces yo aún no había nacido. El caso es que mi padre se enamoró de la novia de mi tío... y se casó con ella.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Amy.

–Así que esa mujer era tu madre... Tu madre era la mujer de la que tu tío estaba enamorado....

–Perdidamente.

–Pobre.

A Amy no le resultó difícil imaginarse lo que debía haber ocurrido después: su tío, probablemente destrozado por perder a la mujer que amaba, habría decidido abandonar la cómoda vida que llevaba en Sidney, y se había ido allí, a miles de kilómetros, para intentar olvidarla e iniciar una nueva vida.

–Vaya... –murmuró apenada.

–Fue muy duro para él volver a empezar aquí, levantar todo esto de la nada, pero se creció ante la adversidad.

–¿Y nunca se casó?

Seth frunció el ceño.

–No. Cuando murió mi padre y mi madre me trajo aquí, creo que mi tío albergaba esperanzas de que se quedara con él, pero...

–Pero en vez de eso se fue a América.

–En pos de su sueño –asintió él, y sus facciones se ensombrecieron–. Pero no la culpo; éste no es lugar para una mujer.

–¿Por qué no? –inquirió Amy–. Esto es precioso.

–La casa y los jardines son bonitos, sí –concedió Seth–, pero no hay cafeterías, ni tiendas... Y la peluquería más cercana está en Cairns.

Amy no estaba de acuerdo. Era cierto que el rancho estaba aislado de todo, pero aun así estaba segura de que una mujer podría ser muy feliz allí. Claro que tendría que ser la mujer adecuada... y tendría que casarse con el hombre adecuado. Pero si los dos se amaban de verdad, ¿acaso no cabía la posibilidad de que pudieran ser felices?

Aquélla no era una pregunta que pudiera hacerle a Seth, no cuando su madre, Rachel, y aquella mujer que le había roto el corazón no habían querido quedarse allí.

Se sintió mal por Seth, al que se veía tan solo, y por la estoicidad con que parecía haber aceptado su destino. Ansiaba alargar la mano y acariciarle la mejilla, besarlo otra vez sin que Ming los interrumpiera... No le importaba dónde los llevara aquello; lo deseaba, lo...

No, era una locura. Dios, por un momento había estado a punto de olvidarse de Rachel, de Bella, de su trabajo, de su familia... Había estado a punto de olvidar sus responsabilidades a cambio de una noche con Seth.

–Gracias por esta cena tan deliciosa –le dijo–. Llevaré estas cosas a la cocina.

Pero Seth se puso de pie al instante.

–Ni hablar, no tienes por qué hacerlo, eres mi invitada.

Amy rehuyó su intensa mirada e insistió:

–Pero es que no he ayudado en nada desde que llegué. Deja que me lleve estas cosas a la cocina y las friegue. Si no me malacostumbraré.

Seth, aunque contrariado, sonrió.

–Bueno, si insistes.

–Insisto –dijo ella con firmeza–. Buenas noches, Seth. Y se alejó

con las copas del postre, incapaz de devolverle la sonrisa.

Un ruido despertó a Amy en mitad de la noche: un batir de alas y un ulular, como el de un búho. Se giró y miró hacia la cama de Bella. Por suerte a la pequeña el ruido no la había despertado y dormía tranquila. Volvió a tumbarse sobre la espalda y cerró los ojos; necesitaba dormir.

Estaba cansada, muy cansada. No había dormido bien desde el día en que habían salido de Melbourne. Necesitaba dormir, no pensar, pero ahora que estaba despierta su mente empezó a dar vueltas a todo lo ocurrido, como una rueca, afanándose en hilar pensamientos y preguntas sobre Seth, sobre aquel beso...

Por amor de Dios. ¿No estaría volviéndose loca? Porque había que estar bastante desesperada para darle tanta importancia a un solo beso.

Lo cierto era que Seth era un misterio que la tenía obsesionada. Decía que una mujer le había roto el corazón, pero que no había sido Rachel. Y aun así... había tenido un romance con Rachel y su amiga le había dicho que era el hombre de su vida... Y sabía que Bella era su hija, y la madre de la niña había muerto, pero parecía que eso no le causaba demasiada pena.

Nada de todo aquello tenía sentido. ¿Es que Seth Reardon no tenía sentimientos? ¿Había un lado frío e insensible de él que aún no había visto? ¿Había sabido Rachel de ese lado oscuro y por eso había puesto tierra de por medio entre ellos?

No, eso tampoco podía ser. En los dos días que llevaban allí Seth le había parecido una persona cariñosa y vulnerable, alguien a quien le habían hecho mucho daño, y eso no encajaba con la imagen de un hombre frío e insensible.

Recordó entonces la triste historia de su tío, y se preguntó cómo se habría sentido aquel pobre hombre cuando la madre de Seth, la mujer a la que había amado, le había puesto su nombre a su hijo.

¿Y cómo se habría sentido, años después, cuando esa misma mujer había abandonado a ese hijo siendo sólo un muchacho? Probablemente había aceptado hacerse cargo de él por el cariño a su hermano, y porque pensaba que era su deber, pero en cualquier caso debía haber sido muy doloroso para él.

Y qué curioso que los dos se llamasen Seth Reardon, qué... «Oh,

Dios mío». Amy se incorporó como un resorte en la cama, con el corazón desbocado. Era una locura, pero... ¿Sería posible que el tío de Seth hubiese sido el hombre con quien Rachel había tenido un romance?

Cuando Seth le había dicho que su tío había muerto lo había imaginado como a un anciano, pero no tenía necesariamente que haber sido tan mayor.

A Seth le calculaba unos treinta años, y si su tío había sido menor que su padre, tal vez hubiera rondado los cincuenta cuando conoció a Rachel.

Trató de imaginarse a su amiga con un hombre de cincuenta años. Tendría que haber sido un hombre bien conservado y guapo para que se hubiese fijado en él, pero siendo pariente de Seth seguro que había sido guapo.

Además, su amiga siempre había sido muy poco convencional en lo que se refería a los hombres, y cuanto más lo pensaba, más sentido le veía. Quizá Rachel había mantenido en secreto su embarazo porque le parecía que sería una carga para un hombre de esa edad. Y en una ocasión le había comentado que en el colegio había sufrido las burlas de algunos compañeros porque sus padres eran mucho mayores que los de los otros niños.

Y si Seth no era el padre de Bella, también parecía lógico que no diese muestras de sentir la muerte de Rachel. Amy volvió a tumbarse, aturdida. El corazón le palpitó con fuerza al pensar que Seth, el Seth que la había besado aquella noche, haciéndola subir al cielo, quizá no fuera el padre de Bella, y que quizá no hubiera tenido un romance con Rachel.

Claro que tal vez no debiese sacar conclusiones tan deprisa. Cabía la posibilidad de que estuviera equivocada. Si Seth no era el padre... ¿por qué no se lo había dicho? ¿Estaría intentando proteger la imagen de su tío, su reputación? ¿Y por qué era tan reacio a que se publicara el libro de Rachel?

Amy gimió para sus adentros, sabiendo que no podría despejar ninguna de esas incógnitas hasta la mañana siguiente, y que las preguntas la mantendrían toda la noche despierta.

Seth se despertó, como siempre, al alba, y se quedó en la cama, con los ojos cerrados, escuchando el silencio y el canto de los

pájaros de la selva, que anunciaba la llegada de un nuevo día.

Tomó su reloj de la mesilla de noche y entornó los ojos. Las cinco y veinte. A esa hora normalmente ya estaría levantado, porque en verano prefería hacer el trabajo pesado antes de que empezara a hacer calor, pero en deferencia a sus huéspedes se quedó acostado. No quería despertar a Amy ni a Bella, que dormían al otro lado del pasillo.

Ponerlas en la misma habitación había sido lo lógico, por si la pequeña se despertaba asustada durante la noche, pero no podía dejar de fantasear con qué habría ocurrido si Amy hubiese ocupado otra habitación.

«¿Qué habrías hecho entonces, pedazo de idiota?», se reprendió. «¿Entrar a hurtadillas en su dormitorio? ¿Seguir donde lo dejasteis, después del beso? Oh, sí, eso habría sido muy inteligente por tu parte. En bonito lío te habrías metido...».

Si al menos pudiera dejar de pensar en ella... El recuerdo de aquel beso lo había perseguido toda la noche, apareciendo una y otra vez en sus sueños, unos sueños que siempre acababan siendo bastante subidos de tono.

No sabía cuántas noches lograría sobrevivir cuerdo con Amy en su casa, durmiendo con aquel camisón semitransparente al otro lado del pasillo. A ese paso, acabaría convertido en un montón de ceniza antes de que se fuesen.

Y lo grave era que no sólo se trataba de deseo físico; disfrutaba estando con Amy, charlando con ella, viéndola jugar con Bella... Durante años había evitado interesarse de ese modo por ninguna mujer, pero Amy había llegado a su corazón.

«Maldita sea...». Tenía que parar aquello. ¿Acaso no sabía que no llegaría jamás a ninguna parte?, ¿no había aprendido nada de su relación con Jennifer?

Giró la cabeza hacia la mesilla y miró el reloj de pulsera, el regalo que le había hecho antes de volver a Nueva York.

–Tiene dos esferas para que puedas saber la hora que es en dos zonas horarias distintas a la vez –le había dicho muy excitada al dárselo–. Así siempre sabrás qué hora es en Nueva York para poder llamarme y podrás imaginar qué estoy haciendo en cada momento. Así no te parecerá que estoy tan lejos.

–Pero un reloj no cambiará el hecho de que estarás en el otro

extremo del mundo –le había recordado él.

–Pero volveré. Pronto. Te lo prometo.

Con esa promesa para calmar sus temores habían hecho el amor por última vez, y si cerraba los ojos Seth podía ver en su mente la luz del sol arrancando brillos rojo fuego del cabello castaño de Jennifer, y destellos del diamante engarzado en el anillo de compromiso que le había regalado.

La había dejado volver a su país, a América. Ella le había asegurado que sólo iba allí para dejar unos cuantos asuntos resueltos, y que luego volvería para casarse con él.

–Te quiero, Seth, y teniéndote a ti no necesito la ciudad.

Sabía que había sido sincera cuando le había dicho esas palabras, que nunca había imaginado, que una vez en Nueva York se le haría imposible volver. Él, como un ingenuo, la había dejado marchar, y el bullicio de la Gran Manzana, los lazos familiares, la vida que conocía y con la que se sentía segura la habían seducido, atrapándola allí.

Apenas había tardado seis semanas en recobrar la cordura. Lo había llamado llorando desconsoladamente, para decirle que no iba a volver, que lo suyo jamás podría funcionar; pertenecían a mundos demasiado distintos. Seth había aprendido la lección: el amor, por sí solo, no era suficiente.

De pronto notó un suave soplo de aliento en la mejilla, y al volver la cabeza, para su sorpresa, se encontró con los ojos azules de Bella a sólo unos centímetros de los suyos.

–Eh, pequeñaja, ¿qué estás haciendo aquí?

–¡Arriba! –exclamó la chiquilla.

Y antes de que se diera cuenta de qué estaba ocurriendo, la niña, se agarró a las sábanas y se aupó a la cama con una pierna.

–¿Sabe Amy que estás aquí? –le preguntó contrariado, ayudándola a subir para que no se cayera hacia atrás.

Bella no contestó, sino que prorrumpió en risitas y se puso a dar brincos. Seth se incorporó, poniéndose de rodillas para estar preparado en caso de que perdiera el equilibrio y tuviera que agarrarla. La energía de la cría no dejaba de maravillarlo. Se la veía tan feliz, tan llena de vida... y gracias a Amy no era consciente de las tragedias que la habían dejado huérfana de padre y madre. «Huérfano» era una palabra que siempre había aterrado a Seth en su

infancia. Cuando su padre había muerto y su madre se había marchado a la otra punta del mundo, lo habían atormentado visiones de orfanatos, como los de los cuentos, con niños hambrientos y ateridos de frío.

Pero él había tenido la suerte de contar con un tío que se había hecho cargo de él, un hombre cuya amabilidad y cuyo cariño lo habían salvado y lo habían mantenido a flote.

«Te debo tanto, tío Seth...», pensó con un nudo en la garganta.

Amy, igual que su tío, había asumido la responsabilidad de cuidar de la hija de su amiga, y saltaba a la vista que la quería como si fuera su propia hija.

Probablemente el haberse criado con una familia unida la había ayudado a convertirse en la mujer fuerte que era, y a juzgar por lo que había visto estaba haciendo un trabajo espléndido con Bella y no parecía que lo necesitara.

–Eres una niña muy afortunada –le dijo a Bella–. Estás mejor con ella.

A los pocos segundos de despertarse Amy se dio cuenta de que la cama de Bella estaba vacía. Se levantó como un resorte, presa del pánico. Corrió fuera, al pasillo.

–¿Bella?

–¡Está aquí!

Amy se paró en seco en medio del pasillo. Era la voz de Seth, y provenía de su dormitorio. Con el corazón martilleándole en el pecho, se volvió hacia allí y empujó la puerta entreabierta. De inmediato vio a Bella saltando en la enorme cama de Seth, pero al instante siguiente sus ojos fueron a posarse en el torso desnudo de Seth. Oh, Dios. No pudo evitar quedarse mirándolo. Tenía unos abdominales tan esculturales y era tan... viril.

Aunque en la piscina ya lo había visto desnudo de cintura para arriba, verlo del mismo modo en su habitación era completamente distinto. Para empezar porque no se lo había esperado. Y además ahora, después de que la había besado, y de que se había pasado toda la noche pensando en él y dando vueltas en la cama...

–Bella ha entrado aquí de repente y ha tomado mi cama por asalto –le dijo Seth con una sonrisa de disculpa, que no disimuló el hecho de que estaba mirándola con bastante descaro.

Sólo entonces se dio cuenta Amy de que se le había olvidado ponerse el chal, y que estaba allí de pie en camisón. Aquello estaba empezando a convertirse en una costumbre embarazosa.

Cruzó los brazos sobre el pecho con disimulo mientras retrocedía hacia la puerta.

–Esta Bella… Tiene tanta energía por las mañanas… Gracias por cuidar de ella.

Hecha un manojo de nervios, llamó a la niña.

–Vamos, Bella, deja ya de saltar. Es hora de vestirse.

Pero Bella no obedeció.

–¡Eh! –la reprendió Seth atrapándola, y la levantó tan alto que la niña soltó un gritito y prorrumpió en nuevas risitas.

Amy observó cómo se ondulaban los músculos del torso de Seth con sus movimientos, y casi se quedó sin aliento.

Seth se bajó de la cama y le llevó a la pequeña con una sonrisa.

–Ten, toda tuya.

Cuando fue a tomar a Bella, que no dejaba de reírse y de revolverse, los antebrazos de ambos chocaron, y por un instante las manos de Amy se encontraron atrapadas entre el cuerpecillo de la niña y el sólido pecho desnudo de Seth. Podía sentir el calor de cuerpo, el olor de su piel…

Se apartó, roja como una amapola, y se volvió con Bella en brazos para regresar a su dormitorio, pero algo la hizo detenerse: una fotografía en un marco de plata sobre la cómoda que había junto a la puerta. Era de un hombre de mediana edad increíblemente guapo, con el cabello oscuro salpicado por algunas canas, y el rostro moreno de trabajar en el campo y marcado por algunas arrugas.

–¿Es tu tío? –le preguntó a Seth.

Amy vio dolor en sus ojos azules cuando la miró.

–Sí. Todo el mundo lo llamaba «jefe» cuando aún vivía y a mí me llamaban «Seth», así que nunca hubo ninguna confusión entre nuestros nombres.

–Parece más joven de lo que imaginaba. ¿Cuándo se tomó esta foto?

–Hace unos años. No mucho antes de que muriera, de hecho.

Amy volvió a posar sus ojos en la fotografía. Cada vez estaba más convencida de que sus sospechas eran ciertas, de que el tío de

Seth había sido el gran amor de Rachel.

–Éste no es el momento –le dijo a Seth–, pero tenemos que hablar.

Se dio la vuelta, y volvió con Bella a su habitación.

Capítulo 7

Amy salió al porche media hora más tarde, vestida para desayunar, y lista para la conversación que le había dicho a Seth que debían tener. Tenía unas cuantas preguntas que hacerle, y quería respuestas. No sabía por qué Seth se había callado ciertas cosas, pero estaba dispuesta a llegar al fondo de la cuestión.

Quizá ya se había imaginado de qué quería que hablasen, porque a pesar de la sonrisa que esbozó al verla, parecía tenso. «Bien», pensó. Que sufriera un poco; quizá así se mostraría más dispuesto a cooperar.

Tomó asiento, sintiéndose algo mezquina por estar pensando como un interrogador y centró su atención en Bella. Mientras ayudaba a la niña a mojar las varitas de pan tostado en la yema de su huevo pasado por agua, charló con Seth de cosas intrascendentes, como los árboles frutales de los jardines, y el corral de gallinas de la parte de atrás.

–Bella y yo podríamos ir a recoger los huevos –le sugirió–. ¿Verdad que te gustaría, cariño? –le dijo a la niña.

–Claro, seguro que a Bella le encantará –asintió él–. Le diré a Ming que tiene una tarea menos para los próximos días.

Tan pronto como Bella terminó su desayuno, Amy aprovechó la oportunidad.

–Seth, ¿crees que Ming podría entretener a Bella un rato para que podamos hablar?

Él se puso serio, pero asintió y se puso de pie.

–Iré a preguntarle; seguro que no le importará.

Entró en la casa, y poco después regresó con Ming. Éste le aseguró a Amy que no tenía inconveniente en ocuparse un rato de Bella, y se llevó a la niña a la cocina con la promesa de enseñarle trucos de magia y a hacer galletas con forma de estrella, de luna, de corazón...

–¿Más té? –le ofreció Seth a Amy con una sonrisa enigmática cuando se hubieron quedado a solas.

–Sí, por favor.

Seth le sirvió más té, dejó la tetera en la mesa, y la miró a los ojos.

–Bien, ¿de qué querías hablar?

Amy añadió un poco de leche a su té mientras organizaba sus pensamientos.

–La verdad es que tengo unas cuantas preguntas –le dijo–. Bastantes, de hecho.

La expresión de él se mantuvo impasible.

–Dispara.

Amy inspiró profundamente. Había llegado el momento de la verdad.

–¿Eres el padre de Bella?

Seth la miró a los ojos y contestó:

–No, no lo soy.

«Oh, Dios». Amy se sintió como si se hubiese tirado de cabeza a una piscina para darse cuenta, demasiado tarde, de que lo había hecho en la parte poco profunda. Y es que, aunque ya había deducido que no era el padre de Bella, el que él se lo confirmase la dejó aturdida.

–¿Es-estás seguro de eso?

–Completamente. Nunca me acosté con Rachel. De hecho, apenas tuve relación alguna con ella mientras estuvo aquí.

No se había acostado con Rachel... Amy intentó ignorar la sensación de alivio que la invadió. Era absolutamente inapropiado que se alegrase de que Seth no hubiese tenido relaciones con su mejor amiga.

–Rachel me dijo que el padre de Bella se llamaba Seth Reardon, y di por hecho que eras tú –murmuró trazando el contorno del asa de la taza con el índice–. Pero si no eres tú, supongo que era... el otro Seth.

Él asintió despacio.

–Tu amiga y mi tío tuvieron un romance. Ni mi tío ni yo sabíamos que se hubiese quedado embarazada, pero si Rachel te dijo que su padre era Seth Reardon, no puede ser más que mi tío.

Amy se rodeó el cuerpo con los brazos, intentando asimilar sus palabras. El hombre al que Rachel había amado no era el Seth que tenía frente a ella, sino su tío, un hombre que, como su amiga,

había pasado a mejor vida.

–Pobre Bella –murmuró–. No tiene padre ni madre...

–Te tiene a ti, Amy. Lo estás haciendo muy bien.

Ella se encogió de hombros, algo contrariada. ¿Por qué no se sentía satisfecha ahora que había logrado su objetivo?

–Hay algo que no comprendo –le dijo a Seth–. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué dejaste que creyera que eras el padre de Bella?

Seth giró la cabeza hacia los jardines.

–¿Damos un paseo?

Ella lo miró vacilante, pero luego volvió a encogerse de hombros y asintió, suponiendo que no quería que Ming oyera lo que tenía que decirle.

–Está bien.

Cuando bajaron las escaleras del porche, Amy inspiró el aire, cálido y húmedo, cargado con el aroma de las plumerias.

–¿Tenías al menos la intención de decirme la verdad? –le preguntó a Seth mientras se adentraban en los jardines, llenos de exóticas plantas tropicales.

–Sí, pensaba contártelo todo.

–¿Cuándo? –le espetó ella, irritada por lo calmado que parecía–. ¿Cuando Bella cumpliera los veintiún años?

Él apretó los labios, y Amy se sintió mal al ver ensombrecerse sus ojos azules. Al fin y al cabo, sabía lo mucho que Seth quería a su tío, se dijo deteniéndose.

–Lo siento –murmuró–. Sé que esto también es difícil para ti.

Habían llegado a unos escalones de piedra en el linde sur de los jardines. Al pie se veían matorrales y comenzaba la selva, pero en la distancia se divisaba la playa, una pequeña cala que se curvaba como una peladura de limón en torno al mar resplandeciente.

–Este lugar es increíble –comentó Amy–. No es en absoluto como había imaginado que sería. Supongo que tendrás que tener cuidado con la gente que pueda presentarse aquí, asegurando que tienen algún tipo de parentesco con la familia. Por los derechos de propiedad sobre estas tierras, y todo eso, pero te aseguro que no he venido aquí con Bella por eso, Seth. Sólo quería encontrar a la familia de Bella, sus raíces.

–Lo sé –respondió él en un tono quedo–. Y te agradezco lo que has hecho. Para mí la familia también es importante, y no tengo

más parientes que Bella en este momento.

De pronto le dirigió a Amy una sonrisa seductora que hizo que se derritiera por dentro.

–Hay algo ahí abajo que querría mostrarte –le dijo, y empezó a bajar los escalones.

Amy lo siguió.

–¿Puedes contarme algo más de la relación entre tu tío y Rachel?

Él vaciló, pero sólo un instante.

–Lo único que puedo decirte es que él la quería de verdad. Tardé en darme cuenta, pero estaba loco por ella.

Cuando llegaron al pie de la escalinata, tomaron un sendero que serpenteaba entre la maleza.

–Creo que Rachel sentía lo mismo por él –le dijo Amy a Seth–. Era muy reacia a hablarme del padre de Bella, y cuando por fin se sinceró conmigo me dijo que lo amaba, pero que no creía que pudiera vivir en un lugar como éste. ¿Crees que tu tío intentó persuadirla para que se quedara?

–Estoy seguro de que sí.

–Pero cuando Rachel se marchó no fue tras ella –apuntó Amy.

Seth se detuvo, pensativo, con los pulgares enganchados en las trabillas del pantalón, y parecía que estuviese evitando mirarla a los ojos.

–La verdad es que sí tuvo la intención de tomar un vuelo e ir en su busca –respondió–, pero yo lo persuadí para que no lo hiciera

–¿Por qué?

Aquella pregunta pareció enfadarlo.

–Mi tío tenía cincuenta años; casi le doblaba la edad a Rachel.

–Pero la diferencia de edad no tiene porque ser un impedimento para el amor.

–¿Amor? –repitió él, lanzándole una mirada cortante.

–¿Por qué me miras así?

–Porque no quiero hablar mal de tu amiga y…

Dejó la frase en el aire. Ahora era Amy quién estaba enfadada.

–¿Qué? –lo instó para que continuara–. ¿Qué es lo que no quieres decirme?

–Yo… no estaba seguro de que Rachel quisiera a mi tío –respondió Seth, apartando la vista–. Le gustaba flirtear, y parecía

que sólo iba en busca de una aventura.

Amy, que estaba mirándolo con el ceño fruncido, abrió mucho los ojos.

–¿Quieres decir que... coqueteó contigo?

Él exhaló un pesado suspiro.

–¿Seth?

–Digamos que no dejó lugar a dudas de que yo le gustaba.

Oh. Amy sabía que era patético por su parte, pero no pudo contenerse y tuvo que preguntarle:

–Pero no te acostaste con ella, ¿verdad?

–Ya te he dicho que no.

Seth hizo una mueca y le pegó un puntapié a un guijarro, que echó a rodar sendero abajo.

–Rachel llegó aquí dispuesta a pasarlo bien, con sus sonrisas insinuantes, y aunque tengo que admitir que cambió después de conocer a mi tío, no estaba seguro de si sentía lo mismo que él sentía por ella. Se produjo un intercambio de papeles curioso, en el que mi tío era el chico enamorado e irresponsable, y yo el adulto que intentaba hacerle poner los pies en la tierra.

Se metió las manos en los bolsillos y apretó la mandíbula, visiblemente tenso.

–Seth, yo... No era mi intención hurgar en la herida –le dijo Amy–. No tienes por qué...

Pero él siguió hablando, como si no la hubiese oído.

–Vino a mí una mañana, a mediados de la estación húmeda. Había llovido mucho y las carreteras estaban cortadas. Quería que lo llevara a Cairns. Estaba decidido a ir a Melbourne contra viento o marea. No había vuelto a saber nada de Rachel; ni una llamada, ni una carta, ni un e-mail... –sacudió la cabeza angustiado–. Yo le dije que era un idiota y un cabezota, que esperara a que pasase la estación de las lluvias, y que si entonces seguía sintiendo lo mismo, que fuese tras ella.

Seth se quedó callado un momento y alzó la vista hacia las verdes islas que se vislumbraban en la distancia.

–Como yo me negaba a llevarlo, tomó su bote de aluminio con la intención de llegar a Cairns por mar. Es un tipo de embarcación que se usa para pescar, pero es demasiado endeble para navegar esa distancia –tragó saliva–. Lo sorprendió una tormenta.

Amy se quedó mirándolo espantada, imaginando lo que iba a decir a continuación.

–Un barco de arrastre lo encontró tres días después –añadió Seth con gesto sombrío.

–Estoy segura de que Rachel no lo sabía –murmuró ella.

Amy podía sentir su dolor, tan palpable en la rigidez de su cuerpo. Era casi como un ente vivo, que hubiese alargado sus tentáculos hasta ella y estuviese estrujándole el corazón.

–Me culpo de lo que ocurrió –dijo Seth en un tono quedo–. Él me pidió un favor y yo se lo negué... después de todo lo que él había hecho por mí.

Le pegó un puntapié a otro guijarro, y echó a andar, alejándose de Amy con un gruñido de frustración.

Ella se apresuró tras él para darle alcance.

–No debes culparte –le dijo.

Seth se detuvo y se giró bruscamente hacia ella.

–¿Por qué no? Debería haberme dado cuenta de lo desesperado que estaba. Si hubiera sabido que iba a tomar ese condenado bote, lo habría llevado a Cairns con la avioneta.

Los ojos le escocían por las lágrimas.

–Yo no sabía que Rachel estaba embarazada –dijo con la voz entrecortada–. No sabía cómo ponerme en contacto con ella cuando mi tío murió, pero si hubiera sabido que estaba embarazada habría hecho un esfuerzo mayor por encontrarla.

Amy parpadeó para contener las lágrimas y le puso una mano en el hombro. Seth se puso tenso al instante, como si lo hubiese quemado.

–Sé cómo te sientes, Seth.

Los ojos del ranchero relampaguearon de ira.

–¿Cómo podrías saberlo?

–Porque he pasado por lo mismo.

Seth apretó la mandíbula y la miró con dureza, como si no la creyera.

–Muy bien, dime: ¿cómo me siento?

Amy tenía un nudo en la garganta, y cuando tragó saliva le pareció que la tuviera en carne viva.

–Darías lo que fuera por volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas.

Seth siguió mirándola fijamente, furibundo.

–Créeme, Seth, sé exactamente lo que es sentir esa clase de remordimientos, sentirse responsable por lo que ocurrió. Yo sigo sintiéndome culpable de la muerte de Rachel.

Él digirió sus palabras en silencio, y por fin sus hombros se relajaron. Sacudió la cabeza.

–Pero tú no tuviste la culpa del accidente de Rachel.

–Sí que la tuve –replicó ella, tragándose las lágrimas–. Debería haber invitado a mi novio a aquella fiesta, pero le pedí a Rachel que viniera en su lugar. Si no la hubiese invitado, si hubiese invitado a Dominic, y Rachel se hubiese quedado en casa, con Bella, aún estaría viva.

–Pero su accidente no fue más que mala suerte. Tú misma me lo dijiste cuando hablamos por teléfono. La culpa fue del canalla que se saltó el semáforo.

Amy no podía mirar a Seth a los ojos. Lo que estaba a punto de decirle la avergonzaba profundamente, pero aquello había estado corroyéndola los últimos dos meses.

–No puedo dejar de sentirme culpable porque esa noche yo... La única, la verdadera razón por la que la invité era que quería alardear delante de ella –le explicó, aún sin poder mirarlo–. Rachel era tan inteligente... y yo por fin tenía una oportunidad para demostrarle que era buena en mi trabajo. Había organizado aquella fiesta para unos clientes, y me había esforzado al máximo para que todo resultara perfecto... –sacudió la cabeza–. No puedo creer que fuera tan vanidosa como para hacer algo así.

Apretó los labios con fuerza para contener un sollozo.

–Amy, lo estás viendo desde el ángulo equivocado –le dijo Seth, elevando la voz por encima de los gorjeos de unos loros en la arboleda cercana–. No hubo nada de malo en que la invitaras a esa fiesta.

–Pero mis motivos fueron egoístas.

–¿Y qué si querías presumir un poco delante de ella? Eso no es un crimen, Amy. Ése es el objetivo de la mitad de las fiestas que se organizan: alardear de algo.

Amy dejó escapar un suspiro.

–Quizá los dos estemos siendo demasiado duros con nosotros mismos –murmuró Seth.

¿Tendría razón?, se preguntó Amy. En aquel momento sentía una profunda conexión con él. Allí estaban los dos, llorando la pena de dos seres queridos, sintiéndose solos, perdidos y culpables; dos extraños de mundos muy distintos unidos por una niña pequeña.

–Yo sólo sé una cosa –dijo finalmente–: que por mucho que queramos, no podemos dar marcha atrás y cambiar lo que ocurrió.

Seth asintió.

–Lo único que podemos hacer es mirar hacia delante y seguir nuestro camino –respondió. Le dirigió una sonrisa cálida y añadió–: Y hablando de seguir adelante..., todavía no te he enseñado lo que quería enseñarte.

Siguieron andando. El sendero se estrechaba a unos metros, y a partir de ahí Seth fue delante. Amy oyó ruido de agua, y cuando doblaron una curva en el camino, éste se abrió para dar paso a una piscina natural rodeada por rocas y helechos y alimentada por una cascada.

–¡Oh, Seth!

–Es mejor que la playa, porque este terreno es demasiado elevado para los cocodrilos –le dijo él con una sonrisa maliciosa.

–Es precioso –murmuró ella.

Y lo era, aunque a la mención de él de los cocodrilos, miró cautelosa a su alrededor.

–¿Y las serpientes vienen por aquí?

–No muy a menudo.

–¿Cómo de a menudo es «no muy a menudo»?

Seth sonrió divertido.

–Bueno, alguna que otra vez he visto a alguna pitón inofensiva tomando el sol sobre una roca, pero eso es todo.

–¿Pero crees que sería seguro traer a Bella aquí?

–No veo por qué no. Siempre y cuando haya alguien vigilándola no tiene por qué pasarle nada. No te habría traído aquí si pensase que pudiera haber algún peligro.

Amy se quedó callada un momento y se volvió hacia él.

–Seth, tú... ¿comprendes lo importante que Bella es para mí, verdad? Rachel era mi mejor amiga, y ahora ya sabes cómo me siento después del accidente que...

–Imagino que quieres enmendarte haciendo todo lo posible por su hija.

–Así es –respondió ella, aliviada de que lo comprendiera–. Ahora soy responsable de Bella, soy su tutora legal, y la quiero, y estoy dispuesta a cuidar de ella durante el resto de mi vida.

Seth asintió.

–Es una gran responsabilidad, pero creo que estás haciendo un trabajo magnífico, y que Bella es muy afortunada de tenerte –Seth la miró a los ojos–. Me gustaría poder ayudar de algún modo, si me dejas. Sé que no tengo mucho que ofrecer, aparte de soporte económico, y estoy atado a este lugar, pero Bella es parte de mi familia, y también es importante para mí.

Y, sin previo aviso, le dirigió a Amy una sonrisa seductora que despertó en ella recuerdos del beso de la noche anterior. «Soy una tonta», se dijo irritada consigo misma. ¿Qué sentido tenía pensar en aquel beso cuando Seth estaba hablando de futuros separados?

Se acercó a la orilla de las cristalinas aguas con pesadumbre, y se quedó allí, mirando su reflejo. Luego, en el espejo del agua vio también a Seth acercándose, para luego detenerse a su lado.

Cerró los ojos cuando un cosquilleo peligroso recorrió su piel. ¿Por qué perdía el control sobre sus emociones de esa manera cuando Seth estaba cerca de ella? Nunca había tomado la iniciativa con un hombre, pero en ese momento se encontró luchando contra un impulso descarado de darse la vuelta y lanzarse a sus brazos diciéndole: «Bésame... Tómame...».

–Bueno, supongo que deberíamos volver –dijo Seth, mirando también el agua.

Amy dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

–Sí, supongo que sí.

Pero él no se movió, y tampoco ella. Estaba tan cerca de ella, que con sólo inclinarse un poco hacia atrás, sus cuerpos se tocarían.

–Amy... –susurró él con voz ronca, y Amy vio cómo su reflejo alzaba la mano para acariciarle el cabello.

Ella se volvió hacia él, y Seth sonrió. Sus dedos descendieron por su pelo, y siguieron la curva de su mejilla, haciendo que el pulso de Amy se dislocara.

–Eres preciosa... –murmuró Seth.

«Oh, Dios». Llevaba una camiseta vieja y unos vaqueros, se había recogido el pelo en una coleta, y no se había pintado ni los labios, pero allí estaba Seth acariciándole la mejilla con dedos

temblorosos y diciéndole que era preciosa.

Aquel hombre tan increíblemente guapo estaba diciéndole que era preciosa, el mismo hombre que había rechazado a Rachel pensaba que era preciosa...

En un repentino estallido de confianza en sí misma, le puso un dedo en los labios para silenciarlo y le susurró:

–Imagínate que soy una luciérnaga hembra y que estoy destellando como una loca.

Seth sonrió. Tenía una sonrisa tan bonita...

Al principio el beso fue dulce y tierno, pero a los pocos segundos se tornó ardiente y desinhibido. Seth la rodeó con sus brazos, apretándola contra sí, e interrumpió el beso durante un segundo, o quizá dos, antes de empezar a seducirla sin prisas. Tiró suavemente del labio inferior de Amy con los suyos, lo mordisqueó, y siguió su contorno con la punta de la lengua arrancando de ella suspiros y pequeños gemidos, antes de tomar su boca con un beso profundo, salvaje, apasionado, haciéndola sentir como una diosa.

Era como si estuviera dentro de una espiral donde todo giraba enloquecido, y le parecía que de un momento a otro perdería el control y caería al agua con él, y se quitarían la ropa y harían el amor bajo la cascada.

–¿Te apetece un chapuzón? –murmuró Seth contra sus labios.

–Parece que hubieras leído mis pensamientos –susurró ella embriagada.

Se sacó la camiseta por la cabeza arrancando un gemido de Seth, que tocó sus senos con manos trémulas.

Amy jadeó y tiró de la camiseta de él para sacársela de los pantalones. Nunca había estado tan excitada; nunca había sentido un deseo tan abrasador.

Pero entonces, de repente, una palabra cruzó los labios de Seth:

–Bella.

¿Qué? Amy lo miró aturdida, con la mente aún nublada por el deseo.

–¿Qué hay de Bella? –dijo Seth.

«Oh, cielos», pensó Amy. No podía creer que se hubiera dejado llevar hasta el punto de olvidarse de Bella por completo.

El gemido de decepción que escapó de los labios de Seth se transformó en una risa torpe.

–Vaya. Supongo que no podríamos dejarla con Ming un poco más, ¿no?

Un poco más. ¿Cuánto se suponía que sería «un poco más»? Amy dudaba que, si se quedaban allí, tardasen sólo «un poco más».

Seth la abrazó con un suspiro y la besó en la frente. Frotó con las manos sus brazos desnudos, y Amy deseó por un momento poder desentenderse de todas sus responsabilidades. ¿Cómo podía ser tan débil?

–Bella debe estar volviendo loco al pobre Ming. No se distrae con nada más de cinco minutos. Supongo que será mejor que vayamos en su auxilio.

–Me temía que dirías eso.

Su reticencia a dejarla marchar halagó a Amy, pero la responsabilidad se impuso y, riéndose suavemente, Seth se agachó para recoger la camiseta de Amy y la ayudó a ponérsela antes de estrecharla entre sus brazos una vez más.

Mientras desandaban el camino, Amy se sentía tan dichosa que casi sentía que en vez de ir andando iba flotando. No estaba segura de si aquel segundo beso había sido sólo algo impulsivo, o si podría ser el comienzo de algo, algo maravilloso, pero estaba tan feliz que prefería no estropearlo analizándolo demasiado.

Cuando llegaron a la casa, Seth siguió a Amy con la mirada mientras ésta se dirigía a la cocina para relevar a Ming de la tarea de niñera que le habían encomendado, y cuando recobró la cordura dejó escapar un suspiro angustiado.

Había perdido el control por completo, abandonándose a la embriagadora dulzura de los labios de Amy. Había estado a un paso de arrastrarla dentro del agua y llevar aquello a un punto sin retorno.

Besar a Amy se estaba convirtiendo en una peligrosa adicción. Era una locura; no debería haberla besado de nuevo, debería haber sido más fuerte. Si se hubiera acordado antes de Bella...

Había empezado el día decidido a no dejarse vencer por la atracción que sentía hacia Amy, pero en algún momento, durante la conversación que habían tenido sobre Rachel y su tío, había empezado a perder el control. Pero es que había tenido guardado aquello demasiado tiempo en su interior, y Rachel se había

mostrado tan comprensiva...

Y entendía cómo se sentía, lo entendía de verdad, porque ella había pasado por el mismo infierno, se había culpado como lo había hecho él. Había sentido una conexión tan fuerte con ella...

No debería haberla besado de nuevo, debería haber sido fuerte. Amy no había estado flirteando con él, lo había mirado muy seria cuando se había vuelto hacia él, y le había pedido que diera un salto de fe, pero él no tenía fe.

La había perdido años atrás, por culpa de las duras lecciones que le había dado la vida, y sabía muy bien que aunque hubiese amor, con eso no bastaba para superar el escollo más grande: su estilo de vida, aquel lugar aislado del mundo donde había echado raíces.

Su madre, Jennifer y Rachel eran la prueba de que no debía hacerse ilusiones. Al igual que el destino había cambiado por completo la vida de Rachel, poniendo a Bella en su camino, él no tenía otra opción más que continuar la labor de su tío Seth en el rancho. Se lo debía, por todo lo que había hecho por él, igual que Amy tendría que volver a Melbourne antes o después. No tenía derecho a jugar con ella, con sus emociones.

Capítulo 8

Amy estaba empezando a preocuparse al ver lo callado que iba Seth cuando, un poco más tarde aquella mañana, las llevó a ver el resto del rancho en su camioneta.

Se dirigían al oeste, y frente a ellos el cielo estaba cubierto por nubarrones grises.

–Parece que vuelven las lluvias –comentó.

Seth se limitó a asentir, pero se dijo que tal vez su silencio se debiera simplemente a que iba concentrado en la estrecha carretera de tierra que serpenteaba entre los eucaliptos, hasta que salieron a las praderas.

Las reses estaban dispersas por ellas, paciendo plácidamente. Eran unos animales enormes, de color crema claro y gris, con las orejas caídas y una especie de joroba entre los hombros.

–¿De qué raza son? –le preguntó a Seth.

–Brahman. Es la que mejor se adapta a la vida en los trópicos.

–Oh. Bueno, y entonces... ¿tú montas a caballo y haces todos esos trucos de vaqueros?

–¿Trucos? –repitió él con un brillo divertido en los ojos, fingiéndose ofendido.

–Ya sabes, eso de atrapar a un ternero con un lazo y domar potros y cosas así.

Seth esbozó una sonrisa socarrona.

–¿Te refieres a las habilidades que se adquieren tras años y años de práctica cuidando del ganado?

–Eh... sí. ¿Tú has pasado por años y años de prácticas?

–Claro.

–Me encantaría verte montar a caballo.

Se sintió algo contrariada al ver a Seth fruncir el ceño. Le encantaría verlo cabalgar por la pradera, reuniendo las reses, o cruzando un arroyo, con los cascos de su caballo haciendo salpicar el agua.

Curiosa por saber más de su modo de vida, siguió haciéndole

preguntas, como cuándo nacían los terneros, cuándo los destetaban, si la cría de ganado era un negocio rentable…

Seth respondía a cada pregunta con educación y con paciencia, pero tenía la sensación de que se estaba conteniendo, como si no quisiera aburrirla con detalles innecesarios. ¿Por qué pensaba que iba a aburrirla? Nada que tuviera que ver con él o su modo de vida podría aburrirla.

Seth aparcó la camioneta cerca de un grupo de cabañas de madera.

–He pensado que te gustaría conocer a una de las familias que viven aquí –le dijo.

–Oh, sí, me encantaría –respondió Amy con un entusiasmo absolutamente sincero.

Seth, sin embargo, frunció el ceño, y se preguntó si habría dicho algo malo.

–Por cierto, ya les he hablado de ti y de Bella.

Antes de que pudiera preguntarle qué les había dicho, un aborigen alto y fuerte se acercó a ellos con largas zancadas. Seth hizo las presentaciones. Se llamaba Barney Prior, y era el capataz del rancho.

Cuando Amy le estaba estrechando la mano, la puerta de la cabaña más cercana se abrió, y salió una mujer joven y esbelta de ojos azules y cabello pelirrojo que los saludó con la mano.

Llevaba un colorido pareo y una camiseta de tirantes azul celeste. Iba descalza, con las uñas de los pies pintadas también de azul, y una cadenita de plata adornaba su tobillo izquierdo. A pesar de su piel clara, parecía que perteneciera a aquel lugar tropical.

A Amy le cayó bien desde el primer momento. Se llamaba Celia y era la mujer de Barny. Se habían conocido en Cairns, y llevaban diez años viviendo en Serenity.

Sus dos hijos aparecieron mientras charlaban: un chiquillo de piel dorada y ojos brillantes de seis años, y una tímida niña de tres.

Tan pronto como Bella los vio corrió hacia ellos.

–¡Hola, nenes! ¡Hola! ¡Soy Bella!

Como suele pasar con los niños, enseguida hicieron buenas migas y se pusieron a jugar juntos.

Seth y Barney se sentaron en las hamacas del porche, y Celia le dijo a Amy:

–Estos dos se pondrán ahora a hablar del ganado y del tiempo y no pararán, ¿quieres pasar dentro?

Cuando entraron en la casa, Amy olisqueó el delicioso aroma que salía de la cocina.

–¿Estás horneando algo?

–Estoy haciendo bollos para el té. A Seth le encantan y sabía que iba a venir –respondió Celia, echándole un vistazo al horno–. Aún les quedan unos minutos. Los iba a haber preparado antes, pero he estado ocupada con el cuadro que estoy pintando. ¿Quieres ver mi estudio mientras esperamos?

Al principio Amy creyó que estaba bromeando, y la siguió hasta un porche lateral acristalado sin saber muy bien qué esperar. Y allí, para su sorpresa, encontró un par de caballetes, botes con pinceles... Olía a óleo y a trementina, y apoyados en la pared había varios lienzos con paisajes, los cuadros de Celia. Eran increíbles. Había captado maravillosamente la naturaleza salvaje de aquella parte de Australia.

–Son muy buenos –murmuró Amy admirada–. Podrías ganar una fortuna con estos cuadros en Melbourne.

Celia sonrió.

–No se venden mal.

–¿Quieres decir que ya has vendido alguno?

–Sí, He vendido varios a través de la Galería Flinders Lane.

–Oh, vaya, perdona, soy una tonta –se disculpó Amy riéndose–. Yo aquí dándote ideas y resulta que ya eres una artista profesional. Ahora que recuerdo mi amiga Rachel trajo un par de cuadros muy bonitos consigo cuando volvió a Melbourne después de su estancia aquí hace unos años. Puede que fueran tuyos.

–¿Rachel Tyler?

–Sí –respondió Amy, preguntándose una vez más qué les habría contado Seth.

Celia no había mostrado curiosidad alguna por la repentina llegada de una mujer y una niña pequeña a Serenity. Quizá no se había atrevido a hacer preguntas porque no quería parecer una entrometida.

–Rachel me ayudó muchísimo –dijo Celia–. Gracias a ella conseguí que esa galería me diera una oportunidad. Y me va muy bien: el año pasado, con el dinero que gané con la venta de diez

cuadros nos fuimos todos a Italia un par de semanas, a Florencia. Hice un curso de pintura allí, ¿sabes?

–¿En serio? Vaya.

–Fue genial. Y mientras estaba en clase Barney y los niños exploraban la ciudad y se inflaban a pizza y helados. Nuestros hijos lo pasaron en grande –de pronto la sonrisa se desvaneció de su rostro–. Sentí mucho la muerte de Rachel. Nos lo dijo Seth. No podía creerlo.

Amy asintió con tristeza.

–Parecía tan feliz cuando estuvo aquí –dijo Celia–. Debería haberse quedado. Un accidente de tráfico… Siempre lo he dicho: tantos coches, tantas prisas… Las ciudades son lugares peligrosos.

Amy pensó en Rachel, a quien, al contrario que a Celia aquel lugar le había parecido peligroso para criar a su hija y formar un hogar, y estuvo tentada de preguntarle si ella era feliz allí, pero había visto cómo sonreía a su marido; no le hacía falta preguntar para saber la respuesta.

Tomaron el té en el porche con Seth y Barney, y Celia sirvió sus bollos cortados por la mitad y rellenos, unos de nata, y otros de mermelada de grosella negra.

–Mmm… Ming es un genio en la cocina, pero nadie hace unos bollos como los de Celia –comentó Seth tras darle un buen mordisco a uno de nata.

Amy sintió celos, y se mordió la lengua para no quedar como una tonta diciendo que los que ella hacía tampoco estaban mal.

Cuando llegó el momento de despedirse Bella empezó a lloriquear porque quería seguir jugando con sus nuevos amigos, pero Seth la subió en sus hombros y la paseó un poco para calmarla. Celia le dio un abrazo a Amy y le dijo que había disfrutado mucho con su compañía, y Amy estaba diciéndole con una sonrisa que ella también había pasado un rato muy agradable, cuando miró hacia donde estaba Seth y vio que estaba observándola con los labios apretados y el ceño fruncido.

Era evidente que había hecho algo que lo había disgustado, y temía que estuviese molesto consigo mismo porque había vuelto a besarla.

Cuando se pusieron en camino empezaron a caer goterones, y al cabo de unos minutos lo que empezó siendo un chubasco se

convirtió en una lluvia torrencial. Amy nunca había visto llover así.

Al llegar a la casa Seth aparcó lo más cerca posible, pero cuando entraron en el porche estaban empapados. La camisa de él se había vuelto casi transparente de lo mojada que estaba, y se le había pegado al cuerpo. A su lado las estatuas de los dioses griegos parecían enclenques mortales, pensó.

Sólo al ver que estaba mirándola otra vez con el ceño fruncido fue consciente de que ella también tenía la ropa pegada al cuerpo, y se sonrojó.

–Perdona –le dijo Seth–. Debería llevar un paraguas en la camioneta, pero yo no lo uso y no suelo tener compañía femenina.

–No tienes que preocuparte por nosotras –replicó Amy, casi enfadada–. No hace falta que nos trates de un modo especial.

¿Por qué le preocupaba tanto de repente que se hubieran mojado un poco? Esa mañana habían estado a punto de bañarse desnudos en aquella piscina natural junto a la cascada.

Seth se limitó a asentir brevemente y se excusó, diciendo que iba a cambiarse y que ellas deberían hacer lo mismo. A Amy ya no le quedaba duda alguna de que algo había cambiado entre ellos. Seth volvía a estar distante con ella, como el primer día. Habían vuelto a la casilla de salida.

Por si necesitase una confirmación de sus sospechas, Seth se comportó de un modo educado pero seco durante el desayuno, y luego se fue a su estudio, diciendo que iba a mirar algo de una feria de ganado en Internet.

Mientras Bella se echaba su siesta, Amy intentó, sin éxito, concentrarse en una novela que había empezado a leer en el avión, y cuando la pequeña se despertó, como seguía lloviendo, pasaron la tarde en el porche, coloreando, cantando canciones, y jugando a esconder el cerdito de peluche.

Sin embargo, Amy no podía dejar de pensar en Seth, en lo que había ocurrido aquella mañana, en cómo casi habían perdido el control. El recuerdo de aquel beso ardiente hacía que su cuerpo se estremeciese de deseo, pero era evidente que Seth quería que fingieran que no había pasado.

¿Por qué tenía que ser tan contradictorio? Aquella mañana había sido tan tierno y tan apasionado, y en cambio desde que habían salido a pasear por el rancho se había comportado de un modo

huraño y malhumorado.

Quería que volviera a besarla, quería volver a experimentar la magia y la química que había entre ellos. Si la besaba de nuevo no se comportaría como la Amy sensata de siempre. Ni hablar. Había veces en las que una mujer debía mandarlo todo al diablo y aprovechar el momento.

Seth estaba luchando consigo mismo. Llevaba todo el día tratando de relegar a un rincón de su mente el beso de aquella mañana. Y casi se había sentido orgulloso de su capacidad para contenerse, pero lo cierto era que estaba perdiendo la batalla. Aquella noche, mientras cenaban en el porche, después de acostar a Bella, apenas podía apartar los ojos de Amy, que estaba preciosa con el vestido rosa que se había puesto.

Seth se estaba esforzado por conversar, hablando de libros, de las últimas películas que había visto en DVD, y le preguntó a Amy más cosas sobre su trabajo.

Sin embargo, sabía que estaba disimulando bastante mal. Fatal. Y estaba seguro de que no había logrado engañar a Amy ni por un momento, y que probablemente la había herido con su distanciamiento. Apenas había comido nada, y sólo había tomado un par de sorbos de su copa de vino.

Diablos. Tenía que decir algo, hacer algo. Ming se llevó los platos del postre y los dejó a solas.

–Amy, tenemos que hablar –le dijo.

Ella lo miró entre sorprendida y preocupada.

–Pero si hemos estado hablando desde que nos sentamos a la mesa.

Seth tragó saliva.

–Sí, pero no hemos hablado de lo que ocurrió esta mañana.

Amy palideció.

–Te arrepientes de haberme besado.

¿Qué? No, por supuesto que no se arrepentía de haberla besado. Había sido increíble. Se había sentido como un adolescente enamorado por primera vez. Sin embargo, no podía decirle eso.

–Te debo una disculpa.

El rostro de Amy se ensombreció, y Seth sintió vergüenza de sí mismo.

–Yo… no sé qué pensar –le dijo ella, alzando la barbilla–. No estoy acostumbrada a que un hombre me bese como si de verdad le gustase, y que luego se comporte como si el besarme hubiese sido un tremendo error.

Seth apretó la mandíbula. Sabía que se lo merecía.

–No es que me arrepienta de haberte besado –inspiró profundamente, y se obligó a añadir–: Pero no debería haber permitido que ocurriera.

Para su sorpresa, Amy entornó los ojos, ladeó la cabeza, y se quedó mirándolo, como si estuviera analizándolo.

–De acuerdo. Entonces respóndeme a esto: ¿por qué me besaste?

Tenía todo el derecho a hacerle esa pregunta, pero Seth se quedó mudo con Amy allí mirándolo. Sólo había una razón por la que la había besado: la deseaba, la deseaba tanto que no había podido contenerse.

Como si supiera que no iba a obtener una respuesta sincera de él, Amy suspiró y le dijo:

–¿Sabes, Seth?, hay muchos tipos de besos. Hay besos que se dan para saludar a alguien, o para despedirse. Y luego… –un suave rubor coloreó sus mejillas–, luego hay besos como el que tú me diste esta mañana. Nunca me habían besado así.

Cuando alzó la vista hacia él, Seth vio que tenía lágrimas en los ojos, y fue como si el corazón le estallase en mil pedazos.

–Me besaste como si me estuvieras haciendo el amor. Me mostraste exactamente cómo sería si lo hiciéramos. Y no he podido pensar en otra cosa en todo el día.

«Oh, Amy, Amy, Amy…». No podía soportar la idea de haberle hecho tanto daño. Era tan valiente, y tan sincera… y tan hermosa.

Si creyese que cabía la más mínima posibilidad de que pudiera hacerla feliz… No, si flaqueaba ahora lo echaría todo a perder. En un abrir y cerrar de ojos sería capaz de alzar a Amy en volandas, llevarla a su dormitorio y hacerle el amor. Se perdería en sus besos, dejaría que sus manos acariciasen su suave piel, y sus cuerpos se unirían de la manera más íntima.

Llevaba tres días luchando contra ese deseo abrasador, y por el bien de Amy debía ser fuerte. No podía jugar con ella, y por ella resistiría aquella dura prueba.

–Siento haber dado pie a algo que te ha llevado a conclusiones

equivocadas –le dijo, odiándose por aquella mentira–. Cedí a un impulso cuando no debería haberlo hecho.

Una lágrima rodó por la mejilla de Amy, que se apresuró a enjugarla.

«No la toques. No le hagas más daño». Seth apretó los puños.

–No quiero crearte más problemas de los que ya tienes –le dijo–. Viniste aquí en busca del padre de Bella, no para tener un romance conmigo.

Amy se quedó callada un momento.

–¿Te preocupa que acabe implicándome demasiado?

–Tal vez –admitió él a regañadientes–. Desde luego lo que no quiero es que vuelvas a Melbourne con amargura por algo que no podría funcionar. Bastante tienes con Bella como para buscarte más complicaciones.

–Pero una relación no tiene por qué complicar nada.

A Seth se le hizo un nudo en la garganta.

–Tu situación y la mía ya eran bastante complicadas de por sí antes de que te besara. Pertenecemos a mundos completamente distintos.

Ella se quedó callada, como si estuviera pensando en lo que le había dicho, y Seth rogó por que lo hubiera comprendido. Al cabo de un rato, Amy se encogió de hombros.

–Tienes miedo de que acabe enamorándome de ti.

–Y viceversa –murmuró él.

Una sonrisa enigmática se dibujó en los labios de Amy.

–No sé, a mí me parece que estás haciendo una montaña de un grano de arena. Si tanto te preocupa haberme besado, quizá todo se resolvería si te besara yo a ti.

Seth se rió con incredulidad.

–¿Cómo va a resolver eso algo?

Amy siguió sonriendo.

–¿No te parece que sería la mejor manera de averiguar qué hay detrás de la química que hay entre nosotros?

–Amy, por favor, no juegues con esto.

La sonrisa se desvaneció de sus labios, y el silencio entre ambos se prolongó dolorosamente hasta que ella sacudió la cabeza, como desesperada, y exhaló un pesado suspiro.

–Muy bien, me comportaré, pero quiero una explicación mejor

que ésa.

Acabaron sentados en el sofá del porche, no en la cama de Seth, como Amy había esperado. Ella se sentó en un extremo, y Seth a una distancia prudente, con las piernas estiradas frente a él y los tobillos cruzados uno sobre el otro.

Con un suspiro dramático, ella colocó un par de cojines entre ambos.

–Esto es la frontera que no debemos cruzar, ¿no? Así nos ahorraremos esas complicaciones que tanto te preocupan.

Él esbozó una sonrisa amarga, y Amy sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. No podía creerse que le hubiera pedido que le explicara por qué no quería correr el riesgo de enamorarse de ella. ¿Necesitaba humillarse y hacerse daño a sí misma de aquella manera?

–¿Qué quieres saber exactamente? –inquirió él.

Amy inspiró.

–Me gustaría que aclarásemos las cosas. Creo que los dos estamos más o menos de acuerdo en que hay una atracción mutua, pero tú pretendes decirme que no deberíamos dejarnos llevar por ella porque... –hizo un gesto para que él continuara.

–Porque yo vivo aquí, en el fin del mundo, y tú en Melbourne, arropada por tu familia, con un trabajo y una niña pequeña y...

–Espera un momento. ¿Y qué pasa si me gusta este lugar? –dijo señalando el acogedor porche y los jardines con un ademán.

Seth puso los ojos en blanco.

–Acabarías cansándote de esto a los dos días.

El dolor en su mirada no le pasó desapercibido a Amy.

–¿Es eso lo que pasó con la chica que te rompió el corazón? ¿Se cansó de este lugar?

Seth asintió.

–Dijo que volvía a casa para dejar resueltos algunos asuntos, pero no volvió. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un error.

–¿Pero tú la querías de verdad?

–Le había pedido que se casase conmigo; estábamos comprometidos. Vaya, así que había sido algo serio. Amy tragó saliva.

–¿De dónde era?

–De Nueva York.

Amy dejó escapar un silbido.

–Bueno, imagino que el choque para ella debió ser brutal.

–No más que para ti –replicó él con aspereza.

–¿Estás diciéndome que éste no es lugar para que viva una mujer?, ¿o que no hay sitio en tu vida para una mujer?

Él resopló impaciente.

–Mira, no es que quiera alejarte de mí porque me rompieran el corazón. No se trata de mí y de mi ego maltrecho. Estoy tratando de protegerte. Para Jennifer, mi novia, no fue fácil romper conmigo. Lo pasó muy mal.

–Lo siento.

Amy podía imaginar lo duro que debía haber sido para ella haberse enamorado de un hombre, ser correspondida, y darse cuenta, demasiado tarde, de que no podría soportar su estilo de vida.

–Hizo lo correcto, Amy. Sabía que no sería feliz aquí.

–¿Es feliz en Nueva York?

–Lo último que supe de ella era que se había casado y tenía dos hijos.

Su expresión era tan sombría que Amy se preguntó si aún seguiría enamorado de ella, y por qué no había ido tras ella. El que no lo hubiera hecho demostraba hasta qué punto estaba anclado a aquel lugar. Aun así, se resistía a creer que tuviera razón, que una mujer no pudiera ser feliz allí. Si fuera la mujer adecuada...

–¿Y qué me dices de Celia? –le preguntó.

Seth frunció el ceño.

–¿Qué tiene que ver Celia con todo esto?

–Bueno, vive aquí. La casa en la que viven está tan aislada de todo como la tuya, y no es ni la mitad de grande y confortable que ésta, pero se la ve muy feliz.

–Celia es diferente.

–Pues claro que lo es. Todos somos diferentes –replicó Amy triunfante, como si hubiera dado con la clave–. Seth, eso es lo que se te escapa. No puedes dar por hecho que todas las mujeres son como Rachel, o como esa chica con la que te ibas a casar –luego, en un tono quedo, añadió–: O como tu madre.

Seth, sin embargo, sacudió la cabeza.

–Celia se crió aquí, en Far North Queensland –dijo–. El casarse con Barney y venirse a vivir aquí no supuso ningún cambio para ella.

Amy exhaló un pesado suspiro. Era como hablar con una pared, y tenía la sensación de que podrían pasarse hablando toda la noche y Seth seguiría sin cambiar de opinión. Bajó la cabeza apesadumbrada.

–Bueno, yo ya he dicho lo que tenía que decir –murmuró. Y para su espanto, los ojos se le llenaron de lágrimas.

«No. Por favor, Dios mío, no dejes que llore. Tengo que retener al menos un ápice de dignidad».

Se puso en pie.

–En fin, parece que estoy causándote bastantes problemas, y no es lo que pretendía –añadió. Al ver que él no lo negaba, apretó los labios–. Lo siento.

Él permaneció en silencio y Amy mantuvo la cabeza gacha, incapaz de mirarlo.

–Si mañana no está lloviendo demasiado, te agradecería que nos llevaras a Tamundra a primera hora –le dijo. Y sin esperar una respuesta, se dio media vuelta y entró en la casa.

Capítulo 9

Amy se despertó tarde la mañana siguiente, terriblemente atontada y cansada después de haber dormido apenas unas horas en toda la noche.

Lo primero que recordó era que le había pedido a Seth que las llevara a Tamundra esa mañana, y una ola de tristeza la invadió. Se incorporó, y vio que la cama de Bella estaba vacía, igual que el día anterior. Probablemente estaría jugando con Seth en su habitación. A cada día que pasaba parecía encariñarse con él más y más. Como si aquello la extrañara.

Ahogó un bostezo, se bajó de la cama y fue por su bata. Por una vez estaría presentable cuando le diese los buenos días a Seth. Se puso la bata, se peinó, y salió al pasillo a llamar a Bella.

No hubo contestación, y Amy contrajo el rostro. Lo último que quería después de la «discusión» de la noche anterior era abrir la puerta del dormitorio de Seth y encontrárselo una vez más vestido sólo con unos pantalones de pijama, pero le parecía extraño no oírlos ni a Bella ni a él.

Vacilante, empujó la puerta entreabierta, y vio que la habitación estaba vacía. La cama estaba deshecha y el cerdito de peluche de Bella estaba en el suelo, junto a ella. El corazón le dio un vuelco a Amy. ¿Dónde habían ido Seth y la niña?

No debía ponerse nerviosa, se dijo. Era un poco tarde. Probablemente habían empezado a desayunar sin ella. Fue a la cocina, y allí encontró a Ming preparando una bandeja con fruta. Se volvió y le sonrió.

–Ah, buenos días. Es la primera. El desayuno estará enseguida.

Amy intentó ignorar su preocupación.

–¿La primera? ¿Dónde están Seth y Bella?

Ming frunció el entrecejo.

–Seth ha ido al hangar, para preparar la avioneta. Mencionó algo de que las iba a llevar a Cairns.

¿A Cairns?, ¿no a Tamundra como ella le había pedido? Según

parecía quería deshacerse de ella lo más rápidamente posible, pensó dolida.

–Creía que Bella estaría con usted –añadió Ming.

Una profunda desazón se apoderó de Amy.

–No estaba en la cama cuando me he despertado, y ya he mirado en el cuarto de Seth. ¿Crees que pueda estar en el hangar con él?

–Me extrañaría, pero hay un teléfono allí. Llamaré a Seth para preguntarle.

–Gracias, mientras la buscaré por el resto de la casa.

Con el corazón en un puño, Amy fue primero al porche, y miró detrás de los sillones, y de las enormes macetas, por si Bella estuviese jugando al escondite. Se asomó para mirar el área vallada de la piscina, y respiró aliviada al ver que estaba vacía.

Decidida a mantener la calma, comprobó una por una todas las habitaciones de la cama, pero Bella no estaba en ninguna parte. En el pasillo, se encontró con Ming, que parecía preocupado.

–Seth no la ha visto. Vine para acá.

–Oh, Dios mío –murmuró ella–. He mirado por toda la casa. ¿Dónde puede estar?

–Yo he mirado en la despensa y en el cuarto de la ropa.

–Busquemos en los jardines.

–Bien, avisaré a Hans para que nos eche una mano.

Salieron de la casa. Amy corría de un lado a otro, desesperada.

–¡Bella! ¡Bella!, ¿dónde estás? ¡Vamos, cariño, deja de jugar y sal de donde estés!

Al rodear un alto y frondoso arbusto, se chocó con Seth.

–¡Eh! –exclamó él asiéndola por los hombros para que no se cayera. Sus ojos azules escrutaron su rostro–. ¿Aún no la habéis encontrado?

Amy sacudió la cabeza, y se mordió el labio, angustiada.

–Cuando me desperté no estaba. Creí que estaría contigo. Su peluche está en tu dormitorio.

Él negó con la cabeza.

–Me levanté muy temprano.

–Debió ir a tu cuarto, y al no encontrarte allí salió a buscarte. No sé dónde puede haber ido.

–No te preocupes –le dijo él abrazándola–. No puede haber ido muy lejos. La encontraremos.

–Es tan pequeña… –gimió ella aterrorizada, recordando lo que él le había dicho sobre las serpientes y los cocodrilos.

–La encontraremos, Amy, te lo prometo –murmuró Seth, y la besó en la mejilla–. Deberías esperar en la casa. Bella podría aparecer por allí en cualquier momento. Barney viene de camino para ayudarnos. Es un rastreador excelente. La encontraremos.

Mientras se alejaba, Seth sintió que los nervios le atenazaban el estómago, y que un sudor frío le recorría la espalda. El solo pensar que pudiera haberle ocurrido algo a la pequeña Bella lo aterraba.

En ese momento fue plenamente consciente del fuerte cariño que sentía por ella. No era sólo una niña adorable y simpática, era parte de su familia, de su sangre, era la hija del hombre al que había querido como un padre.

Y se había enamorado de Amy. Aquella verdad ineludible le desgarró el corazón. Amy no se merecía estar pasando por unos momentos de preocupación como aquéllos. Había puesto su vida patas arriba para hacerse cargo de la pequeña, y por ella había ido hasta allí.

Le había dicho que la encontraría, y por Dios que lo haría. Movería cielo y tierra para devolver a la pequeña sana y salva a sus brazos. Sin embargo, Bella no tenía más que dos años, y aquél era un lugar salvaje, lleno de peligros, y no podía evitar que los peores temores se apoderaran de él.

Amy volvió al porche y se sentó en el escalón superior, abrazándose las rodillas. Intentó rezar, pero el miedo le impedía concentrarse más de dos segundos en ninguna oración. Se volvería loca si se quedaba allí sentada.

Se levantó de un salto y se puso a andar arriba y abajo. No iba a ponerse en lo peor; cuatro hombres que conocían bien aquellas tierras estaban buscando a la pequeña. Además, Bella sólo tenía dos años y sus piernas eran tan cortas que como había dicho Seth no podía haber ido muy lejos.

Y entonces, de pronto, oyó un grito.

–¡Eeeeh!

El corazón le dio un brinco. Corrió hasta los escalones y volvió a

oírlo. Era la voz de Seth, y parecía eufórico, pero no podía entender lo que estaba diciendo.

Con el corazón martilleándole en el pecho bajó los escalones y corrió en la dirección de la que provenían las voces. Al poco vio aparecer en la distancia a Seth y a Barney. Seth llevaba a Bella en los brazos.

–¡Hola, Amy! –gritó la niña.

Con un sollozo de alegría Amy siguió corriendo hasta llegar donde estaban, y abrazó a todos: a Bella, a Barney y a Seth.

Seth no paraba de reír y sonreír, tan aliviado como ella de que todo hubiera quedado en un susto, pero cuando lo miró a los ojos Amy vio en ellos algo más: los rescoldos del pavor que se había apoderado de todos ellos, mezclado con una ternura que le atravesó el corazón, y rompió a llorar.

El desayuno fue casi una celebración. Después de que Amy se lavase la cara y se pusiese una camiseta y unos vaqueros, se unió a los demás en el porche. Se sentía algo azorada por cómo se había echado a llorar en los brazos de Seth, pero él había sido muy dulce con ella. Le había ofrecido su pañuelo, y le había acariciado el cabello y había intentado que se le pasase el sofoco explicándole que Bella sólo se había desviado un poco de la carretera. Según parecía había salido de la casa porque quería ir a ver a los «nenes», como llamaba a los hijos de Celia y Barney.

En ese momento estaban los seis desayunando en el porche: Barney, Ming, Hans, Seth, Bella y ella. Los hombres devoraron montañas de beicon, salchichas y huevos revueltos mientras reían y bromeaban con Bella. Todo el mundo, incluido Seth, le estaba intentando quitar hierro a lo sucedido, pero Amy no podía dejar de pensar en que podía haber acabado en tragedia. Seth tenía razón: aquél no era lugar para Bella y para ella. No quería volver a hacerles pasar por un mal rato como aquél. Había llegado el momento de que volvieran a casa.

Cuando acabaron de desayunar, Barney, Ming y Hans se levantaron para volver a sus tareas. –Deberíamos despedirnos –dijo ella, forzando una sonrisa–. Bella y yo regresamos a Melbourne. Los hombres parecían sorprendidos. Ming lanzó una mirada de preocupación a Seth, y Barney dijo:

–¿Os vais ya?

Amy asintió, evitando los ojos de Seth.

–Yo también tengo que volver al trabajo.

Los tres hombres se mostraron tristes de tener que decirles adiós tan pronto, y Amy volvió a darles las gracias con una sonrisa por haber encontrado a Bella. Hans se ofreció a entretener a la pequeña y mantenerla bien vigilada mientras ella hacía las maletas.

Seth esperó hasta que se quedaron a solas antes de decirle:

–Sabes que no tenéis por qué iros tan pronto, ¿verdad?

–Pero es lo mejor, ¿no crees? Si no es molestia para ti, por supuesto –dijo ella, y cuando alzó la vista se le encogió el corazón al ver la tristeza en sus ojos.

Por un momento creyó que iba a pedirle que se quedaran, pero luego Seth se encogió de hombros, y respondió:

–Ya he revisado la avioneta, y ha salido el sol. Os llevaré hasta Cairns.

–¿Y qué pasa con el coche que alquilé y dejé en Tamundra?

–Mandaré a uno de mis hombres que lo lleve a Cairns para que lo tengáis allí esperándoos.

–Gracias. Bueno, iré a hacer las maletas –musitó ella derrotada.

–Tómate el tiempo que necesites –le dijo Seth–. No hay prisa.

Pero Amy sí tenía prisa. Entró en la casa y fue corriendo a su habitación, recogiendo los juguetes desperdigados de Bella, doblando prendas, metiendo los zapatos en bolsas...

Si se paraba un momento se pondría a pensar, y no quería pensar. Ya había pensado bastante. Tenía que salir de allí antes de que su cabeza, o su corazón, explotara.

Estaba lloviendo cuando llegaron a Cairns, y el viento hacía que a Amy le costara controlar su paraguas cada vez que venía una ráfaga mientras corrían por el asfalto de la pista de aterrizaje del aeropuerto. Seth había llamado para sacarles un par de billetes en un vuelo directo a Melbourne, y llegarían a casa a la hora del té. «A casa...», pensó Amy. Ya no asociaba Melbourne con esa palabra.

Seth las acompañó hasta la terminal de la que saldría su vuelo, a facturar el equipaje, y a recoger sus billetes. Estuvo todo el tiempo muy pendiente de Bella, las invitó a tomar a tomar algo, y tuvo tantas atenciones con ellas que Amy perdió la cuenta de las veces

que le dio las gracias.

En cambio, apenas hablaron. El cansancio físico y emocional y el susto de aquella mañana habían hecho mella en ella. Además, cada vez que pensaba en que muy pronto se separarían, los ojos se le llenaban de lágrimas. Era mejor no decir nada.

Sin embargo, mientras observaba a Seth entreteniendo a Bella con el viejo truco de magia de hacer desaparecer su pulgar, sintió que había cosas que debía decirle.

–Bella va a echarte de menos –murmuró.

Seth se encogió de hombros.

–Los niños se olvidan muy pronto de las cosas.

–No lo creas, Bella es muy lista. Además, no dejaré que te olvide; eres familia suya.

–Te tiene a ti.

Amy sabía que la ligereza en su voz era fingida, que sólo estaba intentando parecer fuerte.

–Además, con tu familia tendrá todos los tíos, abuelos y primos que necesite. ¿Qué más podría querer?

–Un padre.

Seth frunció el ceño y sacudió la cabeza.

–Sabes que eso no es posible.

–Pero tú te has convertido en una figura paterna para ella, Seth.

Él inspiró, pero no dijo nada.

–Me aseguraré de que mantengáis el contacto –le dijo ella–. No dejaré que te pierdas ningún momento importante de su vida.

–¿Cuándo es su cumpleaños? –le preguntó Seth.

–El catorce de marzo.

Seth asintió, y de nuevo ella vio una sombra de tristeza en sus ojos.

–También habrá otras fechas importantes –añadió ella–: cuando empiece el colegio, cuando aprenda a leer, cuando aprenda a tocar el violonchelo...

Él enarcó las cejas.

–¿El violonchelo? –repitió. Por un instante casi pareció divertido.

Amy se encogió de hombros.

–Violonchelo, ballet... Lo que sea. Seguro que querrá apuntarse a clases de algo.

–Sí, supongo que sí –asintió él quedamente.

–Bueno, como te he dicho mantendremos el contacto; te lo prometo –le reiteró ella con voz entrecortada.

–Gracias. Yo intentaré ir a Melbourne a visitaros en las ocasiones especiales.

–O si quieres podemos venir nosotras a verte.

–Será mejor que vaya yo. Son muchas horas de viaje.

Ella reprimió un suspiro.

–¿Me mandarás una copia del libro de Rachel? –le preguntó él.

–Claro, por supuesto –respondió Amy. Al ver la expresión de Seth, añadió–: No te preocupes, Seth, estoy segura de que podemos confiar en Rachel y de que no habrá nada en el libro de lo que tengas que avergonzarte.

Poco después llamaron por megafonía a los pasajeros de su vuelo para que embarcaran. A Amy se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué quedaba por decir? «Lo he pasado muy bien» parecía inapropiado en aquellas circunstancias.

Seth las acompañó hasta la puerta de embarque con Bella en brazos. Amy miró el estrecho pasillo de embarque. Los demás pasajeros avanzaban por él apresuradamente, ansiosos por llegar a su destino, al contrario que ella, que no se quería marchar.

Sin poder resistir el impulso, le dijo a Seth:

–Podrías poner una cerca alrededor de la casa.

Seth la miró perplejo, y ella se sintió como una tonta, pero estaba a punto de salir de su vida y no tenía nada que perder.

–Así no tendrías que preocuparte de que pasara algo como lo de esta mañana –añadió–. Serenity podría ser un hogar tan seguro como una casa en la ciudad.

Durante un segundo le pareció ver una débil llama de esperanza en los ojos de Seth, pero se apagó tan rápido que Amy se preguntó si no lo habría imaginado.

Seth sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa entre amarga y amable.

–Sube a ese avión, Amy.

Seth se despidió de Bella con un beso en la nariz y la bajó al suelo. Amy tomó la mano de la niña, y Seth se inclinó para besarla en la mejilla.

–Este beso es un beso de despedida, Amy. Las cosas no pueden

ser de otra manera.

Las lágrimas le nublaban la vista a Amy, y la garganta le dolía tanto que apenas podía articular palabra. No podía soportarlo. ¿Cómo podía decirle adiós cuando lo amaba con todo su corazón y toda su alma?

–Sólo una última cosa, Seth –le dijo intentando sonreír sin éxito–: recuerda que no somos nosotros quienes hemos muerto. Aún tenemos una vida por vivir: Bella, tú y yo.

Luego se dio la vuelta, le tendió los billetes a la azafata, y apretó la mano de Bella antes de adentrarse con ella en el pasillo de embarque.

Capítulo 10

Amy intentó convencerse de que Bella y ella estaban mejor allí, en Melbourne, en medio de la civilización, que en el salvaje territorio de Far North Queensland, y de que con el tiempo dejaría de pensar en cierto ranchero alto y apuesto con vaqueros gastados y una camisa descolorida. La llenaría su trabajo y el cuidado de Bella, y se tenían la una a la otra. ¿Quién necesitaba a los hombres?, se dijo.

Sin embargo, seis semanas después, mientras ultimaba los preparativos para el lanzamiento del libro de Rachel, seguía añorando a Seth.

Durante el día no abandonaba sus pensamientos, y por las noches soñaba con él. Había perdido peso, y sus amigos y su familia estaban empezando a preocuparse por ella.

Su madre intentó averiguar qué le ocurría, y a Amy le habría gustado confiarle sus cuitas, pero Seth y ella se conocían desde hacía tan poco tiempo que su madre ni se creería que pudiera estar enamorada de él.

Con respecto al libro de Rachel, que por fin había podido leer, resultó ser una novela romántica con una historia preciosa, y maravillosamente escrita.

Con su gran sensibilidad y sus dotes poéticas Rachel había logrado captar a la perfección la atmósfera que se respiraba en Cabo York.

Sin embargo, aunque el marco en el que se desarrollaba la historia era auténtico, los personajes no tenían nada que ver con la gente que vivía y trabajaba en Serenity.

Y además la historia de amor, al contrario que la de Rachel y el tío de Seth, tenía un final feliz.

Amy le había enviado una copia a Seth, con una nota en la que le decía que podía quedarse tranquilo, que respetaba la privacidad de su familia, y se había sentido decepcionada, aunque no sorprendida al no recibir respuesta alguna. Por mucho que le

doliera era más que evidente que estaba decidido a mantener las distancias con ella.

Aquella noche Seth soñó con Amy. Estaban juntos, ejerciendo de anfitriones en una fiesta en el rancho, y la casa bullía con las conversaciones y risas de familiares y amigos, con una tranquila música de jazz de fondo. Bella también estaba allí, al igual que los dos hijos de Barney, y había un bebé de mofletes regordetes. Era su hijo, y Seth, al mirarlo en su sueño, había sentido que una ola de amor y ternura lo invadía.

Lo había despertado el olor a ramas quemándose, y se había dado la vuelta en su saco de dormir para encontrarse con el sol despuntando en el horizonte.

Barney estaba en cuclillas frente a una pequeña fogata, abanicándola con su sombrero vaquero para avivar las llamas.

Pondrían a hervir agua para preparar té y freirían unas lonchas de beicon y revolverían unos huevos. Luego, antes de que el sol hubiera mostrado su faz por completo, volverían a montar y continuarían reuniendo el ganado.

Ya iba siendo hora de que sacudiese de su mente las telarañas del sueño y se despejase. Apenas había dormido, y llevaba varias noches así.

Seth se puso de pie, se desperezó y se agachó para sacar el reloj de una de sus polvorientas botas de montar. Se lo puso, y se quedó mirándolo, como si nunca lo hubiera visto. Era un reloj demasiado sofisticado para un ganadero, y en todos aquellos años no le había servido para nada aquello de las dos esferas. Era un reloj para alguien de ciudad, como la mujer que se lo había comprado, un recuerdo de una relación fracasada.

–¿Por qué sigo llevando este chisme? –masculló en voz alta.

Diablos. Sólo un tonto llevaría consigo un recuerdo constante de algo que lo había hecho infeliz.

Se quitó el reloj y lo enganchó de la rama de un árbol antes de agacharse para enrollar su saco de dormir.

Tras el desayuno Barney y él dieron de beber a sus caballos, los ensillaron, y apagaron el fuego. Con suerte, en un par de días tendrían a todo el ganado de vuelta en los rediles.

–Eh –lo llamó Barney cuando Seth estaba subiéndose al caballo–.

No te olvides el reloj.

Seth lo miró. Colgado de aquella rama parecía un adorno extravagante de Navidad. Se encogió de hombros.

–¿Lo quieres?

Barney, montado en su caballo, frunció el ceño, fue hasta el árbol, y tomó el reloj.

–¿Estás loco? No irías a dejar esto aquí, ¿verdad? Debe costar un ojo de la cara.

–Puede que a tu hijo Sam le guste –respondió Seth–. Ya tiene edad suficiente para llevar un reloj.

Barney miró a su amigo con perplejidad.

–Si le llevo esto se pondrá como loco, ¿pero por qué quieres desprenderte de él? ¿Has perdido el juicio?

Seth le sonrió, agitó las riendas, y su caballo se alejó con un trote suave.

–Puede que por fin lo haya recuperado –le dijo girando la cabeza.

Amy había estado trabajando estrechamente con la editorial para que el lanzamiento de la novela de Rachel, *Atardeceres en el Norte,* fuese un éxito.

El evento iba a tener lugar el viernes por la noche: un cóctel que se celebraría en una librería de moda en el centro de la ciudad.

Del techo colgaban unos carteles con la portada del libro y una fotografía de Rachel, en la que salía guapísima, y muy bohemia. En el escaparate se habían colocado algunas fotografías que Amy había hecho en Serenity, entre ejemplares del libro, y los camareros ofrecían a los invitados cócteles con nombres tropicales como «Brisa del Mar de Coral» o «Pasión de Piña».

En un principio Amy pensaba ir de negro, para dar una imagen de seriedad, pero al final había acabado recorriendo tienda tras tienda en el último minuto hasta encontrar un vestido sin mangas de color coral. Lo había combinado con unas sandalias plateadas de tacón, y una plumeria tras la oreja. Al mirarse en el espejo antes de salir de casa se había quedado sin aliento por un momento, sintiéndose transportada de repente a Serenity. Cerró los ojos y se imaginó en el porche delantero. La mesa estaba puesta, y había velas y un cuenco con agua y pétalos flotando en ella.

En su mente oyó los pasos de Seth acercándose a ella, sintió el roce de sus labios en la nuca, y cómo sus brazos le rodeaban la cintura.

«Deja de soñar». Sacudió la cabeza para borrar de ella esas ensoñaciones. Cada día que pasaba estaba más cerca de superar aquella decepción amorosa. De acuerdo, quizá le quedaran otros mil para olvidar a Seth, pero su silencio no le dejaba otra opción. Estaba decidida a olvidarlo y seguir con su vida, por doloroso que resultase.

El viernes por la noche, de pie junto a un expositor repleto de ejemplares del libro de Rachel, Amy observaba con creciente satisfacción cómo se llenaba la librería de curiosos atraídos por los anuncios que había colocado en los medios.

Amy se permitió un momento de pena, deseando fervientemente que Rachel pudiera estar allí para saborear las mieles del éxito, y luego comenzó a pasear por entre la gente con una sonrisa. Entabló conversación con una mujer, y al principio cuando vio que en un momento dado parecía distraída, no le dio mayor importancia, pero de pronto ésta la interrumpió para preguntarle:

–¿Conoce a ese hombre?

–¿Qué hombre? –inquirió ella, volviéndose para ver a quién se refería.

–Ese hombre alto tan guapo de ojos azules que…

Amy ya no estaba escuchando. Los fuertes latidos de su corazón, que resonaban en sus oídos, se habían vuelto ensordecedores. Seth… Estaba allí…

Estaba solo, vestido como cualquier otro hombre, con un conservador traje oscuro de ejecutivo, una camisa blanca y una corbata, pero aún con ropa de ciudad estaba tan guapo que por un instante se le cortó la respiración. La gente se volvía para mirarlo, casi como si pensaran que era algún famoso al que deberían reconocer.

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas al ver la sonrisa que iluminó el rostro de Seth, y cuando él empezó a abrirse camino entre la gente, sintió que le flaqueaban las piernas.

La mujer con la que había estado hablando le estaba diciendo algo de que iba por algo de beber, pero ella no estaba escuchando.

Poco después, Seth llegaba hasta donde estaba y se detenía frente a ella.

–Hola, Amy –la saludó con una sonrisa.

A ella le llevó un instante recobrar el habla.

–Hola –dijo al fin, temblorosa, nerviosa y sin aliento, todo al mismo tiempo–. Qué... qué sorpresa.

La sonrisa de Seth se hizo aún más amplia.

–Me dejé llevar por un impulso y decidí venir.

–¿Recibiste el libro?

Seth asintió.

–Lo encontré ayer esperándome con el resto del correo. He estado un par de semanas acampando al raso y reuniendo el ganado ahora que ha pasado la estación de las lluvias.

Amy se sintió como una tonta por haber pensado que la estaba ignorando. Había mucho trabajo que hacer en un rancho. Se habría quedado mirándolo durante horas. Estaba tan guapo con aquel traje. Comparado con los hombres de ciudad, pálidos y enclenques, parecía que pertenecía a una raza distinta.

¿Había hecho un viaje tan largo sólo para ir a la presentación del libro de Rachel? ¿Qué estaba haciendo allí?

Sólo entonces cayó en la cuenta de que había sido muy descortés al no ofrecerle nada de beber.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó alzando su vaso.

Seth miró con suspicacia el color de su bebida.

–Ahora mismo no, gracias. ¿Cómo está Bella?

–Oh, bien, bien. Ya está empezando a hablar con frases completas y no hay quien la calle. Y le encanta aprender palabras nuevas. Esta semana no ha parado de decir «boca abajo».

Sabía que estaba hablando demasiado, pero la aparición de Seth la había puesto terriblemente nerviosa. Y cada vez había más y más gente.

–¿Cómo te enteraste de que era hoy la fiesta de lanzamiento del libro? –le preguntó alzando la voz por encima del runrún de las conversaciones.

–Por el folleto que me mandaste.

–Oh, claro. Lo había olvidado –dijo, sintiéndose otra vez como una tonta–. Bueno, ¿y qué te ha parecido el libro? –le preguntó nerviosa.

–Me ha parecido muy bueno. No es la clase de libro que suelo leer, pero me ha impresionado.

–Supongo que te habrás sentido aliviado al ver que los personajes de la novela son ficticios.

–Sí, ya lo creo. Te confieso que al principio me temía lo peor –admitió con una sonrisa avergonzada–. Ahora veo que estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

Amy no hizo ningún comentario a ese respecto.

–¿Verdad que las descripciones son increíbles? Al leerlo me he sentido transportada a Cabo York.

Seth asintió.

–Rachel tenía un don, para la escritura; de eso no hay duda.

–Sí, es verdad. Y a casi todos los que lo han leído les ha encantado el final.

Tan pronto como esas palabras hubieron cruzado sus labios, se mordió la lengua. ¿Por qué había tenido que mencionar eso? El libro tenía un final feliz y muy romántico.

Aguardó temblorosa la respuesta de Seth, que la miró a los ojos y respondió con una sonrisa:

–El final es perfecto.

Aquella sonrisa hizo que Amy se derritiera por dentro. Unos chasquidos interrumpieron su conversación. Alguien estaba dando unos golpecitos al micrófono.

–Señoras y señores, un momento de atención por favor.

Había llegado la hora de los discursos. Todo el mundo guardó silencio.

Amy dejó su vaso sobre la mesa más próxima, e inspiró y expiró varias veces para prepararse, segura de que se emocionaría, como cada vez que alguien alababa a su amiga.

Hablaron la agente de Rachel, su editor, la dueña de la librería... y aunque Amy estaba haciendo un esfuerzo por concentrarse, su mente bullía de preguntas: ¿Qué estaba haciendo Seth allí? ¿Y por qué esas sonrisas tan... cálidas?

Tan pronto como acabaron los discursos, Seth la llevó aparte y le preguntó si tenía que quedarse en el cóctel hasta el final, si su presencia era allí necesaria.

Contrariada, Amy negó con la cabeza.

–No, ¿por qué lo preguntas?

–Tenía la esperanza de que pudiéramos escaparnos.

El corazón de Amy hizo una voltereta.

–Me gustaría que habláramos, a solas –le dijo él, vacilante, y se puso serio de repente–. Quería que habláramos de nosotros. A menos que tú no quieras –se apresuró a añadir.

Amy se llevó la mano al pecho, donde su corazón latía como un loco, y se dijo que no debía hacerse ilusiones.

–Yo… Sí, no creo que me necesiten para nada más. Sólo tengo que despedirme de un par de personas.

Hacía algo de fresco cuando salieron a la calle. Amy se envolvió en su pashmina plateada, y Seth lanzó una mirada crítica a sus sandalias de tacón.

–¿No te dolerán los pies en cuanto demos dos pasos?

Amy se rió.

–No son tan incómodas como parecen. Al menos podré andar un par de manzanas –respondió. Tal vez se calmara un poco si paseaban mientras hablaban–. ¿Te apetece que vayamos por la orilla del río?

–Sí, buena idea.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Melbourne? –le preguntó Amy.

Él esbozó una sonrisa algo tensa.

–El que haga falta.

Amy dio un traspié, y él la agarró por el codo.

–Eh, cuidado no te vayas a caer.

¿El tiempo que hiciera falta para qué? Amy estaba demasiado nerviosa para preguntarle.

–¿Cómo estás Amy?, ¿cómo has estado desde que volviste? –le preguntó él en un tono algo forzado.

–Bien. Las cosas me van bien, gracias.

Seth le lanzó una mirada.

–¿Ésa ha sido una respuesta sincera?

Amy se estremeció, pero no porque tuviera frío.

–No estoy segura de que quieras oír la verdad.

–Sí que quiero –replicó él muy serio–. Quiero saber exactamente cómo te sientes. La fiereza de sus ojos azules le dijo a Amy que aquello era importante para él.

–Está bien, si quieres saberlo –le respondió armándose de valor–, he estado haciendo un gran esfuerzo para intentar olvidarte.

–¿Y ha funcionado?

–Hasta hoy creía que estaba empezando a hacer progresos.

Amy vio a Seth tragar saliva, y se preguntó si se sentía como ella: como si estuviese caminando por el filo de una navaja.

–¿Y tú? –le preguntó–. ¿Por qué has venido, Seth?

–Tenía que ver si estabas bien.

–¿Quieres decir que necesitabas asegurarte de que estaba feliz de haber vuelto a Melbourne?¿Esperabas que me sintiera aliviada ahora que estoy lejos de ti y de Serenity?

Seth se paró en seco, ella se detuvo también, y se giraron el uno hacia el otro.

La gente pasaba a su lado, sobre todo parejas de jóvenes que iban del brazo.

–¿No eres feliz ahora que has vuelto? –le preguntó Seth.

–No especialmente.

Los intensos ojos azules del ranchero escrutaron su rostro, pero no dijo nada, y esa actitud suya la enfurecía. Sabía que Seth tenía buenas razones para dudar de ella. Su madre lo había abandonado, su novia Jennifer, lo había dejado, Rachel no había querido permanecer en Serenity, con su tío... ¿Pero por qué no podía creer que ella era distinta a esas mujeres?

Amy había podido hacerle ver que estaba equivocado, que Melbourne no era tan divertido cuando donde querría estar era en Serenity, con él, pero confesarle eso sería como arrojarse de un precipicio. ¿Quién le decía que Seth estaría abajo, esperando para evitar su caída?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Amy –le dijo él quedamente–, ¿es que no te das cuenta?

Ella parpadeó.

–¿De qué?

–De cuánto te he echado de menos.

Seth dio un paso hacia ella con ojos brillantes.

–Despedirme de ti en el aeropuerto es lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Y en cuanto os marchasteis supe que había cometido un error tremendo –sonrió con amargura–. Pensé que el trabajar fuera, en los campos, me ayudaría, pero cada

noche, cuando me metía en el saco de dormir, no podía dejar de pensar en ti.

A Amy le temblaban los labios, como si quisiese sonreír, pero no se atreviera a hacerlo, como si temiese que aquello no fuera más que un sueño.

–Quería venir aquí y convencerte para que volvieras –le dijo Seth–, pero sabía que no habría sido justo contigo de hacerlo.

–¿Porque pensabas que tal vez ya hubiera perdido el interés en ti?

–Sí –admitió él a regañadientes–. Pero luego comprendí que no tenía elección, que tenía que venir, mirarte a los ojos y preguntarte... preguntarte qué sientes ahora. Respecto a mí, respecto a Serenity.

–Oh, Seth –murmuró Amy mientras una gruesa lágrima rodaba por su mejilla–. Eres imposible.

Él tragó saliva y esbozó una sonrisa insegura antes de tenderle los brazos.

Al instante siguiente estaban fundidos en un abrazo, estrechándose con fuerza el uno al otro.

–Amy, Amy, Amy...

Ella reía y lloraba al mismo tiempo. Seth la besó en la mejilla, y en los párpados, y le secó las lágrimas con los pulgares. Luego la llevó aparte, al hueco de la entrada de una tienda, para besarla debidamente.

En Serenity, Seth le había dicho que no debería haberla besado, pero en ese momento estaba besándola como si le fuese la vida en ello y Amy supo, porque se lo decía el corazón, que Seth estaba arriesgándolo todo en aquel beso.

Mucho más tarde se separaban el uno del otro, pero sólo un poco, para mirarse a los ojos.

–Antes, cuando me dijiste que ibas a quedarte en Melbourne el tiempo que hiciera falta, ¿a qué te referías? –le preguntó Amy. Necesitaba saberlo.

Él le sonrió con ternura y tocó la flor tras su oreja.

–El tiempo que haga falta para corregir mis errores.

Ella lo miró sin comprender.

–Sé que te he hecho daño, Amy. He estado renegando de mis

sentimientos hacia ti porque no quería empezar algo para que luego acabásemos haciéndonos daño, pero cuando te vi subir a ese condenado avión supe que ya te lo había hecho. Por eso he venido, para intentar arreglar las cosas. No sabes cuánto te he echado de menos –murmuró inclinándose hacia ella, entre serio y asustado.

–Y yo a ti –susurró ella.

Seth entrelazó su mano con la de ella.

–Y los demás también os han echado de menos a ti y a Bella: Ming, Hans, Barney, y Celia y los niños. No hacían más que preguntarme que cuándo ibais a volver.

–¿Y qué les dijiste?

–Que iba a venir a Melbourne a hacerte esa misma pregunta –respondió él, atrayéndola de nuevo hacia sí.

La besó en el cuello, y un delicioso escalofrío recorrió la piel de Amy.

–Tienes frío.

–No. Bueno, un poco.

–Vayamos a algún sitio donde puedas entrar en calor. Tomaremos algo.

–Podrías llevarme a casa –le dijo Amy, y un suave rubor tiñó sus mejillas–. Así podrás ver a Bella, aunque ya estará dormida.

–Me encantaría ver a Bella –dijo Seth.

Y así, con las manos enlazadas y riendo, corrieron hasta la parada de taxis más próxima, tan deprisa como se lo permitieron las sandalias de tacón de Amy.

Desde el pequeño porche de la casa de Amy, Seth y ella esperaron hasta que la chica que se había quedado cuidando a Bella entró en su casa, un par de puertas más allá.

Amy sintió deseos de pellizcarse cuando entraron y cerró la puerta. Todavía no podía creerse que Seth estuviera allí, en su casa, y que, muy probablemente, fuera a quedarse a dormir.

–Ven, la habitación de Bella está por aquí –le dijo, con un gesto, para que la siguiera.

Encendió la luz del pasillo para no despertarla y entraron sin hacer ruido, y se quedaron mirando a la pequeña, que estaba acurrucada con su cerdito de peluche en los brazos.

–Mi tío se habría vuelto loco con ella –susurró Seth con la voz

ronca por la emoción.

Amy se secó un par de lagrimillas con el dorso de la mano, y siguió a Seth al pasillo. Allí, él cerró la puerta y, tomándola de ambas manos, la atrajo hacia sí para besarla en una mejilla, y luego en la otra.

–Lo que tienes que pensar ahora, Amy, es de que Bella es una niña con mucha suerte por tenerte a su lado.

Le tomó el rostro entre ambas manos y sonriendo, añadió:

–Deja que te diga algo que me dijo una mujer muy sabia una vez.

–¿El qué? –inquirió ella sollozando.

–Tú y yo somos quienes aún tenemos una vida por vivir.

El corazón de Amy se hinchó de dicha.

–No sabía que te acordaras de eso que dije.

–Lo recuerdo. Y desde ese día he estado pensando en cómo quiero vivir lo que me queda de vida.

–¿Y has... has encontrado la respuesta?

–Estoy en ello –murmuró él. Rozó sus labios contra los de ella y susurró–: Por eso estoy aquí, porque he pensado que tal vez podamos encontrar la respuesta... juntos.

Una sonrisa enorme iluminó el rostro de Amy.

–Hecho.

Epílogo

El rastro de pétalos de gardenia y plumeria, esparcidos desde la parte trasera de la casa a los jardines, hasta un templete de madera, donde se iba a celebrar la boda, había sido idea de Hans.

Hans se había pasado varias semanas trabajando sin descanso para asegurarse de que los jardines de Serenity lucirían en todo su esplendor. Se habían colocado farolillos chinos que brillaban con su suave luz en el atardecer púrpura, y las románticas notas de un cuarteto de cuerda flotaban en el aire.

Las largas mesas que pronto estarían repletas con los deliciosos manjares que Ming y dos colegas suyos de Cairns habían preparado, estaban adornadas con guirnaldas de flores.

Los invitados habían ocupado las sillas que se habían dispuesto frente a la casa, y charlaban entre ellos en voz baja.

El sacerdote asintió en dirección a Seth, que aguardaba en el porche con Barney, al que había pedido que fuera su padrino.

–Es la señal, amigo.

Barney sonrió mostrando sus blancos dientes.

–Llevaba mucho tiempo esperando este día.

Unos minutos antes Celia les había colocado sendas orquídeas en las solapas, unas orquídeas pequeñitas, y les había dicho que estaban guapísimos con sus chaqués.

Salieron al jardín entre los aplausos de los invitados, familiares de Amy, Celia y sus hijos, y varios amigos de ambas, y ocuparon su lugar frente al sacerdote.

–Hola, papá –dijo la hija pequeña de Barney cuando pasaron, disipando la tensión del momento.

Todo el mundo se rió.

El sacerdote, el mismo hombre cercano y de buen corazón que había ido allí para dar sepultura al tío de Seth, sonrió a éste y le guiñó un ojo.

–Tu futura esposa, está en camino.

Su futura esposa... Aquellas palabras llenaron a Seth de dicha.

Amy, la dulce, la hermosa Amy, su amiga, su amor, su futura esposa, iba a reunirse con él para pronunciar los votos que los unirían ante Dios y ante los hombres.

La verdad era que, aunque el padre había dicho que «estaba en camino», sólo vendría de la parte de atrás de la casa, del brazo de su padre, siguiendo el rastro de pétalos, pero Seth estaba impaciente por verla.

En los últimos tres meses no se habían separado el uno del otro, y habían disfrutado haciendo cosas juntos como cualquier pareja de enamorados. En Melbourne habían ido al teatro, habían salido a cenar varias noches, habían llevado a Bella al zoo... También habían pasado un fin de semana en Queenscliff, donde habían disfrutado tanto de la brisa marina y habían hecho excursiones para ver las focas y los pingüinos.

Habían ido a cenar a casa de los padres de Amy, a una barbacoa con toda su larga familia, en la cual los hermanos de Amy lo habían puesto a prueba y le habían dado su aprobación, algo difícil de conseguir, según Amy.

Ya de regreso en Serenity, tanto Amy como Bella habían empezado a recibir clases de equitación, y Amy, además, estaba esforzándose por aprender todo lo que había que saber sobre el ganado.

Seth se sentía más feliz cada día, seguro de que Amy, Bella, y él estaban destinados a estar juntos como una familia.

En ese momento el cuarteto empezó a tocar la marcha nupcial, y al volverse vio a Bella saliendo de detrás de la casa con una cestita blanca de mimbre colgada del brazo, en la que metía la manita para ir arrojando pétalos a cada pocos pasos.

La luz de los farolillos arrancaba destellos de sus bucles castaños, y con su vestido de tul rosa parecía una pequeña hada salida de un cuento de hadas.

Detrás de ella apareció Jane, la madrina de Amy, con un elegante vestido de seda gris perla, y finalmente, del brazo de su padre, venía la propia Amy, con los ojos humedecidos y una sonrisa en los labios, vestida de blanco. Estaba preciosa.

Seth recordó la primera vez que la vio, en aquel pub de Tamundra, corriendo detrás de Bella, y el corazón le dio un brinco, igual que ese día.

Momentos después Amy llegaba junto a él y su padre la dejaba a su lado con un asentimiento y una sonrisa emocionada. Amy entrelazó su brazo con el de Seth, que le sonrió. Vio el amor que relucía en los ojos de Amy, y por un instante estuvo a punto de llorar de felicidad.

–Hola, *Sef* –dijo una vocecita.

Bajó la vista y vio a Bella, alzando sus deditos hacia su mano libre.

Seth la tomó con una sonrisa, y la risa cantarina de Amy resonó en sus oídos.

La ceremonia comenzó, y con la manita de Bella en la suya, Seth y Amy se juraron amor eterno.